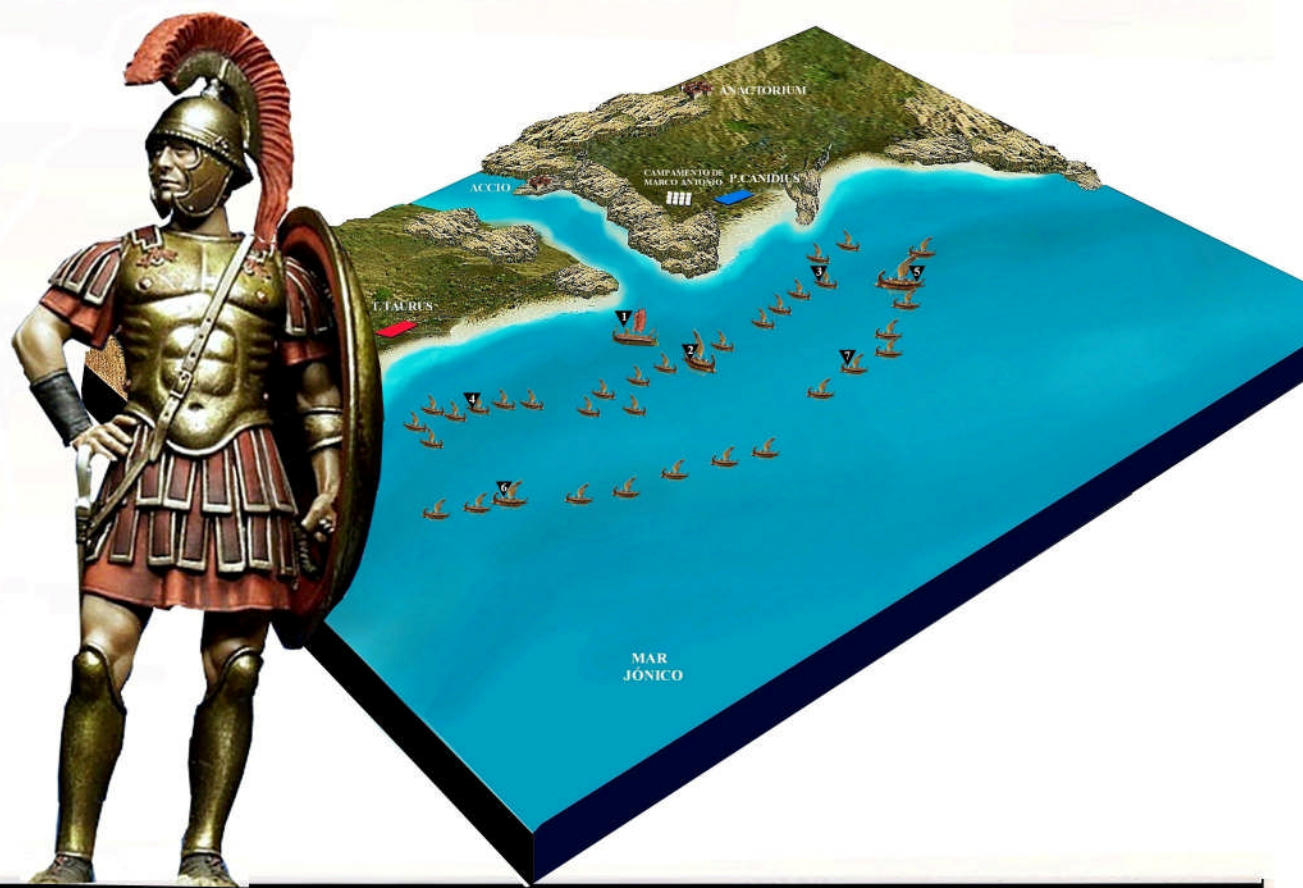


# ACCIO 31 a.C.



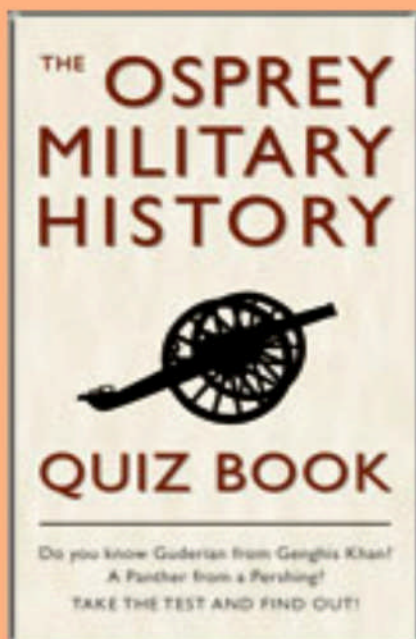
## EL FIN DE LAS GUERRAS CIVILES EN ROMA

**BATALLAS DE LA HISTORIA 29**

# ACCIO 31 a.C.

## EL FIN DE LAS GUERRAS CIVILES EN ROMA

**J.C.Martins**





# ÍNDICE

Introducción	02
Batallas de Forum Gallorum y Mutina	04
Antecedentes	07
La campaña griega	07
La primera batalla de Filipos	08
La segunda batalla de Filipos	20
Marco Antonio en Siria y Judea	33
La diosa del Nilo	35
Los Partos atacan	36
La situación en Roma	39
El sitio de Perusia	46
Marco Antonio en Alejandria	50
Disolución del Triunvirato y comienzo de la Guerra Civil	62
La armada romana	63
La Trirreme romana	64
La armada egipcia	76
Preparativos para la batalla de Accio	82
Movimientos previos a la batalla de Accio	83
La batalla de Accio	89
Marco Vipsanio Agripa	95
Después de la batalla	107
Política de Octaviano	110
El legado de Augusto	111
El campo de batalla, hoy	114
Cronología	117

# INTRODUCCIÓN

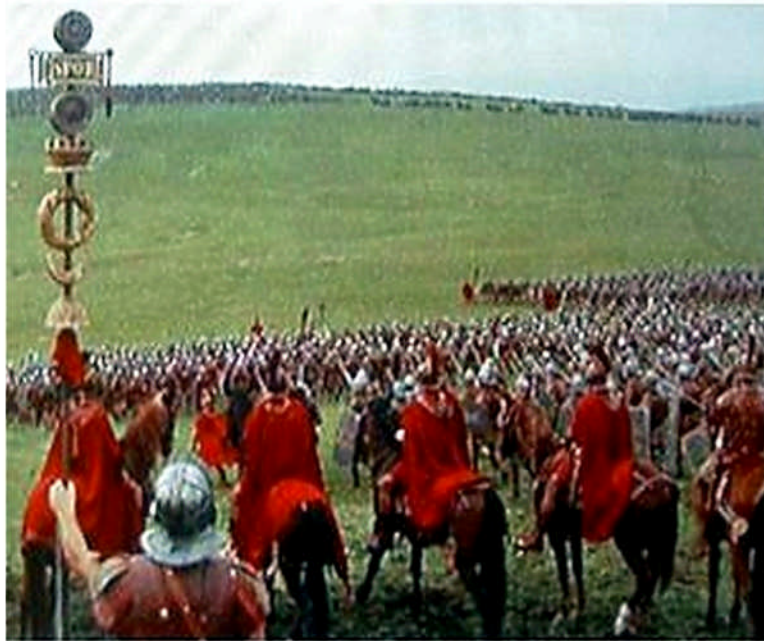
Tras las dos batallas de Filipos y el suicidio de Bruto a finales del 42 a.C. el segundo Triunvirato formado por Marco Antonio, Cayo Julio César Octaviano y Marco Emilio Lépido quedaba prácticamente dueño del mundo romano. Únicamente faltaba por derrotar a Sexto Pompeyo, quién al frente de una poderosa flota y en posesión de la isla de Sicilia, era el último bastión de resistencia armada republicana. Este Triunvirato se había formado un año antes, en Noviembre del año 43 a.C. Tras ser derrotado Marco Antonio cerca de Mutina en Abril de ese mismo año y habiendo muerto los cónsules Hircio y Pansa, quedaba Octaviano a sus diecinueve años como único general de las tropas consulares y de las suyas propias. Entonces el Senado decidió transferir el mando de las tropas de Octaviano a Décimo Bruto para que acabara con Marco Antonio. Tras serle negados además los honores del triunfo por su participación en las victorias junto a los cónsules, Octaviano decidió que la única manera de vengar la muerte de su padre adoptivo (César) y hacerse con el poder sería llegar a un acuerdo con Marco Antonio.



Fragmento de una estatua ecuestre de Augusto.



No obstante antes de llevar a cabo su plan necesitaba legitimar su situación. Se había hecho con tres legiones siendo un ciudadano privado y si iba contra el Senado perdería la legitimidad que le había otorgado esta institución. Por ello, tras negarse a obedecer las órdenes de Décimo Bruto, Octaviano marchó sobre Roma al frente de las seis legiones que siguieron fieles a él y se hizo nombrar cónsul. Mientras eso ocurría Marco Antonio atraía a su causa a Lépido y a Cayo Asinio Polión a los que se uniría poco después Lucio Munacio Planco tras abandonar a Décimo Bruto. Viéndose éste último en inferioridad y desmoralizado por la desertión de Planco y sus tropas, decidió abandonar al resto de su ejército que aún permanecía leal a él y huir hacia el norte con unos pocos hombres. Poco después moriría asesinado a manos de un reyezuelo galo. Las esperanzas de los republicanos quedaba puestas en Cayo Casio Longino y Marco Junio Bruto, quienes al frente de un numeroso ejército controlaban las provincias romanas al este del Adriático



El acuerdo entre Marco Antonio y el nuevo cónsul Octaviano (nombrado en Agosto del 43 a.C) no se hizo esperar y a finales de ese mismo año se reunieron ambos junto con Lépido en una pequeña isla del río Lavinio, entre Bononia y Mutina, donde tras una deliberación de tres días se repartieron el mundo. Los pactantes necesitaban buscar una forma de legitimar el poder que tenían gracias a sus ejércitos. Para ello debían guardar las formas legales y tener en cuenta que la dictadura había sido abolida un año antes. Al contrario que el primer Triunvirato entre César, Craso y Pompeyo que fue un acuerdo privado, este segundo se trató de una nueva magistratura creada ex novo. Cada uno de sus integrantes recibiría el título de *tresviri rei publicae constituendae* que les otorgaba poderes dictatoriales por un periodo de cinco años. Además designarían de mutuo acuerdo a los magistrados que gobernarían en Roma cada año y se repartirían el mando de las provincias occidentales. En este primer reparto quedaron las Galias Cisalpina y Transalpina para Marco Antonio; la Narbonense y las Hispanias Ulterior y Citerior para Lépido y finalmente África, Sicilia, Sardinia y Corsica para Octaviano.

## Batallas de Forum Gallorum y Mutina

Aproximadamente un año después del asesinato de Julio César, las negociaciones entre el Senado de Roma y Marco Antonio habían sido rotas. Antonio entonces reunió a sus legiones y marchó contra uno de los asesinos de César, Décimo Junio Bruto, el cual era en ese momento gobernador de la Galia Cisalpina. Marco Antonio y Décimo Bruto se situaron en los alrededores de Mutina (la actual Módena); al sur del río Padus (río Po), próximos a la Vía Emilia. Pansa se dirigió al norte desde Roma para unirse a Hirtio y Octaviano para que juntos pudieran socorrer a Bruto. El 14 de abril, Antonio marchó con su cohorte pretoriana, con la II y la XXXV legión, con unidades ligeras y con un considerable cuerpo de caballería para cortar el paso a Pansa antes de que se uniera a los otros ejércitos senatoriales. Antonio dedujo que Pansa sólo contaba con cuatro legiones de jóvenes reclutas, pero la noche anterior Pansa había recibido de Hirtio la legión Martia y la cohorte pretoriana de Octavio mientras este último comandaba 3.000 legionarios que había reclutado con su propio dinero como su ejército personal y dos legiones antonianas que se pasaron a su lado. Las legiones de Antonio colisionaron con las de Pansa cerca de un pueblo de nombre Forum Gallorum. En la batalla de Forum Gallorum, las tropas de Pansa fueron derrotadas y su general fue derrotado mortalmente. Sin embargo, en lugar de obtener una victoria absoluta, Marco Antonio fue forzado a retirarse debido a la llegada de refuerzos bajo el mando de Hirtio, que chocaron contra las exhaustas tropas de Antonio.



La Batalla de Forum Gallorum fue librada cerca de un pueblo del norte de Italia (quizás cerca de la actual Castelfranco Emilia), el 14 de abril del 43 a. C., entre las fuerzas de Marco Antonio y las legiones de la República de Roma bajo el mando de los cónsules Cayo Vibio Pansa y Aulo Hircio, apoyados por Cayo Octavio. Después de meses de negociaciones entre el Senado y Antonio para solucionar los asuntos del poder y el gobierno tras el asesinato de César, este choque fue inevitable.



Seis días después de la batalla de Forum Gallorum, los dos ejércitos se volvieron a encontrar en la vecina Mutina. Las fuerzas de Octavio se encontraban esta vez presentes y lucharon a lado del cónsul Hirtio. Antonio fue derrotado de nuevo, pero Hirtio, al igual que su colega consular Pansa, fue muerto. La muerte de Hirtio, durante el ataque al campamento de Antonio, dejó al ejército y a la República romana sin líderes. Octavio recuperó su cuerpo y, debido a la muerte de ambos cónsules, obtuvo el mando de las legiones del Senado, debido a su rango de *propretor*. Mutina es esencialmente donde Octavio paso de ser el joven e ingenuo heredero de Julio César a ser el hombre que podía competir con Antonio por el poder en Roma. Poco después de la batalla, se formó una alianza entre Antonio y Octavio en Bolonia, dando lugar, finalmente, al Segundo Triunvirato junto con Marco Emilio Lépido. Los tres triunviros dejaron a un lado sus diferencias para perseguir y derrotar a los asesinos de Julio César.







También acordaron que para derrotar a sus enemigos y consolidar su poder necesitarían al menos cuarenta y tres legiones. De éstas a las veintiocho que les acompañarían en campaña les prometieron tierras en las dieciocho ciudades más prósperas de Italia con la finalidad de asegurarse su lealtad. No obstante para reclutar y mantener a tantos soldados necesitarían unos ingresos considerables de los que no disponían en ese momento. Por ello decidieron financiarse del único modo que les era posible. Al igual que hiciera Sila en su día, los tres pactantes confeccionaron una lista de enemigos a los que proscribirían para quedarse con sus propiedades y subastarlas. Por último, como era habitual entre los romanos cuando se pactaba una alianza política, ésta quedó ratificada por otra matrimonial, acordándose que Octaviano tomara por esposa a Claudia, hijastra de Marco Antonio. Al llegar a Roma los tres pactantes a finales del año, el tribuno de la plebe Publio Titio hizo votar la ley que establecía esta nueva magistratura. El acuerdo tomaba así carácter legal y público basándose en su necesidad en ese momento histórico y culpando de todos los males a los asesinos de César.



# ANTECEDENTES

## La campaña griega

Bruto y Casio, que se habían sustentado en las provincias asiáticas, tenían menos soldados que Antonio y Octavio, por encontrarse menos hombres en el Oriente civilizado, país de comerciantes y de capitalistas, que amaban la paz y carecían ya de vida política. Pero disponían de la gran fuerza que el Oriente civilizado e industrial representaba en el mundo antiguo, el dinero: en sus marchas contra el enemigo, encerrados en grandes ánforas, cargados en carros, conducían los productos de su saqueo, los tesoros en metales preciosos que Oriente, en los cuarenta años de paz y de orden relativos que siguieron a la gran guerra contra Mitridates, había logrado acumular nuevamente, a pesar de las exacciones de los republicanos y de los gobernantes, y hasta recobrando una parte considerable del oro y de la plata que los italianos le habían robado, a cambio de los productos agrícolas o industriales exportados a Italia. En cambio, aunque desde dos siglos antes Italia atrajase de todas las partes del mundo los objetos más útiles y los metales preciosos, seguía sufriendo general penuria, faltándole singularmente el oro y la plata, pues tantas eran las riquezas que devoraba en el lujo público y privado, en la renovación de su agricultura, en el aumento del bienestar de todas las clases, en los negocios temerarios, en las revoluciones y en las guerras civiles, en una política de negocios y de clientelas en el interior, de rapiñas y de conquistas en el exterior. Tenía más soldados que necesitaba; podía enviar a Oriente ejércitos formidables; pero se veía obligada a enviarlos allende el mar casi en girones, sin dinero, sin los necesarios arreos, sin una flota suficiente para defender sus comunicaciones y llevarles víveres.

El término de la guerra tenía que demostrar qué metal reunía más valor en esta guerra civil, el oro o el hierro. Los comienzos de la guerra fueron bastante fáciles y alentadores para Bruto y Casio. Sin dificultad lograron que sus ejércitos pasasen el Bósforo; dirigiéronlos a lo largo de la costa, hacia el cabo Serreyón y el estrecho paso entre la montaña y el mar, que Norbano ocupaba, obligándole a retirarse sin dificultad, mientras que ellos enviaban a Tulio Címer con la flota para amenazarle por retaguardia. Norbano se vió obligado a retirarse hasta la garganta de Burum Calessi, que se consideraba como el único sitio por donde un gran ejército podría pasar de Asia a Europa, y harto bien fortificado para poderlo forzar. Al contrario, Antonio quedó detenido a principios de su expedición por un obstáculo imprevisto: la flota de Murco. Habiendo dispersado una tempestad en las costas de África el socorro de Cleopatra, Murco acudió inmediatamente a bloquear Brindisi para impedir que Antonio surcase el Adriático. Antonio realizó múltiples tentativas para forzar el paso; pero habiendo fracasado siempre, acabó por llamar a Octavio en su socorro, haciéndole interrumpir su empresa de Sicilia, que aún no había podido conducir a buen término. Sin duda que no era conveniente dejar detrás a Sexto Pompeyo, poderoso en la isla; pero, ¿qué otro partido adoptar? El caso es que, cuando Octavio llegó al Adriático para sorprender a Murco, que sólo disponía de sesenta navios, éste tuvo que retirarse, y los dos triunviros pudieron desembarcar juntos en Dirraquio con las doce legiones.



Filipos, en la Macedonia Oriental.



Pero, a partir de Dirraquio, la expedición encontró más trabajos y peligros. Correos enviados apresuradamente por Norbano y por Decidio vinieron pronto a anunciar que habían tenido que abandonar las posiciones inexpugnables que ocupaban. Un jefe tracio había revelado a Bruto y a Casio otro paso más angosto y abrupto, por donde el ejército, siempre que llevase agua, podría superar la montaña en tres días. Así, Norbano, que esperaba un ataque de frente, supo de pronto que los enemigos iban a desembocar por la retaguardia suya, en la llanura de Filipos, y tuvo que retirarse de prisa hacia Anfípolis para no quedar cercado. En suma, las puertas de Macedonia y las comunicaciones con Tracia, habían caído en poder del enemigo, y Anfípolis, que sólo estaba defendida por ocho legiones, podía ser atacada de un momento a otro por fuerzas casi dobles. La situación parecía peligrosísima, y una súbita enfermedad que inmovilizó a Octavio en Dirraquio aún aumentó el peligro.

Resuelto a defender Anfípolis, Antonio dejó a su enfermo colega en Dirraquio, y se dirigió rápidamente con sus legiones a la ciudad; pero una vez llegado no tardó en advertir que sus lugartenientes sentían miedo de un fantasma, como suele ocurrir en la guerra. Bruto y Casio no se habían puesto en persecución de Norbano y de Decidio; se habían detenido más abajo de Filipos, en una posición formidable, atrincherándose en dos campamentos sobre la vía Ignacia. Bruto, al Norte, al pie de las colinas Panaghirdagh; Casio, al Sur, cerca del mar, del que le separaba una gran marisma imposible de atravesar, al pie de la colina de Madiartopé.

Ambos campamentos estaban reunidos por una empalizada, detrás de la cual corría un río límpido y abundante, el Gangas, y comunicaban por la vía Egnacia con el puerto de Neápolis, donde los navíos llegaban de Asia y de la isla de Tasos, que los conjurados habían escogido para depósito general de víveres, de armas y de dinero. Establecidos en esta fuerte posición, Bruto y Casio quisieron esperar el ataque de los enemigos y prolongar la guerra hasta que el hambre hubiese dado razón del ejército enemigo, que se hallaba encerrado en una región estrecha y estéril, y aún procuraron hacerles más difícil las comunicaciones por mar, enviando a Domicio Enobarbo con una flota para que prestase ayuda a Murco.

Apenas comprendió Antonio que no sería atacado en Anfípolis, sólo dejó en ésta una legión y se encaminó con las otras a la llanura de Filipos, donde acampó frente al enemigo esperando a Octavio, que se encontraba convaleciente, y que llegó al cabo de algunos días conducido en una litera. Entonces Casio, para impedir que Antonio intentase cortar las comunicaciones con la mar, también unió su campamento a la marisma por medio de una empalizada.



Yacimiento arqueológico de Filipos, en Macedonia

## La primera batalla de Filipos

Largos días de turbación e inquietud comenzaron entonces para los dos ejércitos, que acampaban frente a frente en la llanura de Filipos, durante el gris, lluvioso y ventoso mes de Octubre del año 42. El combate decisivo de la larga lucha se acercaba: todos los combatientes tenían que realizar un esfuerzo supremo, desplegar todas sus energías, someterse con paciencia a todos los sacrificios, para recoger el fruto de tantas fatigas. Nada de esto. En el momento supremo la disolución general de las leyes, de las tradiciones, del Estado, de la familia, de la propiedad, de la moral, que había subvertido todo el imperio, arrastró en sus torbellinos a los dos ejércitos, arrebatándolos a la autoridad de sus jefes. La discordia, la prisa y la fatiga de éstos, la impaciencia y la indisciplina de los soldados, introdujeron tal confusión y desorden, que al poco ya no hubo de ambos lados voluntad capaz de dirigir nada. Bruto y Casio estaban unidos por una recíproca y absoluta confianza; pero esto no impidió que fuesen de distinta opinión. Bruto, que sólo era un débil y tranquilo hombre de estudios arrastrado por un extraño destino a la vida de la acción, estaba agotado por tan largo esfuerzo, por tantas responsabilidades, por la continua lucha que en él libraban el político y el ideólogo, obligado cada momento a desistir de hacer cosas que le parecían conformes a su deber y a realizar otras que le parecían contrarias.





Movimientos de los ejércitos antes de la batalla.

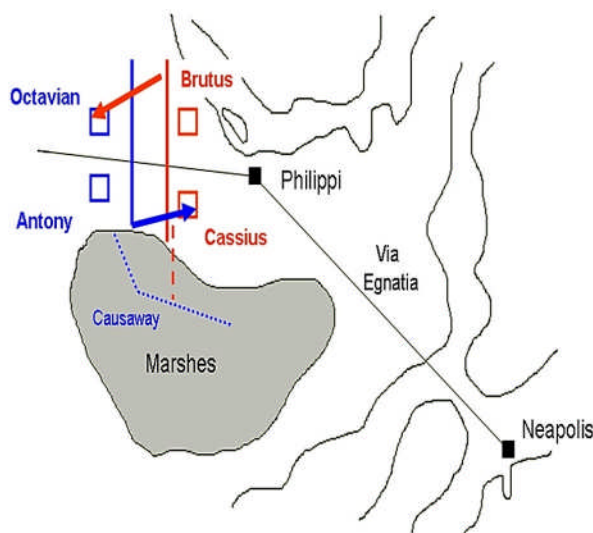


**Cayo Casio Longino**

Antonio y Octavio disponían de tropas más seguras; pero Octavio, cansado por la enfermedad, espantado por esta guerra desesperada, pasaba el tiempo haciendo largas excursiones fuera del campamento con pretexto de recobrar sus fuerzas, y entregaba el ejército a sus jefes. Antonio, pues, tenía que hacerlo todo él mismo y asumir íntegramente la responsabilidad de la guerra. Preocupado siempre por el peligro del hambre, presentaba continuamente la batalla, buscando la ocasión de obligar al enemigo a aceptarla; pero Casio rechazaba obstinadamente.

Los días se sucedían monótonos y enervantes, en una inercia que debilitaba las voluntades y que el joven Horacio, que poseía un grado en el ejército, ha descrito admirablemente en una poesía compuesta después; pero cuya idea la concibió sin duda en los ocios de estas jornadas: «Una espantosa tempestad ha cubierto el cielo, y Júpiter precipita la lluvia y la nieve: en el mar y en los bosques muje el viento de Tracia. Aprovechémonos ¡oh amigos! de la ocasión que pasa, y mientras que nuestra piernas sean firmes y podamos, borremos de nuestras frentes los surcos de la vejez. Trae un ánfora que contenga un vino del año mismo en que yo nací, y no te cuides de nada: quizás algún dios llegue a cambiar dichosamente el curso de las cosas y a ponerlo todo en su lugar»

Se había hecho nerviosísimo y muy impresionable, y lloraba continuamente; padecía de insomnios, y durante la noche, en su tienda, a la luz de su lámpara, aparecíansele sombras vagas, en las que creía reconocer a su víctima. Casio, que era un ferviente discípulo de Epicuro, procuraba persuadirle de que aquéllo sólo eran ilusiones de sus sentidos cansados. Pero esto remató con su escasa energía; ya no tenía más que un deseo: el de acabar lo más pronto posible, aligerarse de la gran carga que sobre él pesaba, sin cometer por eso ninguna cobardía ni huir; y se sentía dispuesto a obtener esta liberación al precio del mayor sacrificio. Propuso, pues, que se diese la batalla inmediatamente: si la perdían ¿no les quedaría como último refugio la muerte, con la cuál todo habría terminado? Al contrario, Casio, que era un hombre más fuerte y que deseaba vencer, aconsejaba que se agotasen las fuerzas del enemigo con una sabia inercia. Si tenían la paciencia de esperar, podrían contar con dos aliados: la sedición y el hambre. Desgraciadamente, el ejército estaba de acuerdo con Bruto; deseaba terminar la guerra antes del invierno y volver a Italia lo antes posible con el dinero reunido en Oriente gracias a sus grandes depredaciones. Casio sólo pudo imponer su idea a su colega y al ejército tras inauditos esfuerzos.



**Primera batalla de Filipos.**

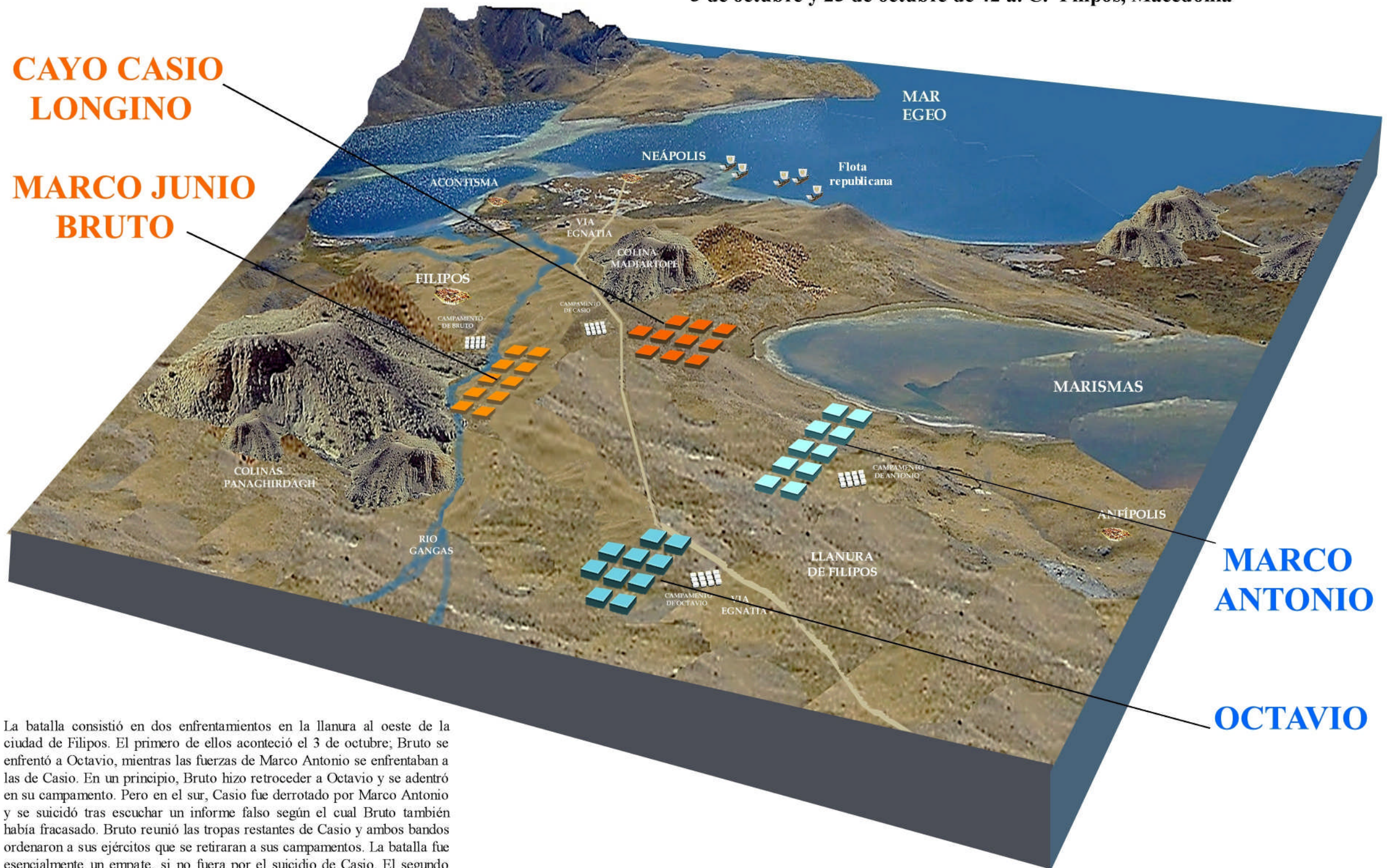


# BATALLA DE FILIPOS

3 de octubre y 23 de octubre de 42 a. C. Filipos, Macedonia

**CAYO CASIO  
LONGINO**

**MARCO JUNIO  
BRUTO**



**MARCO  
ANTONIO**

**OCTAVIO**

La batalla consistió en dos enfrentamientos en la llanura al oeste de la ciudad de Filipos. El primero de ellos aconteció el 3 de octubre; Bruto se enfrentó a Octavio, mientras las fuerzas de Marco Antonio se enfrentaban a las de Casio. En un principio, Bruto hizo retroceder a Octavio y se adentró en su campamento. Pero en el sur, Casio fue derrotado por Marco Antonio y se suicidó tras escuchar un informe falso según el cual Bruto también había fracasado. Bruto reunió las tropas restantes de Casio y ambos bandos ordenaron a sus ejércitos que se retiraran a sus campamentos. La batalla fue esencialmente un empate, si no fuera por el suicidio de Casio. El segundo encuentro, el 23 de octubre, acabó con las fuerzas de Bruto, que a su vez se suicidó, dejando a los triunviros con el control de la República romana.



Antonio acabó por construir un camino con fagina, tierra y cañizos para atravesar la marisma que separaba el campamento de Casio del mar, llegar así a la vía Ignacia, amenazar la retaguardia del enemigo y obligarle a aceptar la batalla. Y en efecto; desplegando todos los días en la llanura, como para presentar batalla, gran parte de sus soldados y de los de Octavio, que cuidaba de su salud dando largos paseos, pudo distraer la atención del enemigo, y durante diez días hizo trabajar a sus soldados entre las altas yerbas de la marisma sin ser molestados. Pero súbitamente, el undécimo día, los ejércitos de Bruto y de Casio hicieron una salida; y el de Bruto, que ocupaba el ala derecha, se arrojó sobre las legiones de Octavio. Es posible que Casio se percatase de los trabajos e intenciones de Antonio, y que, aceptando los consejos de Bruto, quisiese atacar al enemigo.



No se sabe con precisión lo que ocurrió entonces. Parece ser que en este preciso momento Octavio estaba paseando cerca del campamento, y que no habiendo recibido órdenes los jefes de sus legiones, fueron éstas deshechas cuando las legiones de Bruto cayeron sobre ellas. Sólo la cuarta legión resistió vigorosamente. Al contrario, Antonio que estaba alerta, se lanzó con ímpetu sobre el ala izquierda mandada por Casio; la hizo arredrar, la persiguió en dirección del campamento y empeñó bajo las empalizadas una lucha terrible. Si Bruto, que durante este tiempo casi había deshecho y aniquilado a la cuarta legión, hubiese vuelto a retaguardia para ayudar a su colega, y hubiese atacado de flanco al ejército de Antonio, la batalla quedara por ellos. Pero Bruto no pudo contener a sus legiones, que persiguieron a los fugitivos, arrastraron a los oficiales, invadieron el campamento de los triunviros, se entregaron al saqueo y asustaron a Octavio, que se paseaba a alguna distancia de allí, y hasta tal punto se asustó, que huyó a una ciénaga vecina. También Antonio pudo forzar el campamento de Casio; pero sus soldados, como los de Bruto, apenas penetraron en el campamento enemigo, cuando ya no escucharon las voces de mando y se desparramaron como partidas de bandoleros para saquear las tiendas. No preocupándose cada cual más que de transportar a su campamento lo que había robado en el otro, la batalla se cambió pronto en una serie de escaramuzas entre los pequeños grupos de soldados que volvían a su campamento cargados como faquines, terminando con una terrible confusión en la que nadie entendía nada y en medio de la cual murió Casio.



Cuenta la tradición que no pudiendo distinguir bien lo que ocurría desde la altura a que había subido por impedírselo una gran nube de polvo, creyó que Bruto había sido derrotado y que tomó por enemigo a un destacamento de caballería que venía hacia él, y que Bruto le enviaba para anunciarle su victoria. Y se dice que entonces dió orden a un liberto de que le matase. Sin embargo, los historiadores encuentran extraño que un general de tanta capacidad como Casio perdiese tan fácilmente la cabeza, y han supuesto que fue muerto en el gran desorden por alguno de los libertos que corrompieron los triunviros. Así sucumbió sin que se sepa cómo, el más inteligente de los conjurados. Sólo él había sabido resistir al desaliento que se apoderó de todo el partido conservador en el 44; él solo —y los hechos le daban la razón— había comprendido que era posible reclutar un ejército para combatir al partido cesarista; en él, pues, recaía el mérito de haber prolongado durante dos años la defensa de su partido. Esta defensa fué hermosísima; si Casio fracasó al fin, no por eso debemos olvidar que este hombre, que pudo ser uno de los servidores mejor recompensados por César, prefirió morir en defensa de esas, libertades republicanas, que, aunque estuviesen reducidas a un principio ideal y favoreciesen también intereses de casta, seguían constituyendo una gran tradición.



Pero el resultado de la batalla era incierto. Antonio había tenido dobles pérdidas que el enemigo: todo su campamento había sido saqueado, mientras que sus soldados sólo habían saqueado el campamento de Casio. Probablemente su situación hubiese quedado comprometida por siempre, si la muerte de Casio no hubiese sido una pérdida irreparable para el enemigo. Por haber sucumbido Casio, esta primera batalla decidió la guerra. Los anhelantes días de espera recomenzaron en la llanura de Filipos para los dos ejércitos. Persuadido por la batalla de que Casio tuvo razón, Bruto adoptó sus medidas, y procuró retener a sus tropas distribuyéndoles mucho dinero. Si los soldados hubiesen tenido la paciencia de esperar, quizás hubieran alcanzado la victoria sin combatir. El hambre comenzaba a hacerse sentir en las filas de los enemigos: un invierno precoz de helados vientos transía en los campamentos a los soldados, muchos de los cuales lo habían perdido todo en el saqueo del campamento; los generales, que escaseaban de dinero, sólo podían indemnizarlos con promesas. Y no tardó en llegar una nueva noticia, que los triunviros se esforzaron en que no llegase a Bruto: los aprovisionamientos y refuerzos que tenían que llegar de Italia habían sido atacados por las flotas de Murco y de Domicio Enobarbo y echados a pique en el Adriático: dos legiones — una de las cuales era la legión de Marte—habían ido a dormir su sueño eterno al fondo del mar.

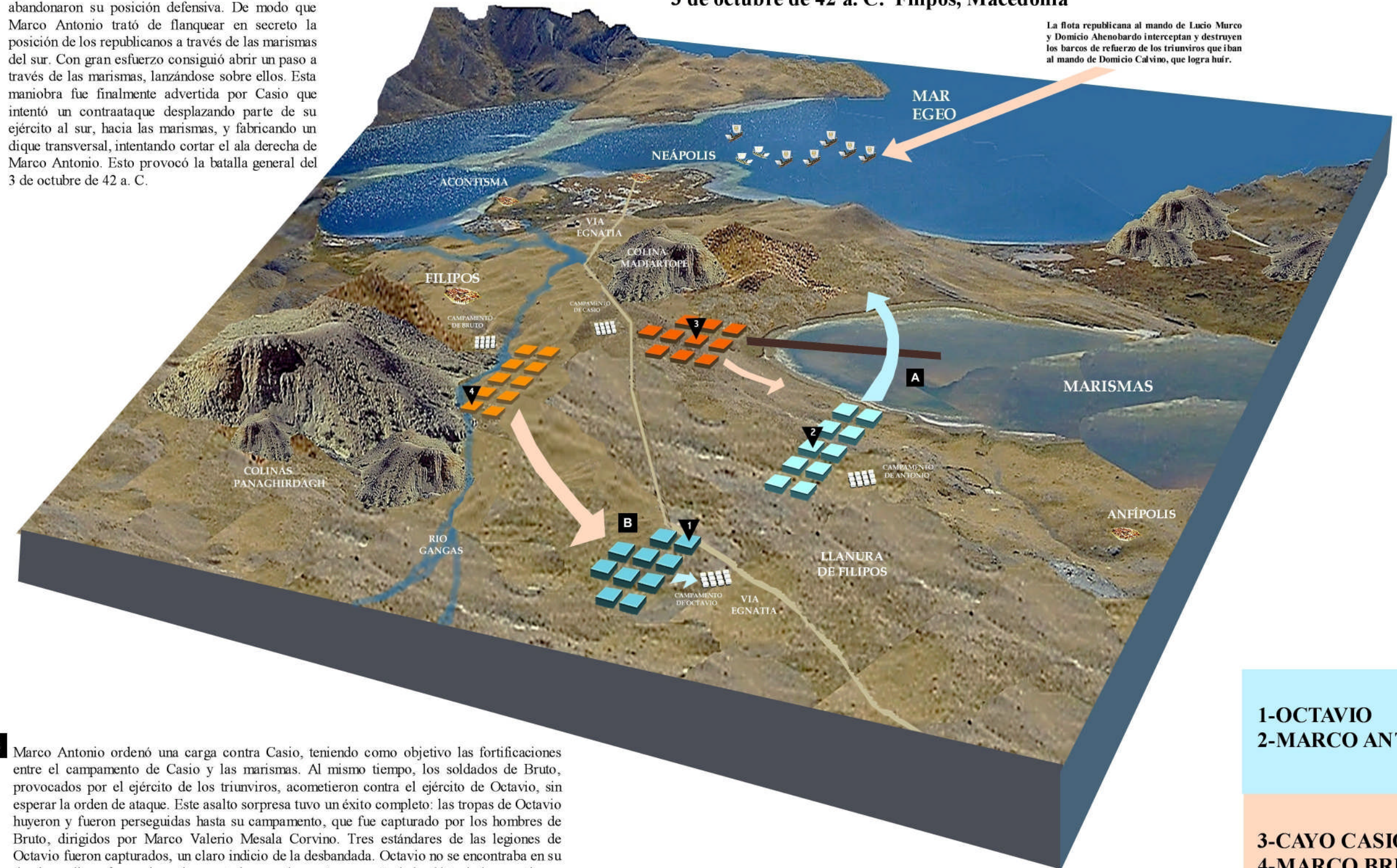
Afortunadamente para los triunviros, Bruto no sabía mantener la disciplina como Casio; cedía con excesiva facilidad ante los soldados y discutía con ellos en lugar de hacerse obedecer: si los soldados le amaban, apenas le temían. El mando no era bastante enérgico, y de él se resentía la disciplina: nacieron los celos y surgieron las discordias entre los antiguos soldados de Casio y los de Bruto. Muy pronto, apenas repuestos de la impresión causada por la batalla, recomenzaron las impaciencias por terminar pronto con la guerra; los jefes de los aliados de Oriente, que tenían prisa en volver a sus casas, realizaban continuas gestiones cerca del general para inducirle a dar la batalla.



# PRIMERA BATALLA DE FILIPOS

3 de octubre de 42 a. C. Filipos, Macedonia

La flota republicana al mando de Lucio Murco y Domicio Ahenobardo interceptan y destruyen los barcos de refuerzo de los triunviros que iban al mando de Domicio Calvino, que logra huir.



1-OCTAVIO  
2-MARCO ANTONIO

3-CAYO CASIO  
4-MARCO BRUTO

**A** Marco Antonio planteó batalla varias veces, pero los republicanos no cayeron en el engaño y no abandonaron su posición defensiva. De modo que Marco Antonio trató de flanquear en secreto la posición de los republicanos a través de las marismas del sur. Con gran esfuerzo consiguió abrir un paso a través de las marismas, lanzándose sobre ellos. Esta maniobra fue finalmente advertida por Casio que intentó un contraataque desplazando parte de su ejército al sur, hacia las marismas, y fabricando un dique transversal, intentando cortar el ala derecha de Marco Antonio. Esto provocó la batalla general del 3 de octubre de 42 a. C.

**B** Marco Antonio ordenó una carga contra Casio, teniendo como objetivo las fortificaciones entre el campamento de Casio y las marismas. Al mismo tiempo, los soldados de Bruto, provocados por el ejército de los triunviros, acometieron contra el ejército de Octavio, sin esperar la orden de ataque. Este asalto sorpresa tuvo un éxito completo: las tropas de Octavio huyeron y fueron perseguidas hasta su campamento, que fue capturado por los hombres de Bruto, dirigidos por Marco Valerio Mesala Corvino. Tres estandares de las legiones de Octavio fueron capturados, un claro indicio de la desbandada. Octavio no se encontraba en su tienda: su litera fue agujereada y cortada en pedazos. La mayoría de los historiadores antiguos señalan que había sido advertido en un sueño de que tuviera cuidado ese día, como él mismo escribió en sus memorias. Plinio informa que Octavio fue ocultado en la marisma.

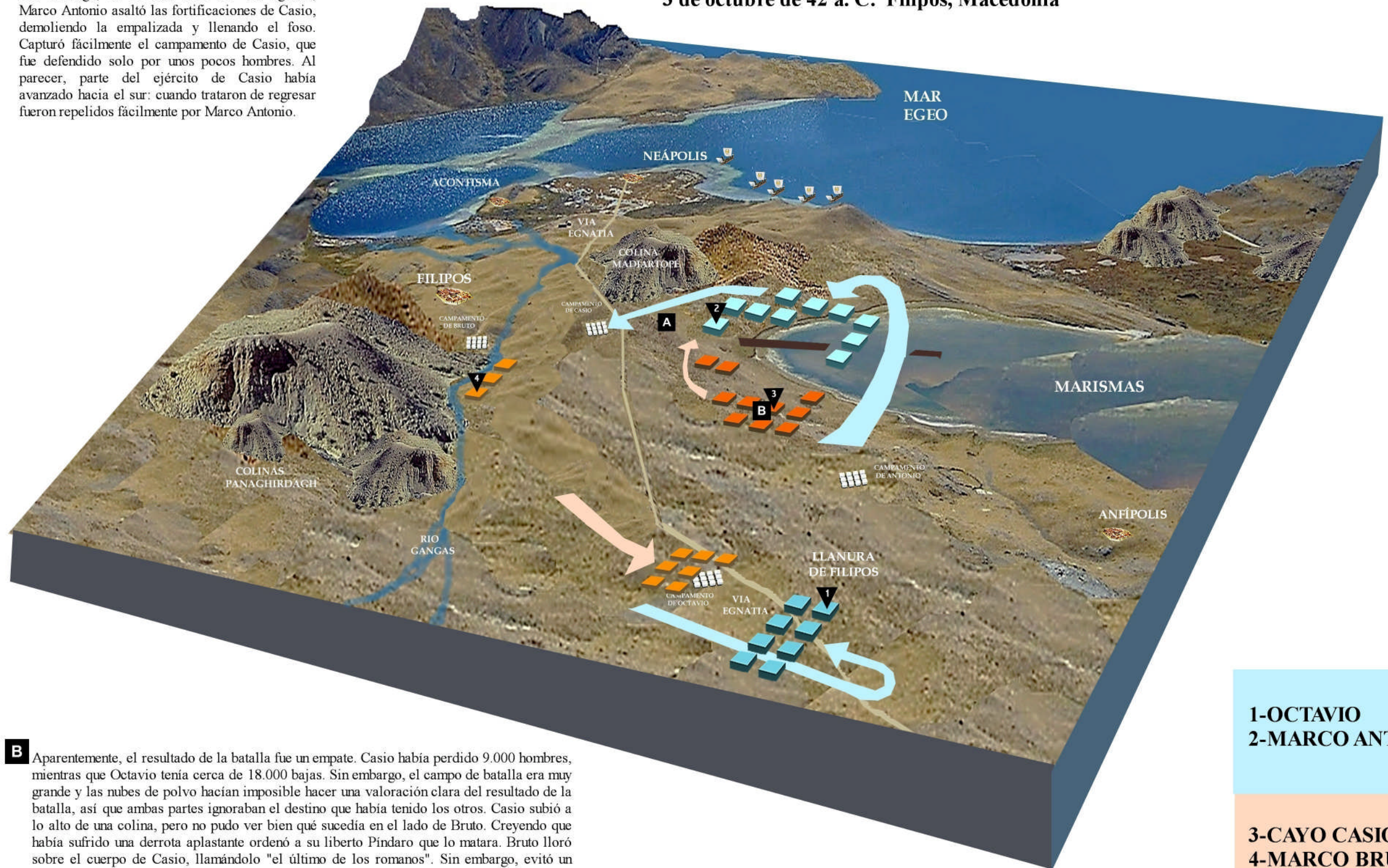


# PRIMERA BATALLA DE FILIPOS

3 de octubre de 42 a. C. Filipos, Macedonia

A

Sin embargo, en el otro lado del vía Egnatia, Marco Antonio asaltó las fortificaciones de Casio, demoliendo la empalizada y llenando el foso. Capturó fácilmente el campamento de Casio, que fue defendido solo por unos pocos hombres. Al parecer, parte del ejército de Casio había avanzado hacia el sur: cuando trataron de regresar fueron repelidos fácilmente por Marco Antonio.



B

Aparentemente, el resultado de la batalla fue un empate. Casio había perdido 9.000 hombres, mientras que Octavio tenía cerca de 18.000 bajas. Sin embargo, el campo de batalla era muy grande y las nubes de polvo hacían imposible hacer una valoración clara del resultado de la batalla, así que ambas partes ignoraban el destino que había tenido los otros. Casio subió a lo alto de una colina, pero no pudo ver bien qué sucedía en el lado de Brutus. Creyendo que había sufrido una derrota aplastante ordenó a su liberto Píndaro que lo matara. Brutus lloró sobre el cuerpo de Casio, llamándolo "el último de los romanos". Sin embargo, evitó un entierro público, temiendo los efectos negativos sobre la moral del ejército.

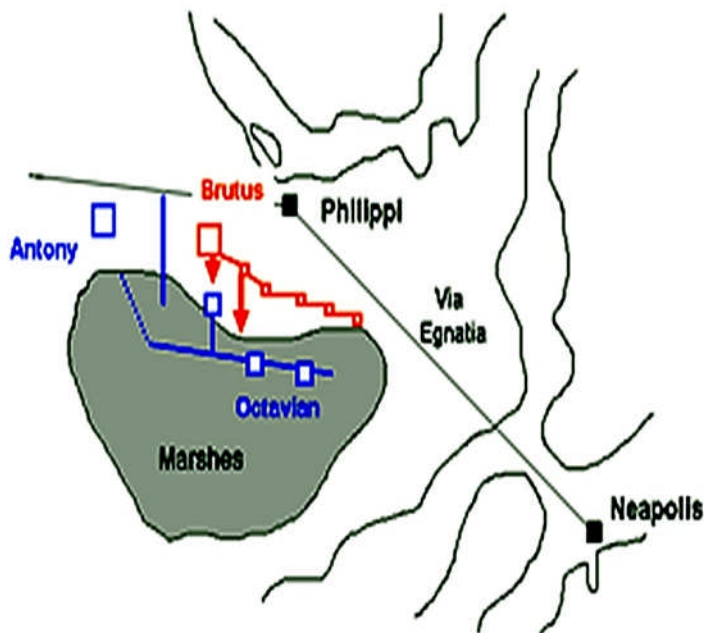
1-OCTAVIO  
2-MARCO ANTONIO

3-CAYO CASIO  
4-MARCO BRUTO



## La segunda batalla de Filipos

Bruto no supo hacer cesar las murmuraciones ni calmar las inquietudes. Aunque aún mostrase por de fuera su habitual y aristocrática serenidad, estaba agotado. Obligado a desplegar un extraordinario esfuerzo de voluntad para realizar el aplastante trabajo de cada día; atormentado por el insomnio y las alucinaciones, dejó que se apoderase de él ese fatalismo resignado que es la última parálisis de la voluntad para los espíritus demasiado sensibles y agotados por muchas emociones y fatigas. Había escrito a Atico que se sentía feliz, porque tocaba al término de su prueba: si obtenía la victoria salvaría a la república; y al contrario, si perdía la batalla, se suicidaría abandonando una vida que se le hacía intolerable. Preparado así para la muerte, si aún estaba su persona en la lucha y parecía dirigir los últimos actos de la guerra, en realidad había abandonado ya la lucha. Sometíase a la fortuna, resistiendo con creciente debilidad los esfuerzos desesperados que hacía Antonio para provocarle a la batalla.



Segunda batalla de Filipos.



Mármol antiguo con la efígie de Marco Bruto.

Mientras que el triunviro enviaba a sus soldados fuera del recinto para tratar a los enemigos de cobardes y poltrones y les hacía llegar esquelas para lanzarlos a la rebeldía, Bruto dirigía hermosos discursos a sus soldados para persuadirles de que aún era preciso tener paciencia; pero que sólo servían para aumentar el descontento, como ocurre cuando se pretende calmar con palabras razonables a un loco delirante.

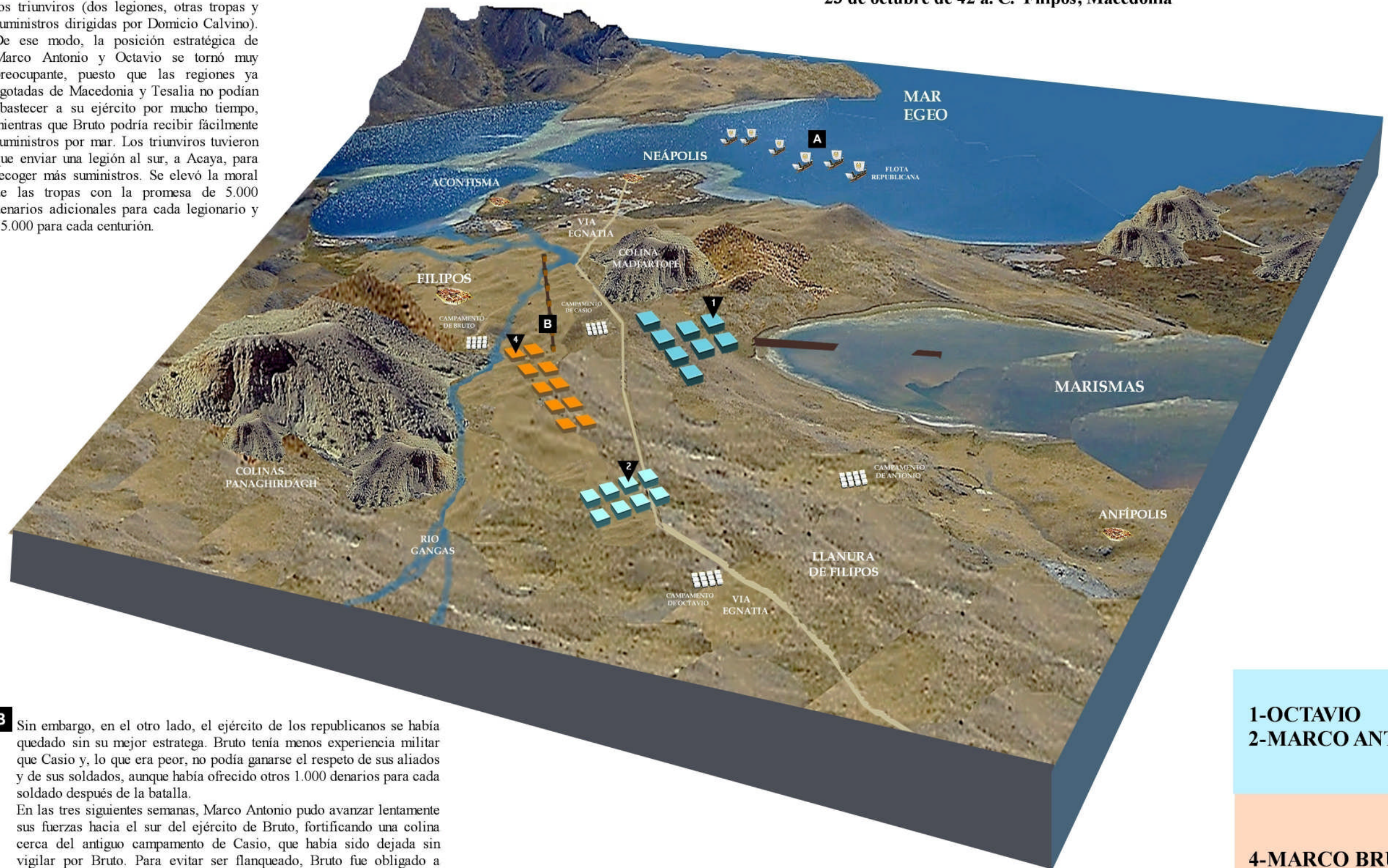
Bien pronto los oficiales, los reyes de Oriente, todo el mundo dió prisa a Bruto pidiendo la batalla: Bruto comprendía que sería una falta; pero estaba agotado, y al fin, contra su voluntad, se dejó arrancar la orden de darla. Antonio disponía de tropas más resistentes que las suyas, y también tenía más energía: Bruto fue vencido. Habiéndose retirado a un vecino vallecillo de colinas con algunos amigos, el matador de César se dió la muerte sin proferir una queja, con su habitual serenidad, ayudado por un retórico griego, Estratón, que había sido su maestro de elocuencia.



# SEGUNDA BATALLA DE FILIPOS

23 de octubre de 42 a. C. Filipos, Macedonia

**A** El mismo día de la primera batalla de Filipos la flota republicana, que patrullaba el mar Jónico, interceptó y destruyó los refuerzos de los triunviros (dos legiones, otras tropas y suministros dirigidas por Domicio Calvino). De ese modo, la posición estratégica de Marco Antonio y Octavio se tornó muy preocupante, puesto que las regiones ya agotadas de Macedonia y Tesalia no podían abastecer a su ejército por mucho tiempo, mientras que Bruto podría recibir fácilmente suministros por mar. Los triunviros tuvieron que enviar una legión al sur, a Acaya, para recoger más suministros. Se elevó la moral de las tropas con la promesa de 5.000 denarios adicionales para cada legionario y 25.000 para cada centurión.



**B** Sin embargo, en el otro lado, el ejército de los republicanos se había quedado sin su mejor estratega. Bruto tenía menos experiencia militar que Casio y, lo que era peor, no podía ganarse el respeto de sus aliados y de sus soldados, aunque había ofrecido otros 1.000 denarios para cada soldado después de la batalla.

En las tres siguientes semanas, Marco Antonio pudo avanzar lentamente sus fuerzas hacia el sur del ejército de Bruto, fortificando una colina cerca del antiguo campamento de Casio, que había sido dejada sin vigilar por Bruto. Para evitar ser flanqueado, Bruto fue obligado a extender su línea hacia el sur, en paralelo a la vía Egnatia, construyendo varios puestos fortificados.

1-OCTAVIO  
2-MARCO ANTONIO

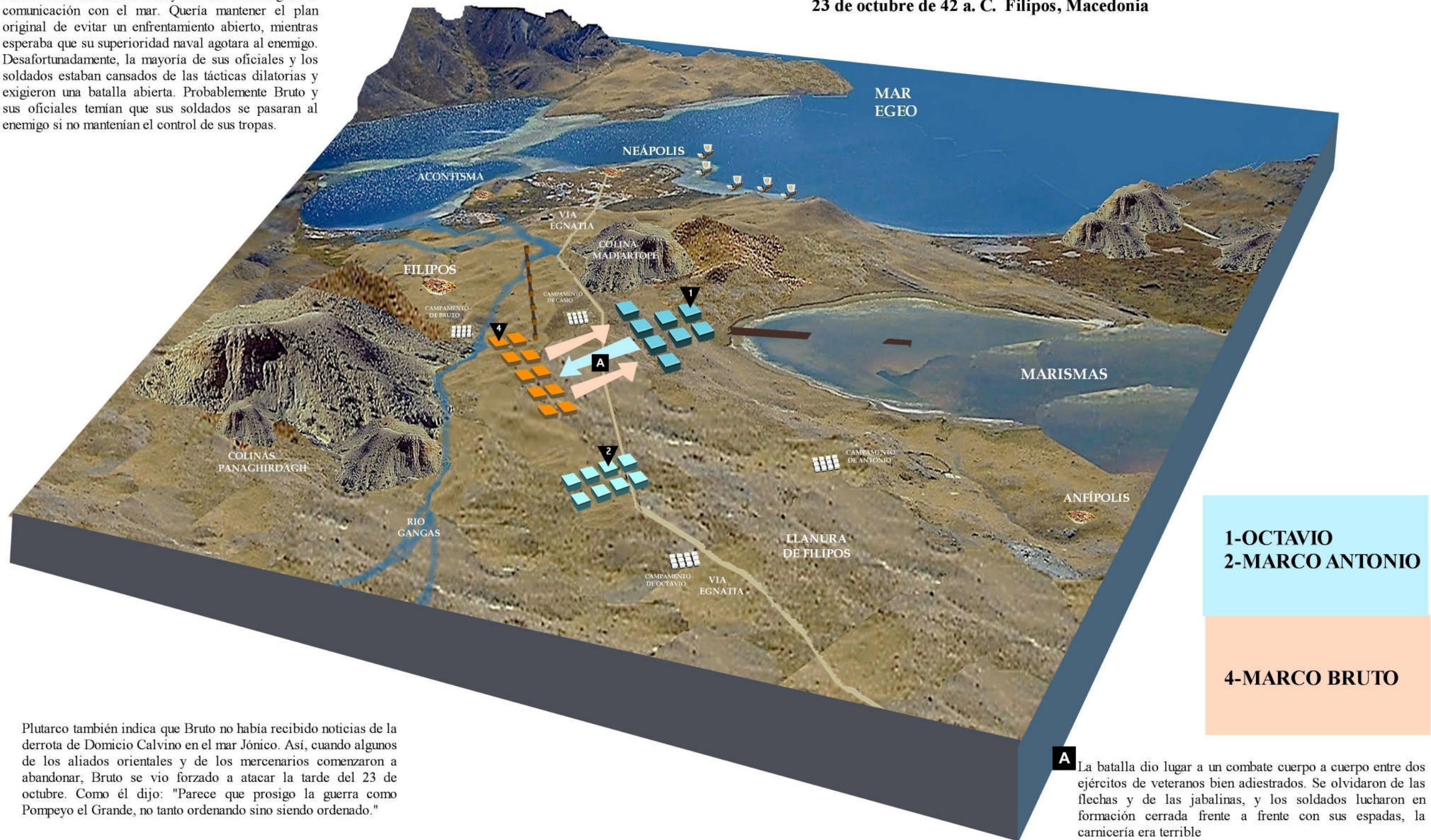
4-MARCO BRUTO



# SEGUNDA BATALLA DE FILIPOS

23 de octubre de 42 a. C. Filipos, Macedonia

La posición defensiva de Bruto seguía siendo segura, manteniendo las tierras altas y con una línea segura de comunicación con el mar. Quería mantener el plan original de evitar un enfrentamiento abierto, mientras esperaba que su superioridad naval agotara al enemigo. Desafortunadamente, la mayoría de sus oficiales y los soldados estaban cansados de las tácticas dilatorias y exigieron una batalla abierta. Probablemente Bruto y sus oficiales temían que sus soldados se pasaran al enemigo si no mantenían el control de sus tropas.



1-OCTAVIO  
2-MARCO ANTONIO

4-MARCO BRUTO

Plutarco también indica que Bruto no había recibido noticias de la derrota de Domicio Calvino en el mar Jónico. Así, cuando algunos de los aliados orientales y de los mercenarios comenzaron a abandonar, Bruto se vio forzado a atacar la tarde del 23 de octubre. Como él dijo: "Parece que prosigo la guerra como Pompeyo el Grande, no tanto ordenando sino siendo ordenado."

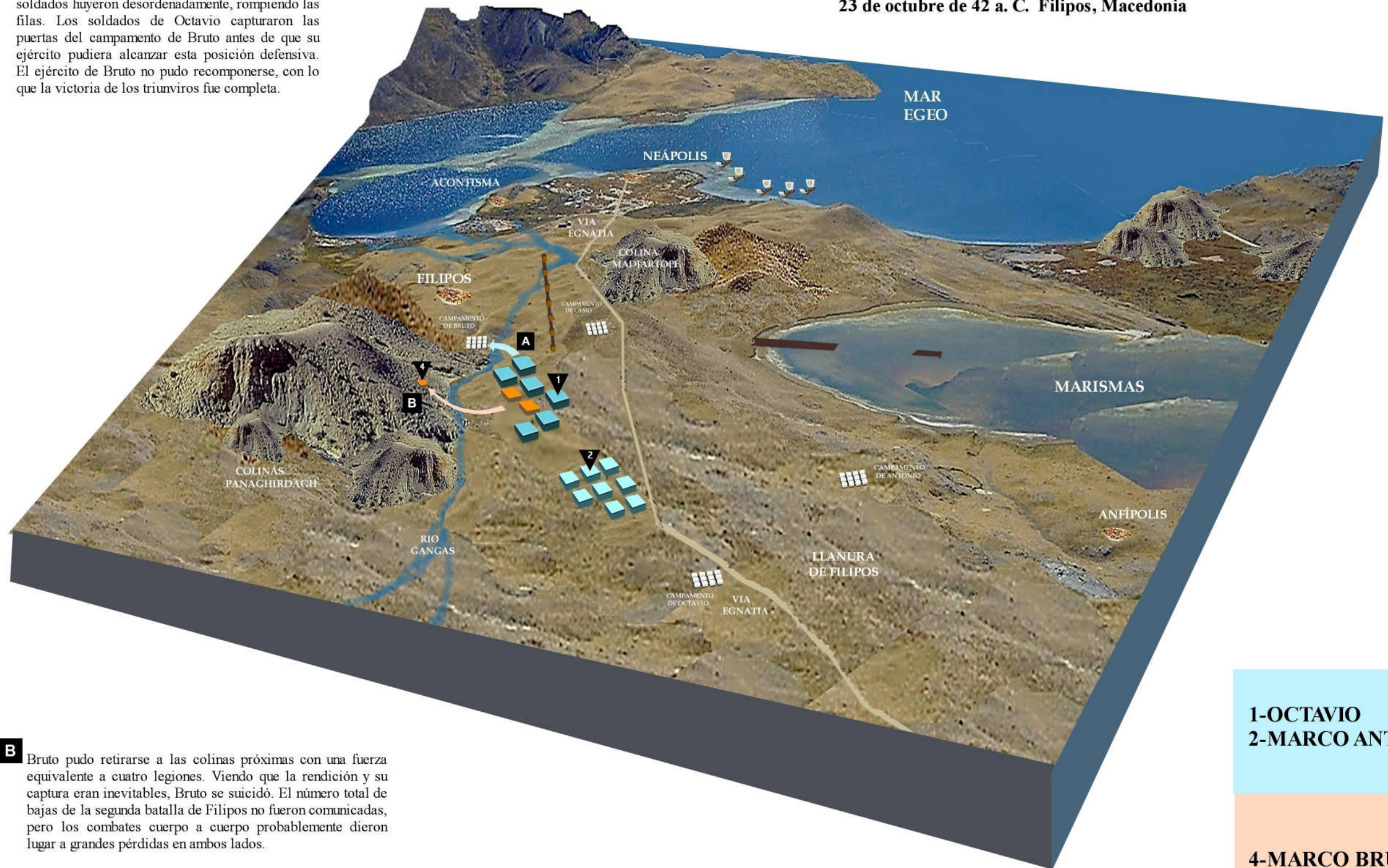
**A** La batalla dio lugar a un combate cuerpo a cuerpo entre dos ejércitos de veteranos bien adiestrados. Se olvidaron de las flechas y de las jabalinas, y los soldados lucharon en formación cerrada frente a frente con sus espadas, la carnicería era terrible



## SEGUNDA BATALLA DE FILIPOS

23 de octubre de 42 a. C. Filipos, Macedonia

**A** Al final, el ataque de Bruto fue rechazado y sus soldados huyeron desordenadamente, rompiendo las filas. Los soldados de Octavio capturaron las puertas del campamento de Bruto antes de que su ejército pudiera alcanzar esta posición defensiva. El ejército de Bruto no pudo recomponerse, con lo que la victoria de los triunviros fue completa.



**B** Bruto pudo retirarse a las colinas próximas con una fuerza equivalente a cuatro legiones. Viendo que la rendición y su captura eran inevitables, Bruto se suicidó. El número total de bajas de la segunda batalla de Filipos no fueron comunicadas, pero los combates cuerpo a cuerpo probablemente dieron lugar a grandes pérdidas en ambos lados.

1-OCTAVIO  
2-MARCO ANTONIO

4-MARCO BRUTO



Bruto no era un tonto ni un hombre de genio; ni un loco ni un héroe, como han querido la mayoría de los historiadores, según pertenecían a uno u otro partido. Era un hombre de estudios y un aristócrata a quien las circunstancias obligaron a desempeñar un papel para el que se hubiese necesitado un hombre superior, y a encargarse de una empresa para la cual eran insuficientes sus fuerzas. Tuvo el orgullo de sostener hasta la muerte el peso de su responsabilidad, pero quedó aplastado. Sin embargo, su sacrificio no fue vano. En el supremo instante tuvo que decirse que la gran idea plástica de la República, por la que daba su vida, estaba muerta para lo sucesivo; que el mundo que dejaba estaba demasiado corrompido para los que aún creían en esta idea. Bruto apenas podía adivinar qué hombre recogería esa idea y sabría adaptarla a las nuevas condiciones del mundo. Sin embargo, ese hombre no estaba lejos de él: había combatido en Filipos, pero en el otro campamento.





La victoria del triunvirato había sido un éxito, pero sobre todo para Marco Antonio, el verdadero triunfador en Filipos, que aguantó el empuje de Casio, desmoralizándolo y pudiendo arreglar la mala situación en la que se había colocado un enfermo Augusto, después de la pérdida de su campamento ante Bruto. Este hecho es descrito de una forma muy directa por Plutarco al hablar de la victoria del triunvirato: “Ninguna hazaña notable se vio de Octavio, sino que a Antonio era a quien se debían las victorias y los triunfos.” La batalla de Filipos marcó el punto más alto de la carrera de Marco Antonio. En aquella época era el general romano más famoso y el triunviro de mayor categoría.

Los restos del ejército de los republicanos fueron reunidos y casi 14.000 hombres fueron enrolados en el ejército de los triunviros. Algunos soldados veteranos permanecieron en la ciudad de Filipos, que se convirtió en una colonia romana. A su vez, otros veteranos fueron recompensados tras la batalla de Filipos con tierras en Italia, que fueron expropiadas al efecto. El hijo de uno de los expropiados había adquirido cierta fama como poeta. Se llamaba Publio Virgilio Marón. Uno de los generales de Octavio, llamado Cayo Asinio Polión, era aficionado a la poesía y había oído hablar de él. Su intercesión logró que le fuera devuelta su granja al padre de Virgilio.

Otro literato afectado por la guerra fue Quinto Horacio Flaco. Había sido oficial en el ejército de Bruto, pero durante la batalla de Filipos huyó del combate en lo que, de acuerdo con los cánones de la época, se podría llamar un acto de cobardía. Salvó la vida, pero perdió sus posesiones en Italia. Marchó a Roma y encontró trabajo como escribano.

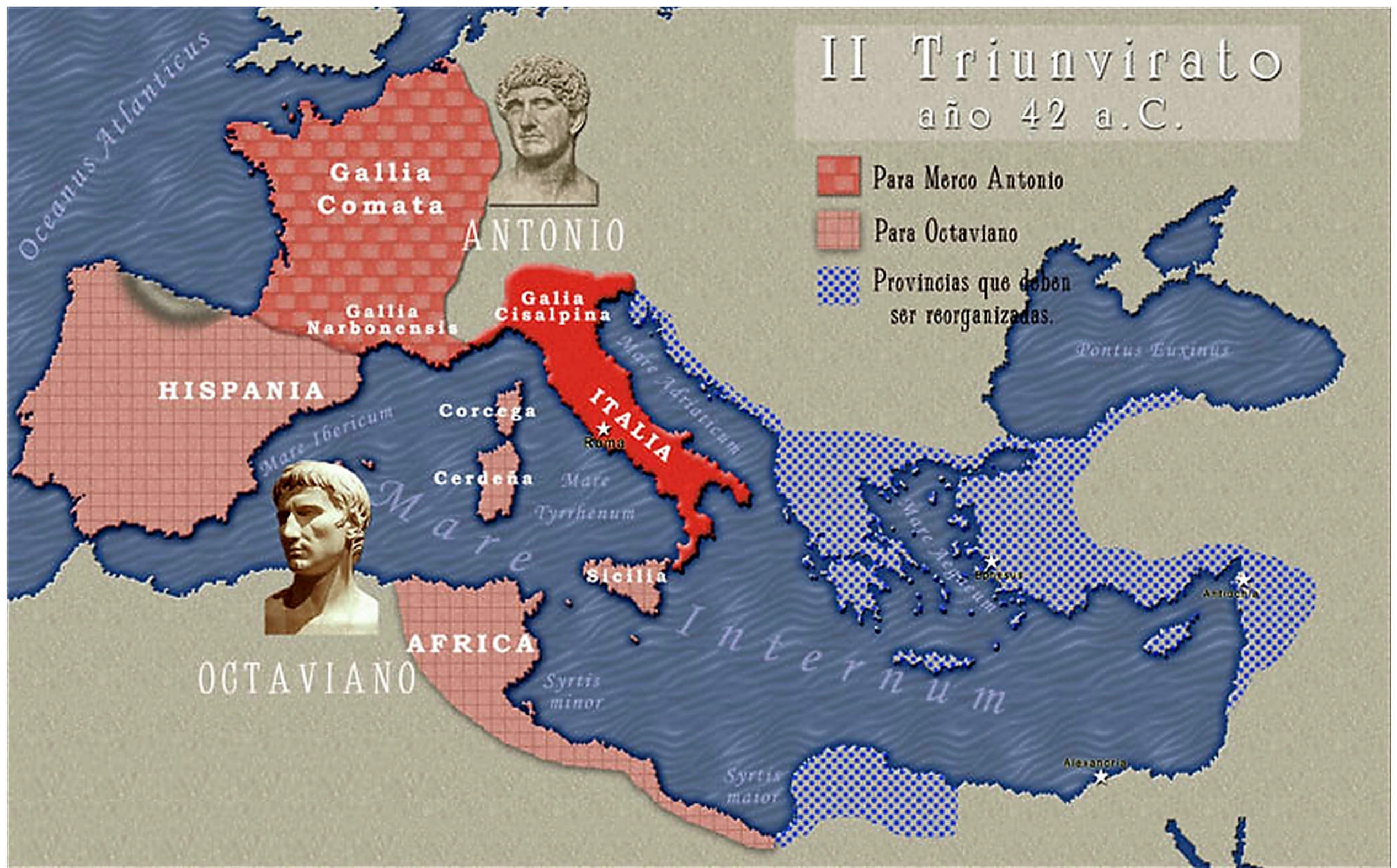
En Filipos no sólo murieron Bruto, Casio y muchos de sus seguidores, sino que cayeron con ellos los viejos ideales republicanos. Muchos prisioneros fueron ajusticiados sin piedad. Cuenta Suetonio que Octavio no ahorró ultrajes con los prisioneros de la nobilitas. De esta derrota sólo unos pocos pudieron escapar para unirse a las tropas de Sexto Pompeyo, el hijo menor de Pompeyo el Grande, que había iniciado el reclutamiento de un ejército y comenzaba a adueñarse de parte de las provincias occidentales. Los partidos senatorial y republicano fueron aniquilados: nadie más debía desafiar el poder del Triunvirato.

Los triunviros ahora dominaban Roma y quizá pensaron que sería mejor para todos separarse. Lépido recibió el Oeste y Antonio el Este, mientras que Octavio permanecía en Roma. Pero la batalla de Filipos puso también en evidencia parte de las contradicciones internas de los triunviros. Por supuestas o reales complicidades de Lépido con Sexto Pompeyo, los dos hombres fuertes del triunvirato, Octavio y Antonio, decidieron un nuevo reparto territorial que incluía privar a Lépido del gobierno de provincias: así, Marco Antonio obtuvo también la responsabilidad del gobierno de la Narbonense y de todo el Oriente al que ya tenía sobre la Galia Cisalpina y la Galia Comata. A su vez, Octavio quedó al frente de las dos provincias de Hispania, además de Numidia y África; tenía también que desalojar a Sexto Pompeyo del gobierno de Sicilia. Ahora bien, el triunvirato se mantuvo formalmente a pesar de que el poder real residía en sólo dos de sus miembros. Lépido se encargaba de los aspectos religiosos.



**Marco Emilio Lépido**





Un año después, derrotados Casio y Bruto en las dos batallas de Filipos; Octaviano y Marco Antonio volvieron a repartirse el mundo romano. Ninguno de los dos confiaba en Lépido porque su familia había estado vinculada desde siempre a la oligarquía senatorial y sospechaban que podía llegar a un entendimiento con Sexto Pompeyo a sus espaldas. Por tanto en el nuevo reparto Marco Antonio tendría la Narbonense y la Galia Transalpina pasando la Cisalpina a fusionarse con Italia que quedaba libre de atribución personal. Octaviano por su parte adquiriría las Hispanias y conservaría África y las islas del Mar Tirreno (3). El apartamiento de Lépido era una medida provisional hasta que Octaviano se cercionara de su lealtad. No obstante el papel de aquél en el Triunvirato era marginal, pues sólo había sido incluido en él debido a la importancia de su ejército, a su alianza con Marco Antonio y a sus vínculos familiares con la aristocracia romana.



Octaviano y Marco Antonio tenían que asumir en ese momento la tarea de desmovilizar a la mayor parte del ejército que estaban en activo además premiarlas como se les había prometido. Tras realizar un sacrificio solemne a los dioses, elogiaron a sus soldados y se dividieron para llevar a cabo la tarea que tenían que cumplir. Mientras Octaviano se dirigía a Italia para repartir las tierras, asentar a los soldados licenciados en las colonias, hacer la guerra a Sexto Pompeyo y comprobar que Lépido no hubiera intentado hacer nada extraño; Marco Antonio viajaría por las provincias romanas orientales para reorganizarlas, perseguir a los asesinos de César y reunir el dinero que necesitaban para pagar a los soldados.

De las tropas con las que contaban, licenciaron a los que habían cumplido su periodo de servicio en el ejército (quince años) salvo a ocho mil que solicitaron seguir en activo y se repartieron como cohortes pretorianas (su guardia personal). El resto de las tropas en activo formaban un total de once legiones y catorce mil auxiliares de caballería. Al servicio de Octaviano quedaron cinco legiones y cuatro mil auxiliares de caballería. Al servicio de Marco Antonio quedaron seis legiones y diez mil auxiliares de caballería. Estas seis legiones de Marco Antonio pasaron a ser ocho porque Octaviano le cedió dos de las suyas a cambio de atribuirse él otras dos de las que estaban al sur de los Alpes bajo el mando de Quinto Fulvio Caleno (uno de los generales de Marco Antonio). Antes de partir pusieron todo lo acordado por escrito con sus respectivas copias y sellos para que los documentos sirvieran de prueba ante terceros.

Tras separarse de Octaviano, se dirigió Marco Antonio con su ejército hacia Grecia donde pasaría el invierno. Hombre dominado por sus pasiones e incapaz de controlarlas, caía Marco Antonio frecuentemente en excesos en cuanto a la diversión se refiere. Así, mientras Octaviano afrontaba la dura situación que vivía Italia en esos momentos (y sobre la que después hablaremos), él disfrutaba como un rey oriental de lujos y placeres de toda índole mientras recaudaba los impuestos. Vino, músicos, bailarines, comediantes y mujeres no faltaban nunca en el palacio donde residía, llegando a alcanzar tan altas cotas su fama de libertino que le valieron el apodo de "Baco el benéfico y melifluido". No faltaron tampoco quienes aprovechándose de su amistad medraron todo lo que quisieron, pues el triunviro no tenía ningún tipo de escrúpulos a la hora de actuar como un déspota con terceros para complacer a quienes consideraba sus amigos.

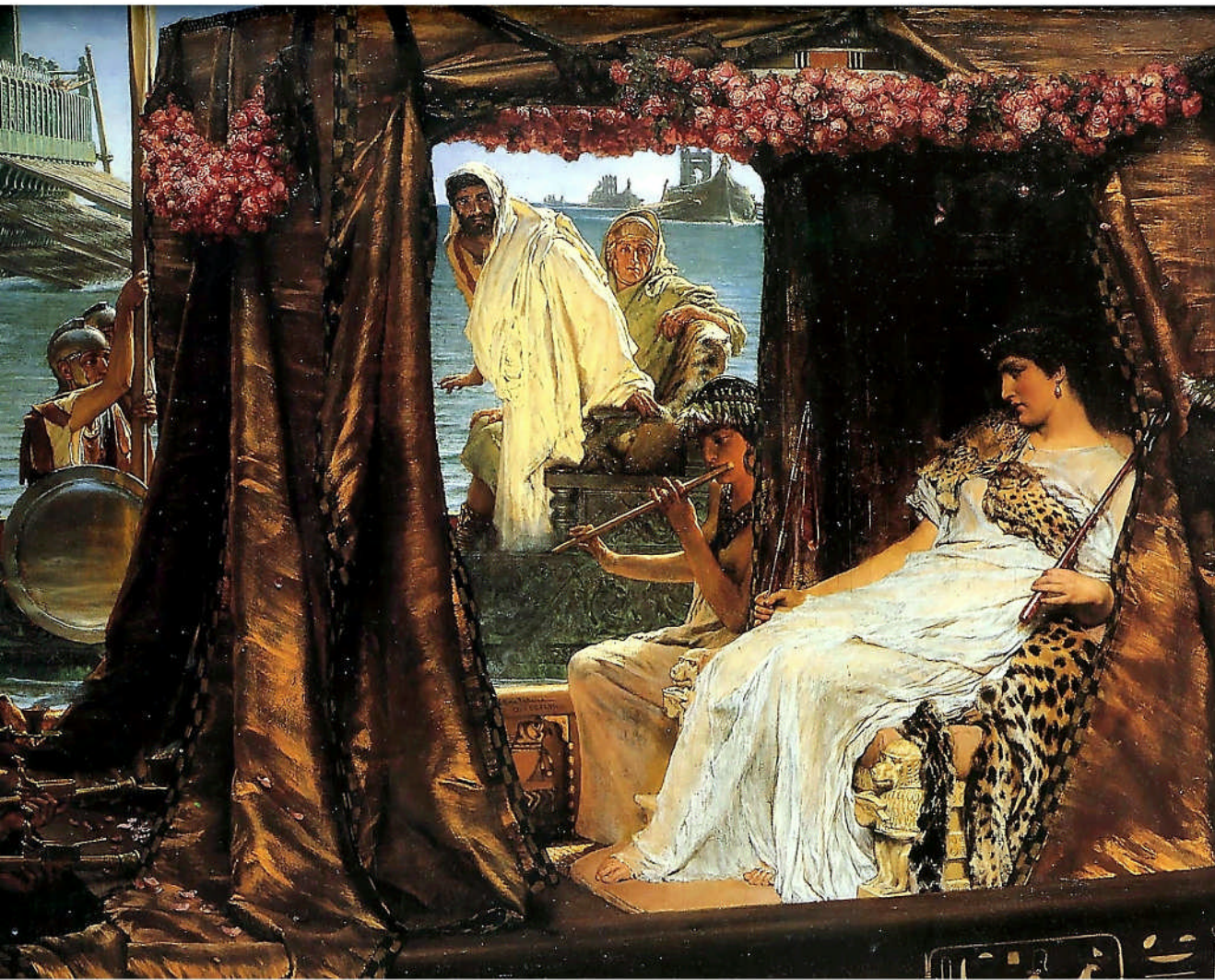
Estando en Cilicia se entrevistó con Cleopatra VII, Reina de Alejandria y Faraona de Egipto. La había hecho llamar para pedirle explicaciones sobre su papel durante la reciente guerra civil contra los republicanos porque sospechaba que había colaborado con éstos o cuanto menos que no había ayudado lo suficiente al Triunvirato. Cleopatra sabía que debía ganarse a Marco Antonio que era en ese momento uno de los dos hombres más poderosos del mundo occidental. Roma, incluso después de varias guerras civiles que la habían desgastado, seguía siendo la civilización más poderosa por lo que tras asegurarse de que su vida no corría peligro decidió acudir a la entrevista.

Mujer sumamente inteligente y con gran instinto de supervivencia, pretendía Cleopatra presentarse al romano rodeada de lujo y esplendor para hacerle ver que trataba con un país con el que le interesaba estar a bien por sus riquezas y prosperidad. Por ello partió a la entrevista en una galera con la popa cubierta de oro, velas de púrpura y remos de plata que se desplazaban no al compás del sonido de un rudo tambor sino de música de flautas, oboes y cítaras. No reparó en gastos para completar toda esta representación engalanando a tripulantes, sirvientes y demás personal de la nave, además de a sí misma. Navegando por el río Cidno, ya en Cilicia, era seguida la galera por multitud de gente desde las dos orillas pues el espectáculo resultaba deslumbrante: Isis llegaba de Egipto para entrevistarse con Baco.



CLEOPATRA VII





**Antonio y Cleopatra - Sir Lawrence Alma Tadema**

Al enterarse Marco Antonio de la llegada de la reina la invitó a cenar en el palacio en el que residía, pero hábil donde las hubiera, le contestó Cleopatra que prefería que fuera él a visitarla al barco. El romano accedió a la invitación y allí lo recibió la reina sorprendiéndole con una recepción y posterior velada llena de esplendor y delicadeza. Tan perplejo quedó Marco Antonio por los agasajos de Cleopatra esa noche y la siguiente que fue el primero en burlarse de sí mismo por lo rústico y torpe que era. No resultó difícil a la reina convencer a su invitado de que no estuvo nunca implicada en la causa de los republicanos. No tanto porque decía la verdad como por lo impresionado que éste había quedado por la recepción y por ella misma. Al percatarse de ello, Cleopatra no dudó en aprovecharse de él convenciéndole para que hiciera matar a su hermanastra Arsínoe y para que le entregara a otros que consideraba sus enemigos. Tras marcharse la reina de vuelta a Alejandría una vez celebradas las entrevistas y satisfechos sus deseos, Marco Antonio prosiguió su labor en Cilicia y concluida ésta se dirigió finalmente a la siempre conflictiva provincia de Siria.



# Marco Antonio en Siria y Judea

Eran tiempos aquellos de gran inestabilidad en Judea y esa situación no parecía haber cambiado mucho. Los romanos habían conseguido con su supremacía militar poner un poco de paz en la zona. No obstante, muchos años después, el odio seguía latente entre fariseos, saduceos, cismáticos samaritanos, herejes galileos y población no judía. Por otro lado la llegada de los romanos que apoyaron en su momento a Antípatro e Hircano había traído consigo otra nueva división entre colaboracionistas e independentistas. Cuando Metelo Escipión ordenó la ejecución de Alejandro; Ptolomeo, rey de Calcidicia, había enviado a buscar a los hermanos y al hijo de aquél para ponerlos a salvo. Aún quedaba por tanto un heredero legítimo de Aristóbulo llamado Antígono, quién años antes había intentado sin éxito predisponer a César en contra de Antípatro e Hircano. Tras partir Casio de Siria con sus tropas para reunirse con Bruto y enfrentarse a los ejércitos del Triunvirato, los judíos se levantaron en armas contra Fasael y Herodes. En Jerusalén, Hélix se rebeló al mando de un ejército contra Fasael mientras que un hermano de Málico (cuyo nombre desconocemos) se apoderaba de varias fortalezas del país (entre éstas la de Masada) y Marión, tirano de Tiro, atacaba Galilea haciéndose con el control de tres fortalezas. Antígono y sus partidarios estaban detrás de todo esto financiados por Ptolomeo de Calcidicia. Habían creado varios frentes a los hermanos idumeos para tenerlos entretenidos mientras ellos invadían Judea desde Calcidicia con un gran ejército sabiendo que Fabio, legado que Casio, no intervendría porque había sido sobornado.

Sin embargo, los hijos de Antípatro no tardarían en reaccionar. Mientras Herodes se recuperaba de una enfermedad en Damasco, Fasael no tardó en aplastar la revuelta de Hélix en Jerusalén. Restablecido Herodes, reconquistó todas las fortalezas que controlaba el hermano de Málico salvo Masada, donde su enemigo accedió a rendirse al ver que no podía ganar la guerra. A continuación se dirigió a Galilea, recuperó las tres fortalezas que controlaba Marión y derrotó al ejército de Antígono cuando éste llegaba por el norte expulsándolo de Judea. Tras su victoria perdonó a los que habían ayudado a Marión en Galilea, ganándose los así para su causa y se dirigió a Jerusalén donde fue recibido como un héroe por la popularidad que le granjearon sus victorias. No obstante era consciente de que debía legitimar su posición de cara a la mayor parte de los judíos, por lo que acordó con Hircano que tomaría por esposa a su nieta Mariame que era hija de Alejandro (hijo de Aristóbulo) y de Alejandra (hija de Hircano). Indudablemente este enlace matrimonial con la dinastía asmonea le haría ganar partidarios entre los judíos, pero de poco serviría de cara a la mayoría de

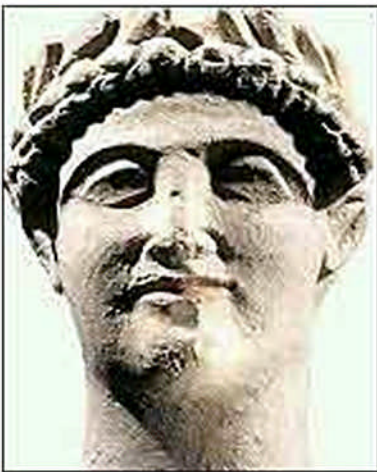
éstos que, xenófobos por naturaleza, no olvidaban que tanto él como su hermano no sólo eran idumeos sino además hijos de una árabe nabatea.

Fracasadas sus rebeliones armadas, los partidarios de Antígono acudieron a Marco Antonio cuando estaba en Bitinia para denunciar la ilegitimidad del poder de los hijos de Antípatro. El triunviro ni siquiera los escuchó pues Herodes, que también estaba allí para replicar esas acusaciones, lo había atraído a su causa previamente mediante un soborno. Por otra parte, las simpatías del romano iban en favor de los dos hermanos idumeos dado que había sido huésped de Antípatro durante su estancia en Siria a las órdenes de Gabinio y aquél lo había tratado muy bien. Marco Antonio era un hombre tremendamente cruel con sus enemigos pero esta crueldad no era menor a la lealtad que tenía siempre a sus amigos. Cuando llegó el triunviro a la ciudad de Dafne (cerca de Antioquía) fue a su encuentro una delegación de cien cargos públicos judíos que volvieron a intentar predisponerlo contra Fasael y Herodes. Los hermanos fueron defendidos por el brillante orador consular Marco Valerio Mesala apoyado por Hircano, quién por razón del futuro enlace de su nieta con Herodes se puso de su lado.





Marco Antonio, previa consulta a Hircano, decidió que eran los hijos del difunto Antípatro los más indicados para gobernar y los nombró tetrarcas de toda Judea. Al escuchar la decisión del triunviro los embajadores judíos no pudieron contener su indignación y comenzaron a protestar con vehemencia, lo que provocó a su vez que Marco Antonio perdiera los nervios y ordenara apresar a quince de ellos con la intención de ejecutarlos y echar al resto de malas maneras y sin respetar la dignidad de sus cargos. Llegada la noticia de esos sucesos a Jerusalén la indignación generalizada llevó a una revuelta popular. Acto seguido y aprovechando este hecho como medida de presión, los partidarios de Antígono enviaron una comisión de mil embajadores a Marco Antonio que en ese momento estaba en la ciudad de Tiro. Herodes, que estaba también en esta ciudad y conocía al romano, pidió a los embajadores que se tranquilizaran y que olvidaran sus rivalidades porque Marco Antonio podía resultar muy peligroso si se sentía desafiado y las consecuencias podrían ser nefastas para todos.



**Herodes el Grande**

Los embajadores no sólo no le hicieron caso sino que se enfurecieron más. Al llegar a oídos del triunviro que en Jerusalén había una revuelta y que le habían enviado a Tiro una nueva comisión de embajadores judíos para negociar la paz, volvió a perder los estribos y ordenó a sus soldados que cargaran contra aquellos armas en mano. Gran parte de los embajadores murieron en el linchamiento y el resto salvaron la vida gracias a que Hircano pidió al triunviro que fueran perdonados y socorridos. Acto seguido ordenó Marco Antonio al gobernador de Tiro que se dirigiera a Jerusalén con tropas y que acabara con la revuelta autorizándole además para castigar a los cabecillas si averiguara quiénes eran. Los embajadores que consiguieron escapar a la matanza en Tiro, lejos de acobardarse, regresaron de nuevo a Jerusalén y una vez allí se dedicaron a soliviantar a la ciudad. Esta actitud fue la gota que colmó el vaso en la paciencia de Marco Antonio que terminó por perder los papeles y ordenó la inmediata ejecución de todos los prisioneros...

No estaba ya el dios Baco tan melífluo y benéfico como lo habían conocido los griegos. Los judíos habían conseguido sacarlo de sus casillas y su impulsividad le había llevado a actuar con extrema dureza. Esto se puso de manifiesto cuando prosiguió su actuación en la provincia. Cuando llegó a Asia Menor tenía en mente tratar a los judíos con la misma benevolencia que a los demás pueblos de la zona. Estando en Éfeso, había recibido a una embajada de Hircano. Éste le había enviado como presente una corona de oro y la petición de que liberara a los judíos habían caído en la esclavitud como consecuencia de la dureza de Casio y la devolución a su pueblo de los territorios que aquél les había arrebatado para dárselo a los pueblos vecinos. Marco Antonio encontró justas las peticiones y accedió a contentarlos obligando al tirano de Tiro, entre otros, a devolver a los judíos las ciudades y territorios que les pertenecían y a liberar a aquellos que hubieran caído en la esclavitud.

Ahora todo había cambiado y lejos de tratar de ganarse al pueblo como había hecho anteriormente se mostró implacable a la hora de exigir los tributos. Si requerían de mano dura para que respetaran su autoridad la iban a tener. Una vez ahogada en sangre la rebelión de Jerusalén, el otrora benevolente triunviro se puso al frente de sus tropas y se dedicó a ir ciudad por ciudad por toda la provincia expulsando de ellas a los tiranos que las gobernaban y cargando a sus habitantes de tributos. Los habitantes de Judea y Siria, que ya habían tenido que sufrir la dureza de Casio a la hora de recaudar, se encontraron con un romano aún más duro e intransigente que iba a exprimirlos como a un limón aunque tuviera que llevar a la más absoluta miseria a la mayor parte de la población. Por último, Marco Antonio dio la orden a su caballería de que atacaran la ciudad de Palmira y la saquearan. Esta ciudad era un enclave comercial de suma importancia. Situada en el interior de Siria, no muy lejos del Éufrates, era uno de los puntos de paso más importantes del comercio entre oriente y occidente. La razón que dio para ordenar ese ataque fue que dudaba de su lealtad hacia Roma. Lo cierto es que políticamente era una ciudad independiente, pues dada su importancia para el comercio era respetada tanto por Partos como por Romanos. Marco Antonio no tenía derecho a exigir allí ningún tipo de contribución y menos a saquearla. No sabemos lo que pasaba realmente por su cabeza cuando tomó esa decisión. Tal vez quería proporcionar botín a su caballería (versión de Apiano) al tiempo que una demostración de fuerza para que nadie osara desafiar la autoridad de Roma o tal vez quería provocar a los Partos con el fin de dirigir una gran guerra que lo pusiera a la altura de César. Lo cierto es que los habitantes de Palmira se enteraron de lo que les venía encima y recogiendo todas sus pertenencias se trasladaron a la orilla este del Éufrates donde esperaron armados a los romanos por si iban en su persecución. Cuando la caballería de Marco Antonio llegó a la ciudad y la encontraron desierta decidieron regresar con las manos vacías sin atreverse a cruzar el Éufrates en persecución de los fugados o desistiendo de hacerlo sin órdenes expresas.



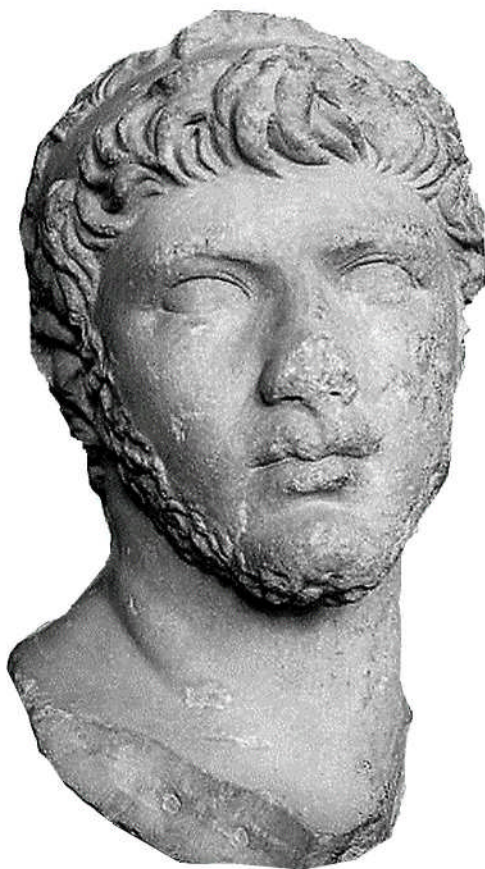
# La Diosa del Nilo

Habían pasado meses desde que se habían despedido en Cilicia pero Marco Antonio no podía apartar a Cleopatra de su mente. ¿Qué tenía esa mujer para que no pudiera olvidarla?. Ya no era un muchacho de quince años sino un hombre experimentado que pasaba de los cuarenta. Había estado con muchas mujeres. Desde aquellas prostitutas que frecuentaba en su juventud con su inseparable Curión, pasando por otras muchas respetables y no tan respetables a las que atraía con facilidad por ser un hombre muy varonil y de bella figura (según Plutarco). Se había casado en dos ocasiones. La primera había sido con su prima hermana Antonia, hija de su tío Cayo Antonio, quién había sido cónsul en el 63 a.C junto con Cicerón. Fue un matrimonio de conveniencia pues con la dote que recibió su esposa había podido pagar una parte de sus cuantiosas deudas.

Tras repudiar a Antonia por sospechar que le era infiel con Dolabella, tomó por esposa a Fulvia con la que aún seguía casado. Nieta de Marco Fulvio Flaco y Cayo Sempronio Graco, era su segunda esposa enormemente rica y de impecable linaje. No era sin embargo mujer adecuada para desempeñar el papel de matrona romana tradicional, sino que por el contrario, le gustaba mandar a su hombre y que éste mandara sobre los demás. Fallecidos sus anteriores maridos Clodio y Curión, decidió casarse con Marco Antonio no teniendo reparos en pagar sus enormes deudas dado que era la mujer más rica de Roma. Preveía que su nuevo esposo llegaría muy lejos y ella con él. Era una mujer que había sido capaz de dominarlo hasta cierto punto y de retenerlo junto a ella, pero Cleopatra era distinta...

No era la reina una mujer que destacara por su belleza física. Sin embargo su trato era tan exquisito que ejercía una atracción inevitable para cualquier mortal y más aún si se trataba de un hombre. Su figura, su labia y su siempre agradable conversación aderezada con la dulzura de su voz formaban una combinación de cualidades tan poco común que la hacían tremendamente interesante.

Ni sumisa ni excesivamente arrogante sabía encontrar un término medio según la ocasión lo requiriera y su alto nivel cultural enriquecía aún más su personalidad. Era en síntesis una fruta apetecible para cualquier mortal, pues careciendo de un físico deslumbrante lo compensaba con otras cualidades tan poco comunes que la hacían destacar entre las de su género a ojos de los hombres. La belleza es una flor cautivadora, pero predestinada a marchitarse. La inteligencia y la experiencia en cambio, son árboles que crecen a medida que pasan los años y sus frutos el mejor patrimonio de quienes las poseen.



**Marco Antonio**

Pese a su carácter arrogante y en ocasiones excesivamente cruel, Marco Antonio tenía un gran fondo de sencillez y no pudo evitar sentirse atraído por Cleopatra. Al contrario que Octaviano, hombre frío y calculador, él era un hombre muy impulsivo que difícilmente podía controlar sus emociones; un defecto que había arrastrado consigo toda su vida y que años más tarde sería su perdición. Tras el ataque de Palmira, la guerra contra los Partos era cuestión de tiempo. El choque entre las dos potencias era casi inevitable si Roma quería restablecer su autoridad en Oriente tras el desastre de Carrhae doce años antes. Consciente de la situación, Marco Antonio distribuyó a sus tropas entre las provincias romanas de modo que estuvieran preparadas para un posible ataque. Sin embargo, en vez de quedarse junto a ellas por si al final había guerra o al menos hasta que la situación se calmara un poco, repartió sus tropas entre las provincias dejándolas al mando de Saxa y de Planco y se desplazó hasta Alejandría para volver a encontrarse con la reina.

Gladius in manu, no tenía el bravo triunviro nada que envidiar al más valiente de los guerreros. Fiero rival en el campo de batalla hacia honor a la tradición de que los de su linaje descendían del mismísimo Hércules. ¿Pero cómo luchar contra lo que en él despertaba aquella diosa del Nilo?



# Los Partos atacan

El hijo de Tito Labieno, era como su padre partidario de los republicanos y enemigo de César y sus vengadores. Antes de las batallas de Filipos había sido enviado por Casio y Bruto como embajador a Orodes II para conseguir de él más refuerzos y a ser posible una mayor implicación en la guerra. No obstante, dado el carácter violento y conflictivo del joven, tal vez se tratara más bien de un modo sutil de quitárselo de encima. Lo cierto es que el astuto Orodes no tenía claro que los republicanos fueran a ganar por lo que antes de implicarse demasiado en la contienda decidió retener a Labieno y esperar acontecimientos.

Tras conocerse la derrota de Casio y Bruto en Filipos, Labieno decidió quedarse a vivir entre los Partos sabiendo que arriesgaba su vida si volvía a territorio romano. Sin embargo al conocer que Marco Antonio había cometido el error de marcharse a Alejandría con todo el malestar que había generado su política en Siria y que Octaviano tenía que afrontar una difícil situación en Italia, vió la posibilidad de volver a territorio romano por la puerta grande y se dedicó a insistir una y otra vez a Orodes para que se decidiera a declarar la guerra. La actuación de Marco Antonio en Siria podía interpretarse como un desafío al monarca arsácida y si éste no se mostraba fuerte y contundente en ese momento podía pagarlo caro en el futuro. Los tiranos de las ciudades sirias a los que el triunviro había expulsado habían acudido a pedirle ayuda y el ataque a la ciudad de Palmira, que pese a ser independiente era de vital importancia para la economía del Imperio Parto, eran hechos que hablaban por si solos. Una vez más Orodes tenía que adelantarse a los pasos de su enemigo. Quién se había visto obligado a aprender a pensar así para sobrevivir no podía reaccionar de otro modo. Además se le presentaba una nueva ocasión para buscar un enemigo más allá de sus dominios y la oportunidad excepcional de contar con un general romano al frente de sus tropas. El hecho de que Orodes pudiera reunir ejércitos tan numerosos como el de las dos invasiones de Pacoro diez años antes, nos da una idea de la efectividad de su política y de lo poderoso que era comparado con sus predecesores. Su autoridad debía estar muy por encima de la nobleza pártica y su Imperio tenía la posibilidad de alcanzar en ese momento histórico una época de apogeo y expansionismo sin precedentes. No obstante, no era tan ingenuo como para dejar todo el mando del ejército en manos del joven Labieno y decidió que fuera compartido entre éste y su hijo Pacoro, con quién se había reconciliado. En el fondo Pacoro era sólo un muchacho cuando le había traicionado y siendo hijo suyo no era de extrañar que quisiera heredar antes de tiempo. Posiblemente viera Orodes en él a algo más que un hijo.

Era un heredero digno de continuar su labor y de llevar a los Partos aún más lejos de lo que él había conseguido y estaba por conseguir. Que hubiera tenido más de treinta vástagos con distintas mujeres y se decantara de nuevo por él parece corroborar esa idea. Por otra parte si Pacoro estaba tan lejos disminuía la posibilidad de que tuviera éxito en el caso de que volvieran sus peligrosas tentaciones de querer heredar. Era una idea que difícilmente podía eludir la mente de alguien como Orodes, que muchos años antes había colaborado con su hermano Mitridates para envenenar a su propio padre y poco después había ordenado matar a su hermano ante él. También es posible que Pacoro se diera cuenta con los años de que enfrentarse a su padre era contraproducente porque todo lo que se consiguiera durante su reinado lo heredaría tarde o temprano. Fuera como fuese, el tiempo demostraría a Orodes que no se había equivocado al perdonar a su hijo.

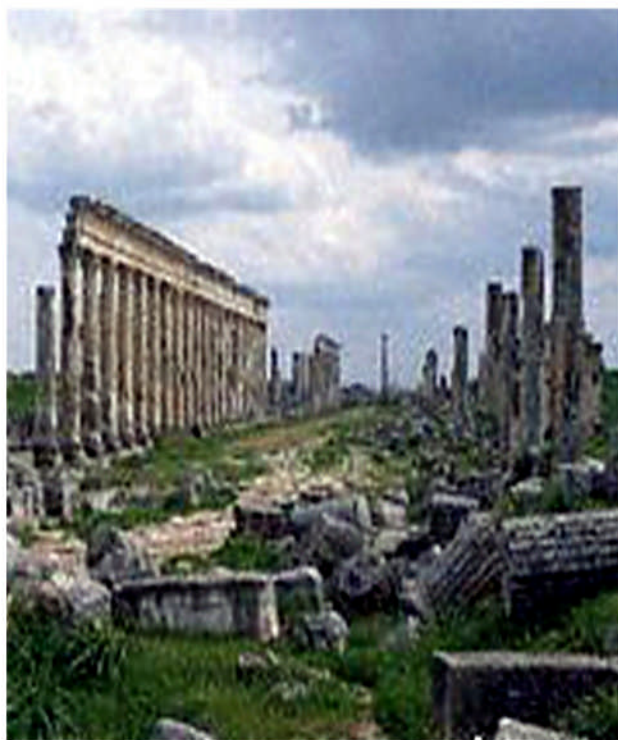
A finales del año 41 a.C un enorme ejército parto (posiblemente más de cuarenta mil hombres) dirigido por Labieno y Pacoro atravesó el Eúfrates y penetró en la provincia romana de Siria. Una vez llegaron a Fenicia se dirigieron a Apamea que no pudieron tomar por asalto debido a sus murallas. No obstante Labieno no tuvo dificultades para ganarse a las guarniciones romanas situadas en las ciudades de la zona sin tener que luchar. Estas estaban compuestas en su mayor parte por soldados que habían servido junto a él en los ejércitos de Bruto y Casio y que Marco Antonio había dejado allí acuartelados porque conocían el país. Con suma habilidad Labieno los atrajo a su causa, pues era parto entre los partos y republicano entre los republicanos. Únicamente el cuestor Saxa, hermano del legado que Marco Antonio había dejado al mando de Siria, se negó a cambiar de bando. El soldado romano de la época era consciente de que no servía a Roma sino a su general de cuyo éxito dependía su prosperidad. Marco Antonio sabía hacerse querer y respetar por sus soldados pues no carecía de carisma y astucia para ello. Sin embargo no estaba allí.... Al enterarse de lo sucedido, Lucio Decidio Saxa (el general) reunió a las tropas que aún le eran leales y se dirigió desde Antioquía a combatir a Pacoro y Labieno que estaban por los alrededores de Apamea. Éstos últimos, al frente de su ejército combinado de romanos y partos le derrotaron en una batalla en la caballería de los últimos marcaron las diferencias tanto por su superioridad numérica como por su habilidad. Sin embargo la batalla no había sido decisiva y aún había quedado Saxa con tropas suficientes como para seguir resistiendo. Labieno, consciente de la facilidad con la que había atraído a su causa a los soldados romanos de las guarniciones de Siria, quiso hacer lo mismo con los de Lucio Saxa.



Para ello ordenó a los arqueros partos que hicieran llegar pamfletos al campamento enemigo donde se les pedía que abandonaran a su general y se unieran a él. Saxa, temiendo ser abandonado, no tuvo más remedio que huir con su ejército hacia Antioquía por la noche. Labieno los persiguió en su retirada y aniquiló a la mayor parte, pues al igual que su padre era tan astuto como cruel y no sentía la más mínima piedad por el vencido. Saxa consiguió escapar a la matanza con unos pocos hombres y llegar a Antioquía desde donde partió hacia Cilicia para reunirse con las demás tropas romanas para hacer frente a los invasores. Labieno y Pacoro por su parte, se dirigieron de nuevo hacia Apamea, cuyos habitantes les entregaron la ciudad sin oponer resistencia porque pensaban que Saxa había muerto. Tras sus victorias, los dos generales, cuyas relaciones personales no debían ser muy buenas, decidieron separarse. Mientras el primero lanzaba un ataque a Cilicia para interceptar a los ejércitos romanos que pudieran llegar desde allí, el segundo se dirigía hacia el sur para hacerse el control del resto de Siria. Dejando pues que el hijo de Orodes se autotitulara Señor de Siria y se dirigiera a terminar las conquistas que él le había puesto en bandeja de plata, Labieno al mando de su ejército combinado se dirigió hacia el norte. Al llegar a Antioquía los habitantes de la ciudad le abrieron las puertas sin que se entablara combate pues Saxa y sus hombres ya se habían marchado de allí. Tras hacerse con el control de la ciudad, Labieno salió en persecución de Saxa al que finalmente dio alcance en Cilicia y lo mató personalmente.

Antes de que el resto de las tropas romanas pudieran ser reunidas y le presentaran batalla, Labieno se ganó a los pueblos de la zona otrora sometidos a los romanos y pactó alianzas con ellos. Planco Bursa ni siquiera se atrevió a oponer resistencia armada y huyó con sus tropas hacia las islas griegas abandonando a su suerte a las ciudades leales a Roma. De éstas, la mayoría decidieron unirse a Labieno. A pesar de que Marco Antonio había sido benevolente durante su paso por allí, las provincias romanas de Asia Menor no debían estar muy satisfechas con sus dominadores. Cuando no eran los gobernadores corruptos que amasaban fortunas a costa de ellos confiscando sus propiedades, vendiendo ciudadanía y exenciones tributarias y aceptando sobornos de publicanos para que les dejaran manga ancha a la hora de recaudar, eran los prestamistas usureros como Bruto que no dejaban salir a la población de la pobreza con sus abusivos intereses. Los romanos eran sus amos por la fuerza, pero tras la retirada de sus ejércitos habían dejado de ser los más fuertes.

Labieno no se detuvo tras conquistar Cilicia y prosiguió avanzando sin apenas oposición por toda la Anatolia. Sin embargo, en la región de Caria se encontró con dificultades, pues ciudades como Stratonicea, Mylasa, Alabanda y Laodicea se opusieron a él. En algunas de éstas ciudades sus habitantes aparentaron unirse a Labieno en un principio y aceptaron las guarniciones que éste dispuso que se quedaran allí. Sin embargo durante la celebración de unas fiestas se rebelaron y mataron a los soldados, lo que obligó a Labieno a tomarlas por la fuerza. Al frente de sus ejércitos sitió la ciudad de Alabanda y tras capturarla no tuvo piedad de sus habitantes. Poco después, Mylasa, que había sido abandonada, era arrasada hasta los cimientos. En cuanto a Stratonicea la sitió durante mucho tiempo pero no pudo tomarla.



Apamea (de Siria)



## LA INVASION PARTA

El avance de Labieno y Pacoro sobre el Asia romana, 41 a.C.

En pocos meses Labieno había conseguido derrotar a los ejércitos de Marco Antonio y hacerse con el control de la mayor parte del territorio romano continental al este del mar Egeo. Únicamente en la zona occidental de la Anatolia estaba encontrando oposición, pero no lo suficientemente importante como para enfrentarse a él de igual a igual. Tras sus victorias, quien había llegado como un liberador del yugo romano demostró ser aún más duro e intransigente de lo que habían sido sus anteriores dominadores. Impuso tributos aquí y allá y saqueó los templos de las ciudades arrebatándoles todas sus riquezas. Al igual que su padre, Quinto Labieno no sabía hacerse respetar y sólo se podía hacer obedecer por la fuerza, a través del miedo. Sin duda se debió sentir como pez en el agua el tiempo que vivió entre los Partos. Tarde comprendieron la mayor parte de las ciudades que se unieron al "libertador pártico" el error que habían cometido al abandonar a los romanos y en el pecado tuvieron la penitencia. Habiéndose autoproclamado Parthicus Imperator tras separarse de Pacoro y conquistar Cilicia, Labieno se dedicó a acuñar monedas propias con sus nuevos títulos. Había vuelto al mundo romano como un conquistador y no como un proscrito. Poco debían importarle los miles de cadáveres de sus compatriotas sobre los que había tenido que pasar y el haber traicionado a su patria arrebatándole parte de sus posesiones para someterlas a los bárbaros.



# La situación en Roma

A finales del año 42 a.C regresaba Octaviano a Italia. Tras recuperarse de una enfermedad en Brindisi partió hacia Roma ya a comienzos del año siguiente y mostró los documentos firmados por Marco Antonio a los partidarios de éste con el fin de que se hiciese cumplir lo estipulado. Habiendo comprobado por otra parte que Lépido no había intentado nada extraño, le otorgó el mando de África en compensación por la pérdida de la Narbonense y de las Hispanias. Éste no tenía resolución suficiente como para intentar nada contra los otros dos triunviros a pesar de que seguramente hubiera contado con apoyos de haberlo intentado. Además, como veremos, aunque fuera legalmente el hombre de mayor rango que había en Roma por su condición de triunviro, era Fulvia, esposa de Marco Antonio y suegra de Octaviano, la que ostentaba el poder de hecho.

Con la llegada del año 41 a.C se habían nombrado los nuevos cónsules que se habían pactado: Publio Cornelio Vatia Isáurico y Lucio Antonio. Las relaciones entre éste último y Octaviano no eran buenas. Tal vez por querer defender los intereses de su hermano mayor o tal vez por ser un republicano convencido (como defendía Apiano) y temer la perpetuidad del Triunvirato, el nuevo cónsul se oponía radicalmente a Octaviano. En realidad mantuvo una postura independiente pues, aunque manifestaba reiteradamente su adhesión a Marco Antonio e incluso llegó a adoptar el cognomen Pietas por su devoción a la causa de su hermano, en realidad actuaba por su cuenta y no siguiendo instrucciones de aquél. Además, la idea de que fuera republicano no tiene demasiada solidez porque no existen pruebas de que intentara llegar a un acuerdo con Sexto Pompeyo ni con Ahenobarbo, lo que le hubiera facilitado muchas cosas como ya veremos. En mi opinión sólo se hizo pasar por republicano para atraer adeptos a su causa. Si Octaviano hubiera contado con la colaboración de Fulvia sus diferencias con Lucio Antonio no hubieran tenido la menor importancia dado que ella tenía en la práctica más poder que su cuñado. Sin embargo el triunviro no podía aguantar el difícil carácter de su suegra y Fulvia, acostumbrada a mangonear a hombres mucho mayores que su yerno, tampoco estaba dispuesta a consentir que éste le saliera respondón.



**Octaviano. Museo Arqueológico de Estambul**

Ella era una mujer tremendamente dominante. Única heredera de los Fulvios y los Sempronios estaba emparentada además con los Cornelios y los Emilios. Gracias su parentesco con estas familias de la nobleza romana que le proporcionaban notables influencias políticas había conseguido que el Senado la eximiera de la aplicación de la Lex Voconia y al morir sus padres se convirtió en una de las personas más ricas de Roma. De haber nacido hombre y no haber existido un César que cruzara el Rubicón y cambiara la situación política para siempre tal vez hubiera sido tan importante como un Craso o un Pompeyo. Su condición de mujer no le había permitido hacer el cursus honorum ni dirigir ejércitos, pero quién se casara con ella tendría aseguradas altísimas aspiraciones; las que ella anhelaba desde la sombra.



Sus riquezas y el ser hija única conllevaba además que en su día no necesitara emparentarse con un rico senador que le procurara una vida acomodada y una alianza política interesante para su familia. De todos modos, si analizamos el perfil de sus maridos podemos llegar a la conclusión de que ella no anhelaba unir su vida a ese tipo de hombre sino a la de un revolucionario que, como hicieran sus abuelos casi un siglo antes, fuera capaz de remover los cimientos de Roma para gobernarla junto a ella. Sin embargo la vida de un demagogo solía ser tan intensa como corta, razón por la que había enviudado ya en dos ocasiones antes de casarse con Marco Antonio cuando sólo tenía unos cuarenta años. Su forma de ser, sus riquezas, sus vínculos familiares, el ser esposa de uno de los triunviros y el miedo que habían desatado las proscripciones hacían de esta mujer una enemiga muy poco recomendable. Tras partir Octaviano y su esposo hacia Macedonia para enfrentarse a Casio y Bruto, nada se hacía en Roma sin su consentimiento y menos aún contra éste. Ni siquiera su cuñado Lucio Antonio se había librado de tener que contar con su aprobación para celebrar un triunfo al principio de su consulado.

Sin embargo Octaviano no era un hombre pusilánime. Él no se dejaría dominar en modo alguno ni permitiría a su suegra que lo convirtiera en un títere para gobernar a través de él. A pesar de no ser un hombre de un carácter tan fuerte como el de Marco Antonio, tenía una enorme determinación no menor que su inteligencia. Si a eso le unimos su orgullo tan propio de cualquier romano joven, dándose además la circunstancia de que era hijo adoptivo de César con todo lo que eso significaba para él, podemos llegar a la conclusión de que Fulvia había encontrado en su yerno a la horma de su zapato. Tan nefastas llegaron a ser las relaciones entre ambos que como era de esperar terminaron por romperse y Octaviano repudió a su esposa Claudia. Además, cuando la envió de vuelta con su madre le hizo saber a ésta que el matrimonio no había sido consumado. Poco le importaba lo que dijeran de él y de su virilidad y para que a nadie quedara duda de lo que pensaba de su ex suegra y de su determinación de romper cualquier vínculo familiar que hubiera existido con ella, ratificó bajo juramento que Claudia seguía siendo tan virgen como el día que se casaron; un insulto que Fulvia jamás le perdonaría. Al margen de sus problemas familiares, Octaviano se tenía que enfrentar a la complicada tarea de repartir las tierras de las ciudades entre los soldados como se había pactado un año antes. El Pueblo de Roma no estaba acostumbrado a la tiranía y por tanto no aceptaba con sumisión las decisiones de sus gobernantes que consideraba injustas. Como era de esperar, las ciudades seleccionadas no estaban nada contentas con la situación y pedían que, o bien se repartiera la carga entre toda Italia, o bien que las propias ciudades seleccionadas eligieran las tierras que se darían a los soldados y los antiguos propietarios fueran indemnizados.

Esta segunda opción hubiera sido la más sensata pero no había dinero suficiente para llevarla a cabo y pagar al ejército tenía carácter prioritario pues era la base real del poder del Triunvirato. Viendo los propietarios que tenían todas las de perder decidieron viajar a Roma en masa y comenzaron a frecuentar día tras día los foros y los templos quejándose de su situación y de la injusticia que se iba a cometer con ellos. La población de Roma se apiadó de ellos y se irritó contra Octaviano, quién por más que éste intentaba explicar que no le quedaba otro remedio no satisfacía a nadie con sus excusas.

Finalmente los soldados se percataron de que sus intereses estaban en peligro y decidieron acudir a las ciudades, escoger las tierras que preferían y expulsar a sus propietarios por la fuerza. La oposición de Octaviano no sirvió de nada. Los soldados sabían que los triunviros debían el poder a sus ejércitos y que los necesitarían para mantenerse en él una vez finalizaran los cinco años de su mandato. Por otro lado el ejército necesitaba también a los triunviros porque sabían que mientras estuvieran en el poder nadie les arrebataría lo que habían obtenido por la fuerza y sus privilegios en general serían mantenidos. Consciente de que estaba condenado a entenderse con el ejército, Octaviano tuvo que hacerse el ciego ante los atropellos que se cometían contra la población civil. Además, tomó a préstamo las riquezas de los templos más importantes de Italia y las ofreció a los soldados como generosas dádivas para ganarse su gratitud y hacerles ver que a él le debían sus privilegios. No sólo necesitaba tener al ejército de su lado, es que además temía que la situación se le fuese de las manos porque las actitudes de insubordinación de los soldados eran cada vez más frecuentes y escandalosas.

Lucio Antonio, Fulvia y Manio, habían tratado de retrasar el asentamiento de los veteranos en las colonias hasta que Marco Antonio llegara de las provincias orientales, para que el ejército no pensara que era a Octaviano al único que debían gratitud. No obstante, al percatarse de la impaciencia de los soldados por recibir lo que se les debía y temiendo que se pusieran en contra de ellos, optaron por exigir en su lugar que los líderes de las colonias que se iban a formar con los veteranos de Marco Antonio fueran elegidos entre los amigos y partidarios de éste.

Octaviano, agobiado por sus problemas terminó cediendo a las presiones y les concedió lo que pedían. Ocurrió entonces que los líderes de dichas colonias permitieron a sus soldados que cometieran fechorías aún mayores que las que ya se habían cometido contra la población civil. Las ciudades perjudicadas en particular y toda Roma en general sintieron entonces un mayor resentimiento por lo que ocurría culpando a Octaviano por consentirlo, mientras que los veteranos de Marco Antonio pensaban que debían sus privilegios a los líderes de sus colonias, que a su vez se debían a aquél. La popularidad de Octaviano iba en picado mientras sus enemigos se frotaban las manos.



Por otro lado, el hambre comenzaba a hacerse notar entre la población. La mayor parte de Italia no había sido cultivada desde hacía años debido a las guerras civiles y lo poco que se producía estaba destinado a los ejércitos. En cualquier caso su producción agrícola no era suficiente para alimentar a toda su población y dependía de las provincias de Sicilia y África. Con la cosecha de Sicilia se podía abastecer a Italia en un año bueno. Desde hacía casi dos siglos la isla se había convertido en el granero de Roma gracias a sus enormes latifundios explotados por esclavos. Cuando había un año de malas cosechas en Sicilia había que recurrir a la producción de la provincia de África para completar el abastecimiento. Sin embargo Octaviano no podía contar en ese momento con ninguna de las dos provincias. Sicilia estaba en posesión de Sexto Pompeyo quién además controlaba también el mar con su flota y evitaba el abastecimiento de alimentos que pudiera llegar a Italia desde el sur y el oeste mientras que Ahenobarbo hacía lo mismo desde el este. Además en África había tenido lugar otra guerra el año anterior, por lo que es posible que la cosecha tampoco fuera suficiente aunque hubieran tenido libre el acceso por mar.

Como no podía ser de otra forma, la carencia de alimentos generalizada fue aumentando cada vez más el descontento y la desesperación de la población. Robos y altercados violentos se hicieron habituales en toda Italia y el comercio se estancó debido a la inseguridad reinante, pues la generalización del banditaje impedía la fluidez del intercambio de mercancías. Además, la carestía de alimentos hacía que sus precios se dispararan arrastrando a todos los demás, lo que disminuía la capacidad adquisitiva del pueblo así como la demanda de los otros bienes. La mayor parte de los actos delictivos no podían ser castigados porque eran demasiados y ya nadie respetaba a los magistrados ni había autoridad con poder en las ciudades que frenara la anarquía. Italia se sumía cada vez más en una situación caótica ante la que Octaviano poco o nada podía hacer obstaculizado continuamente por Lucio Antonio.

Cuando los propietarios de las tierras que habían sido expulsados por los soldados acudían a los hombres más importantes de Roma, Lucio Antonio era el único que los recibía con amabilidad prometiéndoles además su ayuda con la finalidad de ganárselos para su causa. Por esa razón no sólo Octaviano sino también los propios partidarios de Marco Antonio le reprochaban su actitud. Incluso Fulvia le echó en cara que actuaba contra los intereses de su hermano acusándole de pretender provocar una guerra. No obstante Manio, que estaba de acuerdo con Lucio Antonio, hizo ver a Fulvia que mientras Italia estuviera en paz su marido no volvería de Alejandría siendo la guerra el único medio de separarlo de Cleopatra... Acostumbrada durante toda su vida a no consentir la más mínima oposición y menos aún entre las de su género, Fulvia debía ser sin duda extremadamente celosa. Más aún si tenemos en cuenta que Cleopatra era unos diez años más joven que ella. Herida en su condición de mujer y esposa ante los argumentos de Manio, Fulvia se convirtió desde entonces en la más firme partidaria de su cuñado Lucio, a quién incitaba permanentemente a la discordia con Octaviano.

Así pues, tras hacerse fuertes en la ciudad de Preneste (Praeneste) que se convertiría en el centro neurálgico de su facción, ella y Lucio se dedicaron a difundir que las posesiones confiscadas a los proscritos eran suficientes para premiar a los soldados para que el descontento de las ciudades de Italia fuese en aumento. Por otro lado, tanto Lucio como los hijos de Marco Antonio no dejaban de acompañar a Octaviano cuando éste salía de Roma para asentar a los veteranos en las colonias y que de esa forma no se llevara todo el mérito de cara a los soldados. Octaviano no iba a tener un sólo segundo de paz mientras ellos pudieran evitarlo.



**Moneda acuñada en Eumea (Frigia)  
con el busto de Fulvia en el anverso**



En cierta ocasión en la que Octaviano envió a un cuerpo de caballería a la costa de Brutium para combatir a las tropas de Sexto Pompeyo que estaban atacando dicha región, Lucio Antonio creyó o fingió creer que la caballería había sido enviada contra él y corrió a pedir ayuda a las colonias de los veteranos de su hermano. Allí denunció la supuesta traición de Octaviano y se hizo con una guardia personal. Estas acusaciones fueron negadas por el triunviro, quién acusó a su vez a Lucio Antonio de querer provocar una guerra por su interés personal al margen de los intereses de su hermano. Viendo los oficiales del ejército que la discordia era grave y que podía llevar a consecuencias nefastas, decidieron llevar a cabo un arbitraje convocándolos a parlamentar en Teanum.

El cónsul y el triunviro acordaron allí una serie de puntos que debían cumplirse para llegar a un entendimiento. Parecía que el problema estaba solucionado pero como lo acordado tardaba en llevarse a cabo Lucio Antonio se reunió en Preneste con Fulvia y varios senadores y les confesó que desconfiaba de las intenciones de Octaviano y que temía por su propia seguridad, pues él había renunciado a su guardia personal como se acordó en Teanum mientras que Octaviano seguía contando con los pretorianos. Tanto Lucio Antonio como Fulvia estaban dispuestos a hacer regresar a Marco Antonio al precio que fuera y ambos le escribieron a Alejandría contándole sus versiones de los hechos. Los oficiales del ejército y posteriormente los veteranos de César asentados en Ancona intentaron de nuevo que cónsul y triunviro llegaran a un acuerdo pero las posturas entre ambos eran cada vez más distantes. Lucio Antonio y sus partidarios estaban decididos a que hubiese guerra pues querían explotar el descontento generalizado para acabar con Octaviano y que Marco Antonio se hiciera con el poder. A Octaviano por su parte no le interesaba una guerra en ese momento pero se daba cuenta de las verdaderas intenciones de Lucio Antonio y Fulvia, por lo que no podía permanecer inactivo. A todos los intereses políticos había que unir además el odio personal que había entre Octaviano y Fulvia y los celos de ésta última hacia Cleopatra. La reconciliación era poco menos que imposible y cuando Lucio Antonio y los suyos no tenían excusas se las inventaban. El hermano menor de Marco Antonio tenía bajo su mando directo a seis legiones que había reclutado al principio de su consulado (lo cual aclara bastante sobre sus intenciones desde un principio). Además contaba teóricamente con los ejércitos de las Galias cuyos generales eran hombres de Marco Antonio y habían reclutado más tropas de las que tenían asignadas tras la marcha de los dos triunviros a Macedonia para enfrentarse a Bruto y Casio. Octaviano tenía por su parte cuatro legiones veteranas en Capua, los hombres de su guardia pretoriana (cuatro mil) y otras seis legiones que había enviado a Hispania a las órdenes de Quinto Salvidieno Rufo, a quién ordenó regresar a Italia antes de que llegara a su destino.

En cuanto a la posibilidad de financiar una guerra a largo plazo la situación económica era dispar. Mientras Lucio Antonio contaba con los ingresos de las provincias asignadas a su hermano que estaban en paz, las de Octaviano estaban todas en guerra y no tenían comunicación directa con Italia, dado que el mar estaba dominado por las fuerzas republicanas y para llegar por tierra desde Hispania había que pasar por las Galias. Por ello tuvo que tomar "a préstamo" el dinero de los templos de Roma, Antio, Lanuvio, Nemos y Tibur; pues en esa época ya casi nada se consideraba un sacrilegio.



**Lucius Antonius.**

Por otra parte, la población de Italia estaba dividida. Al margen de los que decidieron huir hasta Sicilia con Sexto Pompeyo, la mayor parte de las ciudades estaban del lado de Lucio Antonio. Él había sido el único que había socorrido a aquellos cuyas tierras fueron arrebatadas por el ejército y temían correr la misma suerte que las dieciocho seleccionadas en su día por los triunviros. Octaviano seguía contando con la fidelidad de sus veteranos pero estaba en una situación de clara inferioridad frente al cónsul. El resto de la población se decantaba por una facción u otra según sus propias conveniencias dado que eran conscientes de que no se trataba de una guerra contra una nación extranjera sino de un enfrentamiento personal entre sus gobernantes. En cuanto al Senado, gran parte de éste estaba con Lucio Antonio gracias a la influencia de Fulvia y al resentimiento que había generado Octaviano, pues entre los senadores tampoco se habían librado de ser expropiados. Lucio Antonio era su única esperanza y la situación tan crítica por la que pasaba Roma les obligaba a autoengañarse y a creerse su supuesto republicanismo.



Por otro lado, aún los que desconfiaban de sus intenciones siempre preferirían a Marco Antonio que una vez conseguido el poder se limitaría a entregarse a la buena vida y sería mucho más manejable que el heredero de César. Muchos de los que debían su puesto de senador a César seguían leales a Octaviano pues éste había heredado su clientela. No obstante, entre éstos habían también partidarios de Marco Antonio. Al igual que Italia, el Senado estaba dividido y era un mar de confusión. Por si Octaviano no tenía aún suficientes problemas, el republicano Ahenobarbo al mando de una flota de setenta barcos y contando con dos legiones y auxiliares de infantería ligera, se dedicó a atacar las ciudades de la costa adriática de Italia. Con mucha más iniciativa que Sexto Pompeyo (no hay pruebas de que se aliara con Lucio Antonio) quiso sacar partido de la situación en Italia y de haber contado con un ejército mayor o haberse entendido con el amo de Sicilia las cosas hubieran sido muy diferentes de como fueron. Al llegar a Brindisi, Ahenobarbo se apoderó de varias trirremes, incendió otras y obligó a los habitantes de la ciudad a refugiarse tras sus murallas mientras sus tropas saqueaban la zona. Octaviano sólo pudo enviar una legión para auxiliar a Brindisi y ordenó que se comenzaran a reclutar tropas por toda Italia. Lucio Antonio también había enviado delegados para aumentar sus efectivos militares y fueron frecuentes las emboscadas y escaramuzas entre éstos y los enviados por el triunviro.

Como último intento de evitar la guerra, Octaviano convocó a senadores y caballeros y les hizo saber que aquella sería inevitable y traería gravísimas consecuencias para Roma. Por ello les sugirió que se dirigieran a Preneste e hicieran llegar a Lucio Antonio sus quejas a título personal para evitar el desastre. Así lo hicieron algunos pero todo fue en vano porque sólo recibieron excusas de Manio y Lucio Antonio quienes culpaban de todo a Octaviano. Llegaron incluso a alegar que la legión que Octaviano había enviado a Brindisi estaba allí para evitar el desembarco de Marco Antonio, pues estaban dispuestos a agarrarse a un clavo ardiendo antes de acceder a las peticiones de paz. La decisión estaba tomada desde mucho antes y la inevitable guerra iba a comenzar de un momento a otro.

Las primeras espadas no chocaron en Italia. Sextio (legado de Marco Antonio) tras haber derrotado a Cornificio en África había entregado estas provincias a Fuficio Fango (legado de Octaviano) por orden de Lucio Antonio. Sin embargo cuando las tensiones aumentaron Lucio volvió a ordenar a Sextio se hiciera de nuevo con la provincia y al negarse Fango a ceder el mando estalló una guerra en la que éste último sería derrotado un año después y se suicidaría. Por otro lado Lucio Antonio había convencido al rey Bocco de Mauritania para que declarara la guerra a Carrinas, legado de Octaviano en Hispania, para que éste no pudiera amenazar las provincias de las Galias ni enviar refuerzos a Octaviano. En Italia no habían comenzado aún los combates cuando en la ciudad de Alba Fucens dos legiones del ejército de Lucio Antonio se rebelaron contra sus oficiales y los expulsaron de la ciudad. Al enterarse de ello, Octaviano dejó Roma al mando de Lépidus con dos legiones y se dirigió hacia allí con sus cohortes pretorianas para intentar atraer a su causa a los amotinados y hacerse con el control de la ciudad sublevada. No obstante Lucio Antonio se le anticipó y antes de que desertaran al enemigo consiguió retener a las dos legiones gracias a sus promesas y a una gran suma de dinero.





Al no poder atraerse a las legiones de Alba Fulcens, Octaviano se dirigió hacia la ciudad de Nursia e intentó tomarla sin éxito. Consiguió derrotar a los Sabinos que estaban a favor de Lucio y tomar la fortaleza que estaba próxima a la ciudad pero no pudo hacerse con ésta porque fue rechazado por Tisieno Galo. La razón de que Octaviano intentara hacerse con ciudades en esa zona era para controlar los puntos de paso por los que pudieran llegar refuerzos a Lucio Antonio, dado que la mayor parte de las regiones de Italia, dominadas por sus terratenientes locales, estaban del lado de su enemigo. No se trataba sólo de un enfrentamiento entre Octaviano y Lucio Antonio o entre los partidarios del primero contra los del hermano de éste. También estaban en juego los intereses de los grandes y medianos propietarios de toda Italia contra un proletariado voraz (el ejército) al que temían porque el poder de las armas y el respaldo de Octaviano les permitían vengar agravios del pasado. Por otro lado volvía a reaparecer el viejo fantasma de la Guerra Social. Una vez más las ciudades de distintas regiones de Italia iban a ver perjudicadas por decisiones arbitrarias del gobierno de Roma y por ello no dudaron en unirse a Lucio Antonio para defender sus propios intereses. Poco después de fracasar en su intento de tomar Nursia, Octaviano recibió noticias de que Cayo Furnio, al mando de un ejército recién reclutado en las colonias del Piceno y Umbria (donde se había asentado a parte de las legiones de Marco Antonio), se dirigía al encuentro de Lucio Antonio en Preneste para unirse a él. El triunviro, que estaba situado al norte del territorio sabino le atacó por la retaguardia y lo puso en fuga hacia el norte. Cuando ya estaba cerca de la ciudad de Sentinum, Furnio se refugió en una colina y por la noche se adentró en la citada ciudad con parte de su ejército. Octaviano, que no se atrevió a continuar la persecución al caer la noche por temor a una emboscada, prosiguió la misma al día siguiente y sitió tanto el campamento del ejército enemigo como la ciudad de Sentinum.

Mientras todo esto ocurría, Lucio Antonio, aprovechando la ausencia de Octaviano, marchó sobre Roma con su ejército desde Preneste. Antes de llegar, envió una avanzadilla de tres cohortes que se introdujeron en la ciudad durante la noche. Una vez se presentó allí con el resto de su ejército al día siguiente y Nonio, encargado de la vigilancia de las puertas de la ciudad, no tuvo más remedio que entregarle el mando de las guarniciones destinadas a defender la misma sin oponer resistencia, pues previamente las tres cohortes enviadas por Lucio se habían hecho con el control de la ciudad y Lépido se había visto obligado a huir.

Ya en Roma, Lucio se ganó al pueblo haciendo demagógicas promesas sobre la restauración de la República y echando la culpa a Octaviano y Lépido de la mala situación que se vivía en ese momento. Les vendió además el cuento de que Marco Antonio dimitiría como

triunviro a cambio del consulado para de esa manera acabar con el Triunvirato que era (según él) la causa de todos los males de Roma. Como era de esperar la población, acuciada por el hambre, se creyó lo que se les decía pues cuanto más desesperada es una situación mejor abonado está el terreno para los demagogos. Una vez ganada Roma para su causa, Lucio partió por la Vía Casia hacia la Etruria meridional donde habían sido asentados parte de las legiones de Marco Antonio. Allí reclutó tropas y ordenó que fortificaran las ciudades de la zona dada su importancia estratégica. Sin embargo no todo le iba tan bien como esperaba. Barbatio, un ex cuestor de Marco Antonio que éste había enviado de vuelta a casa por su mala relación con él, estaba resentido contra su general y por ende contra Lucio que se suponía que defendía los intereses de su hermano. Tras marcharse el cónsul a Etruria, Barbatio se dedicó a difundir por toda Roma el bulo de que Marco Antonio no apoyaba lo que estaba haciendo su hermano y que estaba enfurecido con él y con los que luchaban contra Octaviano. Muchos que creyeron esas mentiras desertaron de la facción de Lucio Antonio y Roma volvió a encontrarse dividida.



**Sentinum**

En esos momentos Quinto Salvidieno Rufo llegaba de la Galia con sus seis legiones y avanzaba hacia la Italia central perseguido por Publio Ventidio y Cayo Asinio Polión, generales de Marco Antonio. A Lucio Antonio no le interesaba que Salvidieno uniera a su ejército con el de Octaviano por lo que decidió ir a su encuentro e interceptarle antes de que llegara a Sentinum para que de ese modo quedara atrapado entre sus tropas y las de Ventidio y Asinio. Marco Vipsanio Agripa, que llegaba a Roma desde Capua con cuatro legiones veteranas de Octaviano, se percató de las intenciones de Lucio. Las seis legiones de Salvidieno eran de vital importancia para la guerra por lo que para evitar que fueran rodeadas tomó por un rápido asalto la ciudad de Sutrium con la finalidad de atraer a Lucio hacia su posición. Esta ciudad, situada en el sur de Etruria y un poco más al norte de Roma, era de gran importancia estratégica. Desde allí Agripa y su ejército amenazaban al resto de las ciudades de Etruria, a la propia Roma y a todo ejército que acudiera a ésta para unirse al cónsul.



La idea de Agripa funcionó a la perfección y Lucio Antonio se vio obligado a dirigirse hacia Sutrium para sitiarse y a abandonar la idea de cortar el paso a Salvidieno. Éste consiguió llegar finalmente hasta Sentinum y unió sus tropas a las de Octaviano. Al llegarle la noticia de que Lucio Antonio se había apoderado de Roma, Octaviano dejó a Salvidieno sitiando Sentinum y se dirigió a Roma por la Via Flaminia con sus cohortes pretorianas, pues como hijo adoptivo de César esperaba ganarse a la población de Roma sin luchar ya que el fallecido dictador tenía el apoyo mayoritario de todas las clases sociales romanas menos de la primera. Cayo Furnio salió entonces de la ciudad en persecución de Octaviano pero no logró darle alcance y entablar combate. Mientras tanto Salvidieno aprovechó la marcha de Furnio y de sus tropas para tomar Sentinum que fue saqueada e incendiada. Nursia, al conocer el destino de Sentinum se rindió a Salvidieno sin luchar y éste, tras dejar una guarnición allí se dirigió hacia Sutrium para auxiliar a Agripa.

Mientras Octaviano se volvía a hacer con el control de Roma sin necesidad de presentar batalla, Lucio Antonio, al tener noticia de que Salvidieno avanzaba hacia su posición decidió huir hacia el norte con su ejército, pues temía quedar acorralado entre aquél y Agripa estando además en inferioridad numérica (cinco legiones contra diez). Había perdido su ventaja y no le quedaba otro remedio que ir al encuentro de Ventidio y Asinio para unirse a ellos con lo que pudiera salvar de su ejército. Agripa y Salvidieno lo persiguieron con sus respectivos ejércitos e intentaron acorralarlo sin éxito. Cuando Lucio Antonio estaba cerca de la ciudad de Perugia (Etruria oriental cerca de Umbria), ya fuera por cometer el error de no seguir avanzando hacia el norte o porque se vio obligado por las circunstancias, decidió acampar allí a la espera de que llegaran Ventidio y Asinio desde la Galia.

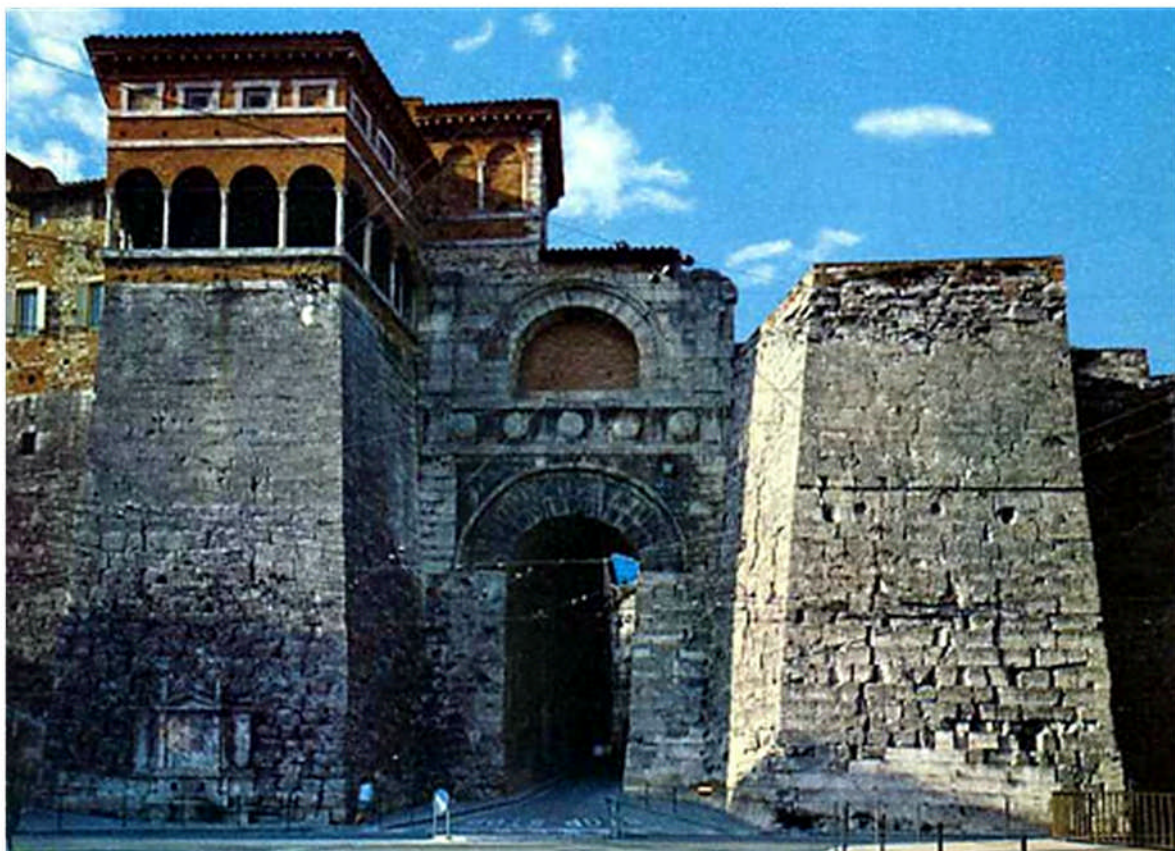




Ello dio tiempo a Agripa y Salvidieno para cercarlo en su posición. Tras ésto, Octaviano se unió a ellos con su guardia pretoriana e hizo llamar a todos los efectivos de los que disponía para que se sumaran al cerco. Habían conseguido acorralar al comandante en jefe del ejército enemigo y hacer de la ciudad de Perugia el centro neurálgico de una guerra que podía haber salido mucho más cara a Italia de lo que al final resultó. Lucio Antonio, viendo que estaba rodeado por todas partes y en inferioridad numérica, decidió no presentar batalla ni proseguir su avance. Ordenó a Manio que se dirigiera a la posición de Ventidio y Asinio para que los apremiara a llegar en su ayuda y puso a Tisieno Galo al frente de cuatro mil jinetes para que intentara saquear las provisiones del ejército de Octaviano y obligarle así a levantar el sitio. Él por su parte entró en Perugia, que estaba ubicada sobre una colina y fuertemente fortificada, y se quedó allí para esperar la llegada desde el norte de los generales de Marco Antonio. Octaviano y sus generales, ante la dificultad de asediar la ciudad prefirieron rendirla por hambre. Tras mandar a un contingente de tropas hacia el norte para que entretuvieran a los generales de Marco Antonio cuando llegaran, Octaviano ordenó construir una empalizada y un foso alrededor de Perugia formando una circunvalación con un perímetro de cincuenta y seis estadios (poco más de diez kilómetros) y ordenó extender ramales por el Tiber para que no se pudiera introducir nada en la ciudad. Lucio Antonio, que esperaba optimista la llegada de los generales de su hermano, ordenó construir otra empalizada y otro foso en la base de la colina sobre la que estaba situada la ciudad. Ignoraba que Ventidio y Asinio no sabían qué hacer porque ambos eran contrarios a esa guerra, no conocían la opinión de Marco Antonio sobre la misma y ninguno de los dos quería ceder el mando al otro.

## El sitio de Perugia

Estando así las cosas, tuvo que ser la enérgica Fulvia la que diera un poco de cohesión a la facción de Lucio Antonio. Junto con Manio, logró convencer finalmente a Asinio y a Ventidio para que acudieran a Perugia a socorrer a su cuñado, pero Caleno que con sus once legiones veteranas hubiera sido decisivo continuó inactivo. Por otro lado ella misma reunió otro ejército más entre los veteranos de Marco Antonio y ordenó a Lucio Munacio Planco que acudiera igualmente a Perugia para hacérselo llegar a su cuñado.



Arco etrusco. Perugia





**Perusia, plano del siglo XVIII, no mucho mas extensa que la ciudad Clásica.**

Mientras Ventidio y Asinio se dirigían desde el norte hacia Perugia, Planco interceptó a una legión de Octaviano que acudía a sitiar la ciudad y acabó con ella. Una vez se empezaron a acercar a Perugia los ejércitos que venían a auxiliar a Lucio Antonio, les salió al paso el de Octaviano y Agripa. Los generales de Marco Antonio no avanzaban con decisión ni estaban compenetrados unos con otros como consecuencia de que carecían de un líder. Contaban con un total de trece legiones y seis mil auxiliares de caballería, pero era un ejército acéfalo dirigido por tres generales que seguían sin ponerse de acuerdo en quién debía asumir el mando. Ni siquiera eran capaces de coordinar un ataque por no confiar unos en otros y tampoco estaban seguros de estar haciendo lo correcto. En la otra facción el liderazgo de Octaviano era indiscutible. Agripa y Salvidieno eran hombres de oscuros orígenes que le debían su prosperidad, hecho que lo convertía en su líder natural pese a no ser un gran militar. Como consecuencia de sus indecisiones, Ventidio, Planco y Asinio no presentaron batalla y se retiraron a distintas ciudades porque ni para eso se ponían de acuerdo. Asinio se dirigió a Rávena, Ventidio a Ariminium y Planco a Spoletium (al norte de Umbria). Octaviano puso un ejército frente a cada ciudad y volvió a Perugia con el resto de sus tropas para proseguir el sitio. Tras volver al cerco de Perugia y aprovechando la inactividad del enemigo, ordenó que reforzaran las construcciones, aumentaran la anchura y profundidad del foso, elevaran la altura de los muros y que colocaran a lo largo de ella un total de mil quinientas torretas de madera. Además hizo construir almenas y otros dispositivos hacia dentro y hacia fuera de la ciudad, de modo que sirvieran tanto para repeler un ataque de los sitiados como de los refuerzos que pudieran llegar a éstos desde el exterior. Al mismo tiempo que se hacían estas construcciones se realizaban escaramuzas y combates entre ambos ejércitos sin que en ningún momento pudieran los soldados de Lucio Antonio romper el bloqueo ni impedir que se terminaran los trabajos.

En poco tiempo se fueron acabando las provisiones que había en Perugia y el hambre hizo acto de presencia. Lucio intentó en varias ocasiones salir con su ejército y plantar cara a los sitiadores pero al final siempre eran rechazados porque Octaviano había ordenado reforzar la vigilancia por todas partes aprovechando la superioridad numérica de su ejército. No obstante el tiempo no corría totalmente en favor del triunviro porque el hambre también estaba presente en el resto de Italia y no había tropas suficientes para mantener el orden. En Roma, la plebe estaba harta de la situación y viendo que el poco trigo que había estaba fuertemente custodiado por los soldados, a quienes iba destinado, se dedicaron a maldecir en público a la guerra y saquearon las casas de la ciudad en busca de alimentos. Si Lucio se hubiera asegurado una alianza con Sexto Pompeyo o éste se hubiera decidido a atacar por cuenta propia en esos momentos, la situación hubiera sido tremendamente complicada para Octaviano.

Ventidio, Asinio y Planco se avergonzaron de que Lucio estuviera en esa situación por su falta de actividad y coordinación. Por ello decidieron salir de las ciudades y dirigirse hacia Perugia para intentar romper su aislamiento. Las tropas que estaban destinadas a retenerles les atacaron sin conseguir impedir su avance pero cuando Agripa y Salvidieno se dirigieron contra ellos con la mayor parte del ejército de Octaviano, temieron verse rodeados y se retiraron hacia la fortaleza de Fulginium, situada a unos ciento cincuenta estadios (unos veintiocho kilómetros) de Perugia y fueron sitiados allí por Agripa. Los tres generales seguían sin saber que hacer. Mientras Ventidio y Asinio eran partidarios de luchar, Planco opinaba que era mejor aguardar acontecimientos porque si salían de la fortaleza se arriesgaban a ser rodeados por los ejércitos enemigos. Al final permanecieron inactivos, posiblemente por no llegar a un acuerdo entre ellos más que por prevalecer la opinión de Planco. La carencia de un líder en su facción estaba siendo decisiva para la guerra.



**Perugia**

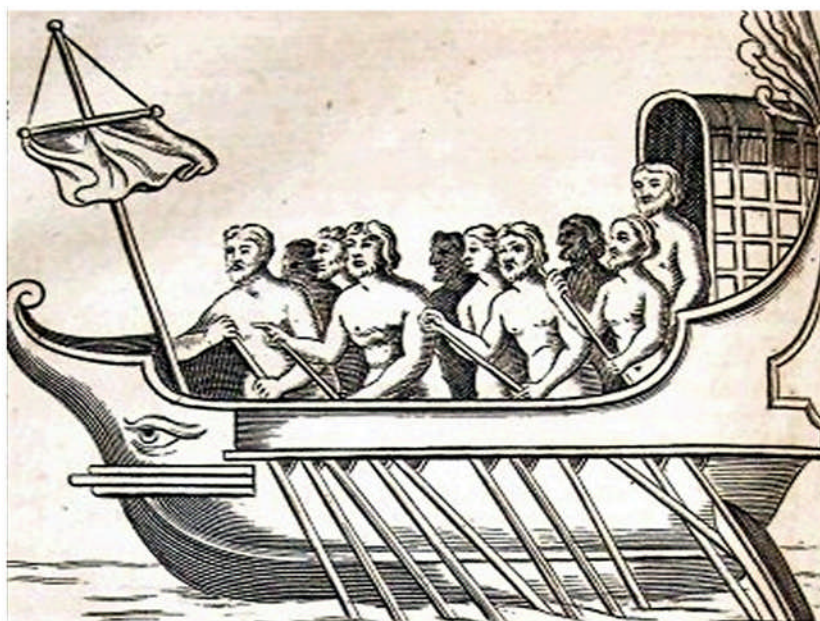
Lucio Antonio intentó forzar el cerco en varias ocasiones más sin éxito. Finalmente, viendo las penosas condiciones en que estaba su ejército y la ciudad debido al hambre y a las continuas derrotas que habían sufrido, empezó a considerar la posibilidad de una rendición. Las cosas estaban tan mal que tuvieron que dejar de alimentar a los esclavos y cuando muchos de estos morían de hambre tras estar días y días deambulando en busca de algo que llevarse a la boca, los enterraban en fosas comunes. El tiempo pasaba lentamente y ni habían podido romper el cerco ni llegaban los auxilios desde el exterior. Al empezar a hacerse frecuentes las desertiones en su ejército, dado que Octaviano había ordenado tratar con benevolencia a los que huían, terminó por decidirse. El cónsul temía que de prolongarse la situación sus soldados terminarían amotinándose y entregándole a Octaviano. Al percatarse de que la resistencia era inútil decidió establecer negociaciones y finalmente llegó la rendición.

Los principales enemigos de Octaviano que se habían unido a Lucio Antonio y los miembros del Consejo de la ciudad de Perugia fueron ejecutados mientras que Lucio Antonio, de momento, fue perdonado porque vivo era más útil para el triunviro. Perugia fue pasto de las llamas en su totalidad salvo el Templo de Vulcano y una estatua de Juno que sería llevada a Roma por orden de Octaviano. Fue el final de la larga historia de esta ciudad que había sido una de las doce principales de los etruscos. No mucho después sería reconstruida con el nombre de Colonia Vibia Augusta cuyo dios titular fue Vulcano. A día de hoy es conocida como Perugia.



Después de la rendición de Perusia; Ventidio, Asinio y Planco no le vieron sentido a continuar la guerra que Lucio Antonio había empezado y en la que nunca quisieron implicarse. Planco abandonó a sus tropas que eligieron a Ventidio como general y huyó de Italia por su cuenta. Asinio se dirigió con sus siete legiones hacia el nordeste de Italia y retuvo la región del Véneto en favor de la facción de Marco Antonio. De los movimientos de Ventidio no existen datos. Posiblemente ayudara a Asinio a controlar algunas de las ciudades de la costa nororiental de Italia. Sólo con un ejército tan poderoso como el que resultaba de la suma de las tropas de Asinio y Ventidio se entiende que las ciudades de esa zona siguieran leales a Marco Antonio sin que Agripa pudiera hacer nada por evitarlo. Asinio consiguió además atraer a Ahenobarbo (que posiblemente controlaba algunas ciudades costeras de la zona) hacia la facción de Marco Antonio junto con su flota de más de setenta barcos de guerra y las tropas con las que contaba. Ambos escribieron a Alejandría para dar noticia a su general de todo lo que había sucedido y de que estaban preparando varios lugares para que pudiera desembarcar en Italia donde también esperaban Ventidio y Caleno.

El resto de los republicanos y partidarios de Marco Antonio que habían apoyado a su hermano Lucio se retiraron en direcciones diferentes hacia las ciudades costeras. Unos se dirigieron al este (Rávena) y otros hacia el suroeste (Brindisi y Tarento) para escapar hacia Grecia. Otros en cambio decidieron huir hacia Sicilia para unirse a Sexto Pompeyo. Octaviano, queriendo sacar partido de su desunión, los hizo seguir por sus hombres quienes les proponían la paz mientras les acosaban sin presentarles batalla. Sin embargo sólo Agripa consiguió que dos legiones de la otra facción desertaran a él. El resto permanecieron leales a sus generales, pues pese a la derrota de su hermano y la adversidad de las circunstancias, el nombre de Marco Antonio seguía teniendo un grandísimo prestigio entre los soldados. Fulvia y sus hijos huyeron desde Preneste hacia Puteoli desde donde fueron escoltados por Planco y tres mil jinetes hasta Brindisi. Allí subieron a uno de los cinco navíos de guerra que había enviado Censorino desde Macedonia y zarparon en rumbo a Grecia. También consiguieron salvarse algunos de los principales aliados de Lucio Antonio como fueron los casos de Cayo Furnio, Tisieno Galo o Tiberio Claudio Nerón junto a su esposa Livia Drusila y su hijo de dos años. Octaviano por su lado tampoco se quedó de brazos cruzados. La mayor parte de las ciudades que se oponían a él no opusieron resistencia tras la rendición de Perusia pero aún no se sabía si Marco Antonio declararía la guerra o si preferiría llegar a un acuerdo, razón por la que no atacó a los generales de Marco Antonio ni a las ciudades que controlaban. En cualquier caso, Caleno, que estaba al mando de once legiones cerca de los Alpes y era junto con Ventidio el hombre más leal a Marco Antonio, suponía un serio peligro que no pensaba dejar a sus espaldas. Por ello Octaviano se dirigió a encontrarse con él y atraerse a ese numeroso ejército. Lo cierto es que quiso el azar (o tal vez por circunstancias que no conocemos), que Caleno muriera antes de que Octaviano se presentara allí. El hijo de Caleno, que llevaba su mismo nombre, no se atrevió a luchar contra Octaviano tras morir su padre y le cedió el mando de sus once legiones de veteranos.





# Marco Antonio en Alejandría

Octaviano, sin demasiadas complicaciones se hizo entonces con el control de las provincias de Marco Antonio en occidente y después de nombrar a sus propios gobernadores y repartir a sus legiones regresó a Roma. Salvidieno quedó al mando de la Galia y Lucio Antonio de Hispania. Éste último era más un prisionero que un gobernador, pues sus lugartenientes que eran los anteriores gobernadores de las dos provincias hispanas y hombres leales a Octaviano tenían orden de vigilarlo. Tras su nombramiento como gobernador de Hispania del hermano menor de Marco Antonio no se sabe nada más. Las circunstancias de su muerte también nos son desconocidas....

En menos de un año la difícil situación de Octaviano en Italia había dado un giro importante. La habilidad de Marco Vipsanio Agripa y la falta de entendimiento entre los generales de Marco Antonio habían traído como consecuencia un cambio en el equilibrio de poder en el mundo occidental romano. Sin embargo Octaviano sabía que aún no estaba todo ganado y que había que sacar partido a la victoria. Marco Antonio no se iba a quedar de brazos cruzados cuando se enterara de lo ocurrido y aún estaba pendiente de resolverse la caótica situación en la que se encontraba Italia. No le convenía una guerra con Marco Antonio en ese momento del mismo modo que tampoco la hubiera querido un año antes. Además, seguramente le habrían llegado noticias de la invasión pártica y sabía que lo mejor para Roma era formar un frente común con aquél para que se encargara de los problemas en oriente mientras él hacía lo propio con los de occidente. No obstante, si al final tenía que luchar lo haría hasta el final con la misma determinación que lo había hecho hasta el momento.



Mientras Labieno y Pacoro atacaban las provincias romanas orientales y en Italia se libraba una guerra civil, Marco Antonio vivía en una nube. Le habían llegado las cartas de su mujer y de su hermano contándole como estaba la situación en Italia antes de que estallara la guerra pero no habían conseguido causarle la suficiente impresión como para hacerle abandonar su jaula dorada. En dicha correspondencia le llegaban noticias de la creciente enemistad de Fulvia y Lucio Antonio con Octaviano y de que éstos tenían por su propia seguridad. Posiblemente pensó Marco Antonio que se trataba de exageraciones pues ni sus generales ni sus veteranos consentirían que les pasara nada. Además Fulvia le había hecho llegar que tenía miedo de Lépido quién no era lo suficientemente importante como para atreverse a intentar algo contra él. Por lo pronto había decidido pasar el invierno en Alejandría y no tenía pensado regresar a Roma hasta la primavera. Hasta entonces que se apañaran los mortales con sus problemas y dejaran en paz al dios Baco.

Marco Antonio era hedonista por naturaleza. Incapaz de ser previsor y pensar en el futuro a largo plazo se limitaba a vivir en el presente y a disfrutar de él lo más que podía. Le gustaba verse a sí mismo como un dios; la encarnación de Baco y al mismo tiempo descendiente de Hércules, si bien lo más probable es que fuera consciente de que no lo era. Por lo general muchas personas recurren a fantasías para escapar de sus problemas, pero en su caso había algo más y es que las vivía. Siempre que podía procuraba que su forma de vestir y su apariencia externa en general se correspondiera con los mitos que pretendía encarnar sin importarle lo que pensarán de él, ya que o no tenía sentido mucho del ridículo o carecía de éste por completo.



Todo esto podría llevarnos a la conclusión de que se trataba de un loco o un estúpido. Posiblemente no era ninguna de las dos cosas. Siempre es arriesgado hacer este tipo de afirmaciones y más aún cuando se trata de personas que vivieron hace más de dos mil años. Aún así se puede decir que toda esa línea de conducta fue consecuencia de una infancia que le marcó tras la muerte de su padre. Sabemos que éste, Marco Antonio Crético, había sido un don nadie en la vida pública pero también era conocido por bondad y rectitud. De su madre Julia se decía que competía en bondad y honestidad con las más renombradas matronas de su época. Sin embargo su elección de marido tras quedarse viuda no debió ser la más acertada. La falta de una figura paterna más recomendable que la de Publio Cornelio Léntulo, que sería ejecutado por su implicación en la Conjura de Catilina, llevaría a Marco Antonio a hacer amistades como la de Cayo Escribonio Curión, con quien conocería un estilo de vida de diversión y derroche que le hacían olvidarse de sus problemas en vez de afrontarlos y que a la larga lo endeudó hasta las cejas.

Todas esas fantasías que seguía viviendo como si fuera un niño cuando ya pasaba de los cuarenta años eran posiblemente la vía de escape de sus problemas a los que nunca encontró solución porque no le enseñaron a afrontarlos. Su conocida afición a la bebida es tal vez un indicio de ello, pues por lo general, cuando alguien bebe más de la cuenta, su problema no suele ser tanto el alcohol como lo que le impulsa a cometer ese exceso. En cualquier caso y aunque pueda parecer extraño, ese estilo de vida tenía también su lado positivo. El hecho de tener que pagar tantas deudas le obligaban a desarrollar su inteligencia para salir de las situaciones tan complicadas en las que se veía inmerso. Cuando se trataba de sus intereses personales Marco Antonio no era ningún tonto. Posiblemente fuera tan inteligente como Octaviano o incluso más, dado que era veinte años mayor que éste. Sin embargo su impulsividad, su hedonismo y su falta de previsión a largo plazo le impedían centrar su vida de la forma que hubiera debido. Por otro lado era consciente de que para mantener ese estilo de vida que anhelaba requería de unos ingresos y para ello era necesario progresar en la vida pública hasta donde fuera necesario.



Durante su estancia en Alejandría, Cleopatra lo tenía como a un dios en el paraíso y no dudaba en entretenerlo con todo tipo de juegos y diversiones. Era la reina del país más rico del mundo conocido y podía permitirse todo el despilfarro que quisiera porque año tras año seguiría teniendo altísimos ingresos y su poder como faraona era por tradición incontestable para sus súbditos egipcios (aunque no como reina para los alejandrinos). Cayo Casio cuando dominaba Siria y Craso muchos años antes habían pretendido la anexión de Egipto a Roma ambicionando sus riquezas, pero diversas circunstancias lo habían impedido. La reina era consciente de que tanto su supervivencia como la de su dinastía dependía de sus buenas relaciones con Roma y tan excelentes eran en ese momento que Marco Antonio la dejó embarazada de gemelos. El hijo que había tenido con César había permitido a la reina mantener la independencia de su país hasta cierto punto en un momento histórico en el que Roma necesitaba de sus riquezas para rehacerse tras la guerra civil. César no tocó las riquezas de Egipto porque aunque su hijo no era legítimo desde el punto de vista romano tampoco lo quería despojar del legado que por nacimiento le correspondía. Por otro lado, según la tradición, los Ptolomeos de Alejandría debían desposarse con sus hermanas y a ser posible que éstas llevaran su misma sangre tanto por parte de padre como de madre. Los hijos que tuviera con Marco Antonio eran una garantía de futuro para ella y para su dinastía tanto porque suponían la vinculación de aquél a los intereses del país como por la continuidad de las tradiciones.

Una mujer como Cleopatra era posiblemente lo que más deseaba Marco Antonio pues sus riquezas le permitían llevar el estilo de vida que le hacía feliz y realizar todas sus fantasías por costosas que fueran. Además era toda una reina dedicada a él y su consideración de diosa por el hecho de ser faraona era algo que encajaba perfectamente en sus fantasías y que halagaba su ego. Sin embargo ella también estaba destinada a ser su perdición. Una vez conseguido lo que quería, Marco Antonio se estancaría y se limitaría a disfrutar de lo que ya tenía mientras sus enemigos se hacían cada vez más poderosos. Teniendo a su disposición las riquezas que financiaran el extravagante y derrochador estilo de vida no necesitaría preocuparse de lo que pasara en el mundo ni se vería obligado a hacer trabajar a su inteligencia. Sin saberlo, Marco Antonio llevaba en sí mismo la semilla de su autodestrucción y Cleopatra la hacía crecer y desarrollarse.



Estaba un día el dios Baco leyendo su correspondencia mientras descansaba un poco de tanta diversión, cuando llegaron a sus manos noticias que debieron disgustarlo considerablemente y hacerlo bajar de su nube. Las cartas le informaban de que el hijo de Tito Labieno y el Príncipe de los Partos habían invadido las provincias romanas orientales derrotando a Saxa y haciéndose con parte de su ejército. Ahora controlaban todo el territorio romano desde el Éufrates y Siria hasta Lidia y Jonia con la excepción de algunas ciudades. Sus ojos no debieron dar crédito a lo que leía y tras recuperarse de la impresión, organizó su partida hacia la ciudad de Tiro, que aún resistía a los invasores. Nada más llegar la primavera del año 40 a.C., en cuanto las condiciones del mar lo permitieron, Marco Antonio embarcó hacia Tiro. Sin embargo poco podía allí pues no contaba con ningún ejército para hacer frente a los partos. Por ello partió de la ciudad no sin antes prometer a sus habitantes que en cuanto le fuera posible les enviaría ayuda. Desde Tiro se desplazó hasta Chipre, hizo escala en Rodas y finalmente llegó hasta Grecia. Allí le informaron de todo lo ocurrido en Italia y de como su hermano, su esposa y Manio habían provocado aquella precipitada guerra que tan cara le había salido. En menos de un año, él, la encarnación de Baco y descendiente de Hércules, había dejado de ser uno de los hombres más poderosos del mundo conocido para verse superado por un traidor descendiente de bárbaros y por el nieto de un tendero africano.

Tanto Ahenobarbo como Asinio le instaban en sus cartas a reunirse con ellos cuanto antes indicándole que estaban acondicionando varios puntos en las costas de Italia para que pudiera desembarcar. Aún no se había dicho la última palabra ni muchísimo menos. La caótica situación por la que pasaba Italia había minado considerablemente la popularidad de Octaviano, quién pese a derrotar a su hermano Lucio, sólo contaba allí con el respaldo del ejército. Si Marco Antonio conseguía llegar hasta Italia es posible que muchas de las ciudades que se habían sublevado contra Octaviano le ofrecieran su apoyo, pues evidentemente toda la labor de Lucio Antonio y Fulvia no había sido en vano. Por otro lado aún tenía a sus veteranos asentados en diversas colonias e incluso en varias legiones con las que teóricamente contaba Octaviano. ¿Hasta que punto seguiría el ejército a su enemigo si se tenía que enfrentar a él? Labieno y los partos tendrían que esperar.... Al llegar a Atenas, Marco Antonio se reencontró con Fulvia, que ya había llegado allí con sus hijos, y tuvo un duro enfrentamiento con ella en el que ambos se reprocharon sus mutuos errores. También estaba allí su anciana madre Julia que había escapado junto a Sexto Pompeyo tras la guerra. Éste la había hecho llevar hasta Atenas escoltada por varios barcos de guerra y acompañada por sus principales hombres, quienes tenían orden de intentar una reconciliación con él. Marco Antonio le comunicó a los emisarios de Sexto que agradecía el trato que había dado a su madre y que en caso de guerra se aliaría con él y en el de paz trataría de reconciliarle con Octaviano.

Cuando Octaviano se enteró del encuentro entre Marco Antonio y los emisarios de Sexto Pompeyo, tras regresar de la Galia, temió que se aliaran contra él e intentó predisponer a los soldados contra ambos. Su argumento era que dado que muchos de los hombres a los que habían arrebatado sus tierras se habían unido a Sicilia con Sexto Pompeyo, si éste y Marco Antonio ganaban la guerra los soldados perderían la justa recompensa que habían recibido. La idea de Octaviano era buena, pero su argumento no era superior al prestigio de Marco Antonio entre los soldados. Aquellos sabían perfectamente que era a aquél y no a Octaviano a quién debían las victorias de Filipos.



**Tito Labieno - Parthicus Imperator**

Pese contar con más de cuarenta legiones en ese momento, Octaviano sabía que no todas le seguirían en la guerra que se avecinaba. Además, si Marco Antonio se aliaba finalmente con los republicanos contaría con una flota de más de quinientas naves. Estaban en posición de bloquear Italia por el mar y rendirla por hambre. A la ventajosa situación que tenía Sexto Pompeyo ahora se unía el liderazgo, la iniciativa y la experiencia militar de Marco Antonio. La producción de grano de las provincias de la Europa occidental no era suficiente para mantener a Roma e Italia y si se prolongaba el conflicto demasiado tiempo era posible muchas de las ciudades italianas terminarían rebelándose y tomando partido por sus enemigos. Dichas ciudades sólo se habían rendido a él porque contaba con el apoyo del ejército, ¿pero hasta cuando seguiría contando con éste de prolongarse la situación y de tener que enfrentarse a Marco Antonio? Ciertamente la alianza de Marco Antonio con los republicanos había sido un golpe certero y Octaviano debía hacer algo para contrarrestarla. Con esa idea en mente, pidió en matrimonio a Escrubonia que era hermana de Lucio Escrubonio Libón, suegro de Sexto Pompeyo. Si no le servía para quebrantar aquella alianza al menos le acercaría a un entendimiento con esa facción o la dividiría. Como era de esperar, Libón no pudo resistir la tentación de verse emparentado con uno de los hombres más poderosos de Roma y al tener noticia de la petición de matrimonio escribió a sus familiares para que aceptaran el enlace de inmediato. Tras esta maniobra diplomática Octaviano se deshizo de los hombres de cuya lealtad sospechaba por su amistad con Marco Antonio enviándolos a diferentes lugares lejos de Roma y separados unos de otros. También hizo lo mismo con las legiones de las que no se fiaba por haber combatido a las órdenes del otro triunviro. Por último envió a Lépido a la provincia de África para que tomara posesión de ésta como se había pactado y le cedió el mando de seis legiones de las que menos se fiaba, para quitárselas de encima. Evidentemente Octaviano no dudaba menos de la lealtad de Lépido que de la de aquellas legiones. La situación que se avecinaba iba a ser difícil y tenía que cubrirse las espaldas.



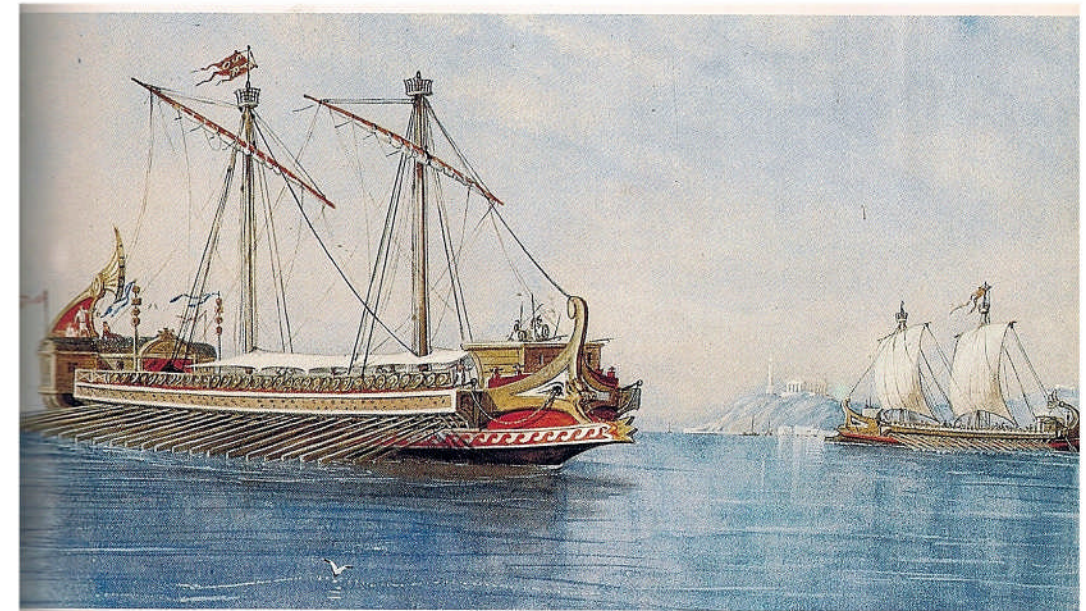
Marco Antonio se había hecho (posiblemente en Tiro y luego en Grecia) con una flota de doscientas naves de guerra. Sin embargo contaba con pocos soldados. No podía utilizar las tropas de Censorino dejando desguarnecida Macedonia y la Hélade del mismo modo que tampoco lo podía hacer con las ciudades del Véneto que seguían leales a él. Tras dejar a Fulvia en Sicyon navegó desde Corcira hacia el Adriático. Al enterarse de que Ahenobarbo iba a su encuentro con su propia flota y con un ejército que superaba al suyo, sus hombres desconfiaron de las intenciones de éste dado que se trataba de un antiguo enemigo que había sido declarado culpable en el juicio contra los asesinos de César. No obstante, Marco Antonio sabía que para esa guerra era necesario tenerlo como aliado tanto a él como a Sexto Pompeyo. Por ello avanzó hacia la posición de Ahenobarbo al frente de cinco de sus navíos más veloces tras ordenar al resto de la flota que los siguieran a una distancia prudente por lo que pudiera pasar. Lucio Munacio Planco, que estaba junto al triunviro, no se fiaba lo más mínimo de las intenciones del republicano y pidió a su general que ordenara a los barcos detenerse enviando sólo a uno o dos a modo de prueba y esperar acontecimientos. Marco Antonio le contestó que prefería morir siendo traicionado a salvarse y ser tomado por un cobarde, demostrando así cual era la diferencia entre un líder natural que tomaba decisiones con seguridad y quién nunca pasaría de ser un mandado. Cuando los dos grupos de barcos se encontraron a una distancia en la que se distinguían las enseñas de las naves en las que viajaban los comandantes en jefe, uno de los lictores de Marco Antonio ordenó a la nave de Ahenobarbo que arriara su enseña. Así lo hicieron y cuando dicha nave llegó junto a la de Marco Antonio, se situó en su costado y tanto Ahenobarbo como su ejército saludaron al triunviro como general. Con ellos iba Asinio Polión, que previamente se había asegurado la lealtad del republicano y de que su general no corría peligro.

Reunidas las dos flotas se dirigieron a Pale donde embarcaron a las tropas de Ahenobarbo y desde allí navegaron hasta Brindisi. Ésta ciudad, que estaba protegida por cinco cohortes de Octaviano, les cerró las puertas en cuanto llegaron porque Ahenobarbo les había atacado con su flota un año antes y había devastado sus territorios. Marco Antonio enfurecido interpretó entonces que le negaban el paso por orden de Octaviano y lo consideró un acto hostil por su parte y excusa suficiente reanudar la guerra.



A continuación, el triunviro sitió Brindisi por tierra y por mar (6), envió tropas por las zonas costeras para que se hicieran con el control de Sipontum, por su importancia estratégica (7) y encargó a Sexto Pompeyo que atacara con su flota alguna zona de Italia lejos de allí para que Octaviano tuviera que hacerse cargo de varios frentes a la vez y no pudiera concentrar todas sus fuerzas a la vez en el ataque a su posición. Sexto envió a su liberto Menodoro (también conocido como Menas) con cuatro legiones a Sardinia, donde las dos de Octaviano se rindieron sin luchar y pasaron a sumarse a las del enemigo. Desde allí Menodoro amenazaba la isla de Córcega (Córcega) y las ciudades de la costa occidental Italia, obligando a Octaviano a no dejarlas desguarnecidas. Mientras tanto Sexto sitiaba Turios y Cosentia (en Brutium) al tiempo que su caballería devastaba el territorio de ambas ciudades.

Octaviano reaccionó enviando a Agripa a Apulia para que auxiliara a las ciudades que estaban siendo atacadas por las tropas de Marco Antonio mientras él en persona se dirigiría a Brindisi con otro ejército. Agripa intentó incorporar a sus tropas a los colonos de las zonas por las que pasaba. Muchos de éstos le siguieron a distancia creyendo que la guerra era contra Sexto Pompeyo, pero al enterarse de que el enemigo era Marco Antonio la mayor parte desertó y le abandonaron. El heredero de César se enfrentaba a un enemigo más poderoso que Marco Antonio: su prestigio entre los soldados. Tenía a su disposición a más de cuarenta legiones pero no sabía hasta que punto eran de fiar. Por ello sólo reclutó a colonos que él en persona había asentado y premiado con cuantiosas dádivas. Éstos tampoco estaban por la labor de combatir contra Marco Antonio pero por una cuestión de honor se negaron a abandonar a su benefactor y le siguieron hasta Brindisi con la secreta intención de reconciliar a ambos triunviros.



Tras pasar unos días en Canusium por estar enfermo, llegó Octaviano a Brindisi. Su ejército era muy superior numéricamente al de Marco Antonio pero no sabía hasta que punto le seguirían los soldados si se decidía a combatir. Al llegar a la ciudad se encontró que los sitiadores estaban protegidos a su vez por otra fortificación. Ante las dudas, Octaviano decidió acampar allí y esperar acontecimientos. Marco Antonio, pese a estar en clara inferioridad numérica, podía defenderse perfectamente gracias a la fortificación y en caso de emergencia tenía la opción de huir por mar. No obstante, escribió a Censorino ordenándole que enviara refuerzos. Mientras tanto, enviaba por la noche en barcos de guerra a ciudadanos privados y los hacía regresar durante el día en los mismos barcos pero armados como soldados para que Octaviano pensara que eran refuerzos y desistiera de atacarle. Efectivamente Octaviano no se atrevía a atacar la fortificación y los hombres de Marco Antonio aprovechaban el tiempo preparando la maquinaria de asalto para el asedio de la ciudad, mientras ambos triunviros enviaban cartas a todas las ciudades de Italia para que se unieran a su causa.



Cuando Marco Antonio se disponía a iniciar el ataque a Brindisi llegaron noticias de que Agripa había recuperado Sipontium y de que Sexto Pompeyo había sido rechazado en Turios aunque seguía sitiando Cosentia, lo que provocó el lógico enfado del triunviro. Al llegar poco después la noticia de que un cuerpo de caballería de mil quinientos jinetes dirigido por Publio Servilio Rullo iba a unirse a las tropas de Octaviano, Marco Antonio montó en cólera y encabezando personalmente un grupo de poco más de cuatrocientos jinetes salió al galope en dirección a Hiria (entre Tarentum y Brindisi) durante la noche sin que los hombres de Octaviano pudieran detenerlos. Al llegar a la ciudad cayó como un rayo sobre los mil quinientos hombres de Servilio cuando aún dormían. Éstos, aterrorizados por el ataque sorpresa y por tener que enfrentarse a Marco Antonio se entregaron sin luchar y ese mismo día regresaron todos al sitio de Brindisi. Tras la brillante hazaña de su general, los pretorianos de Marco Antonio, con la moral bien alta, se aproximaron al campamento de Octaviano por grupos y reprocharon a sus soldados que quisieran combatir contra aquél que les había dado la victoria en Filipos. Los hombres de Octaviano se defendieron y comenzaron una disputa verbal en la que se culpaban unos a otros de la situación a la que se había llegado. Finalmente los soldados de Octaviano confesaron que acompañaban a éste por una cuestión de honor y estaban dispuestos a servirle hasta la muerte, pero que en el fondo esperaban la reconciliación entre los triunviros. Las posturas empezaban a acercarse. Mientras esto sucedía llegó a Marco Antonio la noticia de la muerte de Fulvia. El impulsivo triunviro la había tratado con dureza en su encuentro en Atenas y sus reproches habían calado muy hondo en la apasionada mujer. Ella no sólo había tenido que sufrir como la engañaba con Cleopatra sino que además, tras más de un año de anhelar volver a encontrarse con su marido, la había tratado de esa manera y se había mostrado indiferente ante su dolor. Aunque seguramente no se había quedado corta a la hora de contestar a su marido durante la disputa y, conociendo el carácter de ambos, la bronca que armaron debió ser monumental por ambas partes, ella había estado acostumbrada durante casi toda su vida a salirse con la suya y la situación sin duda la debió superar. Marco Antonio se había separado de ella en Sicyon sin que se hubiesen reconciliado y siendo tal su enfado que con brutal indiferencia ni siquiera se molestó en despedirse aún sabiendo que estaba enferma. Las noticias que le llegaron no aclaraban de que había muerto. Unos decían que de una enfermedad y otros decían que, descorazonada por el trato que le había dado su marido, se había dejado consumir por ella. La esposa del triunviro había perdido su interés por seguir viviendo y su cuerpo se había ido debilitando poco a poco hasta que su mano tomó la de Caronte que la esperaba para ayudarla a cruzar la Estigia. La moral y la euforia que Marco Antonio había ganado tras su heroica hazaña se diluía ante el sentimiento de culpabilidad que le producía la muerte de su esposa. Aquella apasionada mujer, madre de dos de sus hijos, lo había dado todo por él. Incluso había provocado una guerra sólo por recuperarle y llevarle a lo más alto. Ahora no volvería a verla nunca y ni siquiera los dioses podían evitar tener sentimientos

Tal vez por tener Fulvia gran parte de culpa del enfriamiento de las relaciones entre los dos triunviros o tal vez por haberse aprovechado las circunstancias del momento, lo cierto es que su muerte benefició a los partidarios de la reconciliación. La mediación de Lucio Cocceyo Nerva entre ambos fue decisiva. Éste era un amigo personal de Octaviano que había sido enviado a Fenicia junto a Marco Antonio en el verano del año anterior (41 a.C.) y había permanecido junto a aquél desde entonces. Aprovechando sus buenas relaciones con los dos consiguió que fueran acercando posturas. Tras hacerle llegar a Marco Antonio que los soldados de Octaviano no deseaban esa guerra lo convenció para que ordenara a Sexto Pompeyo que volviera a Sicilia y que enviara a Ahenobarbo lejos de Brindisi. Octaviano había sido muy hábil al no hacer ejecutar a Lucio Antonio tras la rendición de Perusia, pues ese fue posiblemente uno de los argumentos de más peso que evitó una ruptura total de las relaciones entre ambos triunviros.

Finalmente y con la mediación de Asinio Polión y Mecenas que estaban respaldados por los soldados, se pidió a los triunviros que declararan una amnistía por los actos pasados. Marco Antonio y Octaviano accedieron finalmente a dejar a un lado sus diferencias por el bien de Roma y se firmó la Paz de Brindisi abrazándose ambos delante de toda la tropa como señal de reconciliación mientras eran vitoreados. La no intención de luchar por parte de los soldados fue decisiva para que sus líderes llegaran a un acuerdo y posiblemente evitaron con ello que Roma terminara autodestruyéndose. Cuando se festejaba con banquetes el acuerdo de los triunviros, algunos hombres de Octaviano le preguntaron a Marco Antonio por el dinero de la recaudación que había llevado a cabo en Oriente. Al contestarles que no disponía del mismo muchos se quedaron con las ganas de echarle las manos al cuello, pero Octaviano que estaba al tanto de ello, los disuadió con nuevas promesas. Empezaba una nueva etapa y había que respetar lo acordado por el bien de Roma.

Amigos de nuevo, Marco Antonio y Octaviano se volvieron a repartir el mundo por tercera vez (año 40). Así pues, quedó establecido que las provincias e islas situadas al oeste de la ciudad iliria de Escodra fueran para Octaviano y las del este hasta el Éufrates para Marco Antonio. Lépido se quedaría con África en cumplimiento de lo pactado con él y mientras Octaviano hacía la guerra a Sexto Pompeyo, Marco Antonio se encargaría de reconquistar los territorios que Labieno y los Partos habían arrebatado a Roma. Con respecto a Ahenobarbo, a quién Marco Antonio nombraría después gobernador de Bitinia, se acordó que Octaviano respetaría los pactos que hubieran hecho entre ambos. La Galia Cisalpina pasaría a formar parte de Italia como se había pactado en el 42 a.C. y ésta última quedaría libre de atribución personal teniendo derecho ambos triunviros a reclutar igual número de tropas en su territorio. Por último, como mandaba la tradición, había que establecer un nuevo lazo familiar que sellara el pacto, por lo que Marco Antonio se comprometió a tomar por esposa a Octavia la Menor, hermana de Octaviano que había enviudado a principios de año de Cayo Claudio Marcelo.





Acordada la nueva situación, Marco Antonio envió a Asinio Polión a Macedonia para remplazar a Censorino que iba a ser cónsul el año siguiente y designó a Publio Ventidio para frenar los avances de Labieno en Asia Menor. Él debía permanecer en Italia aún donde sus obligaciones que lo retenían. Entre otras cosas, tenía pendiente ajustar las cuentas a Manio. Marco Antonio no le perdonaba que hubiera implicado a Fulvia en las intrigas de Lucio Antonio y para mitigar su dolor y su sensación de culpabilidad por la muerte de su esposa ordenó que lo ejecutaran. Tras casarse con Octavia, como se había convenido, confesó a Octaviano que Salvidieno le había escrito desde la Galia proponiéndole unirse a él cuando estaba asediando Brindisi. Ya fuera por instigación de sus tropas o porque pensaba que lo mejor para Roma era que la guerra acabara cuanto antes y la única forma de conseguirlo era apoyar a Marco Antonio, éste había decidido traicionar a su benefactor y ponerse del lado de aquél. Octaviano que conociendo la experiencia de su padre adoptivo sabía que trato debía dar a un traidor, hizo llamar a Salvidieno para que acudiera a Roma. Una vez allí ordenó que lo apresaran a su llegada y tras mostrarle las pruebas de su traición lo hizo ejecutar. Como muestra de gratitud hacia Marco Antonio, le cedió las legiones que Salvidieno tenía en la Galia, aunque la razón real de esa generosidad era que no confiaba en la lealtad de esas tropas.

Tras los acuerdos de Brindisi, el hambre seguía castigando a Italia. Los mercaderes de grano temían a Sexto Pompeyo y sus hombres quienes dominaban el mar además de la propia Sicilia. Ni siquiera desde África se atrevía Lépido a enviar suministros a Roma. La situación era más o menos la misma que antes de la Guerra de Perusia con el agravante de que había pasado un año sin que se presentaran mejoras. Las buenas relaciones de Ahenobarbo con Marco Antonio hubieran permitido enviar barcos a comprar trigo de Asia Menor, pero como sabemos, esta estaba ocupada por Labieno.

Marco Antonio insistía a Octaviano que lo mejor era llegar a un acuerdo con Sexto Pompeyo. El reciente parentesco entre Octaviano y Libón, las buenas relaciones de Sexto Pompeyo con Marco Antonio y el grupo de presión que formaban los romanos exiliados en Sicilia eran cartas a favor de los triunviros para intentar la reconciliación. Sin embargo Octaviano se negaba en rotundo porque no le había sentado nada bien que tras conseguir reconquistar Sardinia, Sexto la hubiera recuperado de nuevo a través de Menodoro y hubiera lanzado varios ataques a las ciudades costeras de Etruria. La razón por la que Sexto Pompeyo había reanudado las hostilidades era porque tras la Paz de Brindisi temió una alianza contra él entre Octaviano y Marco Antonio. Sin embargo esa no era excusa suficiente para el más joven de los triunviros que quería llegar hasta el final fueran cuales fueran las consecuencias.



Marco Antonio estaba en deuda con Sexto a quién había prometido que en caso de llegar a un acuerdo con Octaviano intentaría reconciliarle con éste. No obstante al ver que Octaviano no quería ceder le aconsejó que si no quería la paz que hiciera la guerra con la mayor celeridad posible porque el tiempo jugaba en su contra. Cuanto más se prolongara el conflicto y la penosa situación de Italia más difícil sería mantener la estabilidad. Además Sexto Pompeyo, en posesión de las cosechas de Sicilia, podía alimentar a los suyos sin problema, lo que hacía correr el tiempo en su favor y en contra de Octaviano. Éste se daba cuenta de que Marco Antonio tenía razón pero no contaba con recursos económicos para construir una flota que pudiera hacer frente a la de su enemigo y menos aún con la inflación de precios que se había producido como consecuencia de la carencia de alimentos. Por ello decidió promulgar un edicto en el que establecía un impuesto extraordinario gravando la posesión de esclavos y las propiedades adquiridas por razón de herencia.

Esta medida de Octaviano fue la gota que colmó el vaso. Los habitantes de Roma, hartos de las penalidades que estaba viviendo y en vista de que no se escuchaban sus súplicas de que se firmara la paz, destruyeron el edicto de Octaviano y se rebelaron contra la autoridad de los triunviros. Conscientes de que se estaban sacrificando para una guerra que no era en favor de Roma sino de las ambiciones personales de sus gobernantes, no pudieron consentir más tanto atropello y finalmente la indignación generalizada terminó por explotar. La mayor parte de la población de la ciudad se agrupó en bandas y comenzaron a haber enfrentamientos violentos entre ellos y los que no se unían a sus protestas. El pueblo no odiaba a Sexto ni lo consideraba culpable de su situación. Era Octaviano el que no quería llegar a un acuerdo y el culpable de que se prolongara la guerra.

Tal era la tensión social que se vivía en aquel momento que en cierta ocasión que Octaviano se dirigió al foro para intentar calmar al pueblo fue apedreado sin misericordia por las bandas. Marco Antonio, que estaba con él, acudió en su ayuda y la lluvia de piedras cesó, pues el pueblo sabía que era partidario de llegar a un acuerdo con Sexto Pompeyo. Por otro lado su popularidad era en aquel momento muy superior a la de Octaviano, dado que el estar tan lejos de Italia había traído como consecuencia que todo el malestar que había generado el hambre y la guerra se centrara en la persona del otro triunviro. Sin embargo cuando las bandas ordenaron a Marco Antonio que se retirara y no lo hizo, volvieron a llover los cantos. Ante esta situación, Marco Antonio enfurecido hizo llamar a las tropas que estaban a las afueras a la ciudad para que dispersaran a la multitud. Al llegar éstas al foro y como consecuencia de que la multitud no se dispersaba cargaron contra ésta indiscriminadamente y se produjo una sangrienta matanza.

Mientras tanto Marco Antonio había recogido a Octaviano y lo había llevado a su propia casa para que lo atendieran. Se habían salvado por los pelos pero eso no era nada comparado con la que se podía organizar si toda Italia se levantaba contra el Triunvirato. Por ello Marco Antonio pidió a Escribonia y a sus familiares que hicieran regresar a Libón de Sicilia con cualquier pretexto garantizándole el mismo total inmunidad. Al enterarse el pueblo de que el suegro de Sexto Pompeyo había llegado a Italia, presionaron una vez más a Octaviano para que se aviniera a firmar la paz. Libón, que se daba cuenta de que las circunstancias obligaban a ceder a los triunviros, una vez se entrevistó con éstos les pidió que se reunieran con Sexto Pompeyo y negociaran directamente con él.

En cuanto a éste último, sus hombres estaban divididos en dos facciones. Por un lado estaba la de los partidarios de la reconciliación que estaba formada por los romanos exiliados en Sicilia y encabezada por Murco, que era el único de éstos con mando en la flota. Por otro lado estaba la de los partidarios de una política radical y que eran contrarios a las negociaciones porque sabían que el tiempo jugaba en su favor. Esta otra facción encabezada por Menodoro, estaba formada por los libertos de Sexto Pompeyo (antiguos hombres de su padre) entre los que tenían cargos de responsabilidad. Finalmente aquél decidió negociar desoyendo los consejos de Menodoro y accedió a reunirse con Octaviano y Marco Antonio. Tras varios encuentros con éstos en los que el tira y afloja de las negociaciones se fue inclinando poco a poco del lado de Sexto debido a la situación en que se encontraba Italia y a la presión popular, llegaron finalmente a un acuerdo.

Se pondría fin a la guerra por tierra y por mar y no se obstaculizaría el comercio marítimo. Sexto Pompeyo retiraría sus guarniciones de Italia, no daría acogida a esclavos ni a fugitivos y no atacaría ninguna nave en el litoral de Italia. A cambio se le reconocería el gobierno de Corsica, Sardinia, Sicilia y todas las islas que dominara en ese momento por un periodo de tiempo igual al que durara el Triunvirato. Además, enviaría a Roma el trigo de Sicilia para acabar con el hambre y se le permitiría tomar el mando del Peloponeso y de las islas Cícladas, así como la posibilidad de ejercer el consulado a través de un tercero que él designara y de ser inscrito él en el colegio de los pontífices como augur. Por otro lado, los nobles que se habían exiliado en Sicilia y no estuvieran implicados en el asesinato de César podrían volver a Roma con total impunidad y todas sus propiedades inmuebles les serían devueltas a su regreso. A los proscritos se le devolvería la cuarta parte de los suyos, a los esclavos que hubieran luchado en el ejército de Sexto se les daría la libertad y a los libres se les premiaría igual que a los veteranos de Octaviano y Marco Antonio.



Puesto el acuerdo por escrito se envió al Templo de las Vestales y tras los festejos se designaron los cónsules para los años del 34 al 31 a.C., modificándose los designados en Brindisi (del 38 al 31a.C) de acuerdo con los intereses del nuevo pactante. Por último se acordó el compromiso matrimonial entre la hija de Sexto Pompeyo y Marcelo, hijo de la nueva esposa de Marco Antonio y sobrino de Octaviano. En Roma se celebró con alegría el fin de la guerra y salvo aquellos que se iban a ver obligados a devolver sus tierras antiguos exiliados y proscritos, la satisfacción fue general. Resuelto el conflicto con Sexto Pompeyo la población de Italia pudo ser abastecida por Sicilia y África, lo que suponía el final de las hambrunas y el principio de la vuelta al orden. Tras los acuerdos con Sexto Pompeyo los triunviros se volvieron a separar. Octaviano se desplazó a Aquitania donde había estallado una insurrección que estaba siendo sometida por Agripa y Marco Antonio se embarcó hacia Grecia donde pasaría el invierno junto con su nueva esposa para encargarse en la primavera siguiente de la guerra contra los Partos, cuyas primeras operaciones habían comenzado en la primavera de ese mismo año dirigidas por Ventidio.

Del mismo modo que Octaviano había salido fortalecido de una situación en la que nadie apostaba un sextercio por él, Marco Antonio había vuelto a equilibrar la balanza entre ambos. Tal y como habíamos dicho cuando más complicadas se volvían las cosas para Marco Antonio era cuando éste demostraba su verdadera capacidad, pues sólo la adversidad más extrema le forzaba a romper su acomodamiento y a superar sus vicisitudes. La Paz de Miseno le proporcionó el fortalecimiento de un aliado como Sexto Pompeyo que pondría freno a Octaviano en Occidente mientras él se encargaba de restablecer el poder de Roma en Oriente.



Por otro lado su entendimiento con éste y con Ahenobarbo (que era sobrino de Catón), le habían proporcionado nuevos aliados. Además de los consulares Asinio, Ventidio, Censorino y Planco; antiguos hombres de César y compañeros de armas suyos, ahora contaba también con el favor de la mayoría de los republicanos, muchos de los cuales habían estado autoexiliados en Sicilia antes del 39 a.C. Octaviano era un hombre de una gran determinación pero también bastante intransigente con aquellos a los que consideraba sus enemigos. Sin duda los republicanos veían mucho más factible llegar a una reconciliación con Marco Antonio, que suponía al mismo tiempo el único límite de hecho a la intransigencia del más joven de los triunviros. Además, Octaviano había perjudicado notablemente a los propietarios de toda Italia para favorecer a los soldados, que pertenecían a las clases bajas. Por ello la mayor parte de las clases alta y media de toda Italia simpatizaban con Marco Antonio, al tiempo que éste seguía conservando su enorme prestigio entre los soldados.



De Octaviano hay quienes dicen que no supo sacar mucho partido a su victoria en la Guerra de Perusia. Es muy posible que no le quedara más remedio que llegar a un entendimiento con sus enemigos. Una Italia azotada por el hambre y un ejército de dudosa lealtad eran argumentos de mucho peso para forzarlo a no continuar las guerras. En cualquier caso si le fue posible llegar a ese acuerdo en condiciones de igualdad después de verse entre la espada y la pared sin duda se debió al fortalecimiento de su situación tras la Guerra de Perusia, por lo que es cuestionable que no sacara partido. La oposición de los soldados a luchar y la presión popular para alcanzar la paz, fueron un recordatorio para los triunviros de que Roma estaba por encima de sus rivalidades personales y de que necesitaban actuar unidos para hacer frente a los problemas de Roma. Las propias bases del cesarismo, el ejército y el pueblo, habían actuado de límites fácticos a un poder triunviral que carecía de límites teóricos.



**Áureos mostrando los retratos de Marco Antonio (izquierda) y Octaviano (derecha), emitidos en 41 a. C. para celebrar la institución del Segundo Triunvirato por Octaviano, Antonio y Lépido en 43 a. C. Ambos lados poseen la inscripción «III VIR R P C», que significa «Tres hombres con autoridad consular en la organización del Estado».**

Conociendo la naturaleza de hombres como Octaviano no es muy difícil imaginarse que éste sólo quería ganar tiempo para hacerse lo suficientemente fuerte y acabar con sus aliados. Lépido no suponía una amenaza para él en ese momento dado que no contaba con una facción propia ni con legiones leales. Sólo si intentaba algo contra Octaviano éste se decidiría a eliminarlo dado que su importancia en el triunvirato, como ya hemos dicho, era muy secundaria. Sexto Pompeyo en cambio era una espada de Damocles que tenía sobre él y que trataría de quitarse de encima en cuanto le fuera posible. En cuanto a Marco Antonio, que era el más poderoso de sus rivales, tendría que aguardar aún. Tenía la ventaja de ser más joven que él y podría esperar a que éste se echara a perder. Como hombre inteligente que era, no ignoraba Octaviano de que pie cojeaba su cuñado y en cuanto estuviera lo suficientemente debilitado debido a la clase de vida a la que con el tiempo se entregaría, aprovecharía la ocasión para acabar con su prestigio, atraerse a sus aliados e ir finalmente a por él.



Cuando parecía que Marco Antonio había olvidado lo ocurrido con Cleopatra, sellando su compromiso con Roma en el Pacto de Tarento del año 37, decidió retomar el plan cesariano de la campaña contra los partos, que él pensaba dirigir. Ello implicaba un nuevo traslado a Oriente y la petición de la ayuda egipcia, absolutamente necesaria para su futura empresa militar.

A pesar de lo ocurrido, la llamada que Marco Antonio hizo a Cleopatra, esta vez en Antioquía, parecía brindar una nueva oportunidad para que la reina recuperase su proyecto de lograr la independencia de Egipto y legitimar a Cesarión; además, debían tenerse en cuenta los hijos habidos con Marco Antonio. Esta visita beneficiaba sobre todo a la reina egipcia, pero perjudicaba notablemente al triunviro, cuya campaña de descrédito comenzó y creció en Roma a partir de su segundo encuentro con Cleopatra. En la capital imperial, no se daban cuenta, aparentemente, de que Marco Antonio necesitaba la riqueza egipcia y la ciudad de Alejandría como centro de operaciones para lograr el éxito en su expedición oriental. Aunque no respondió de manera inmediata a la petición, al final Cleopatra se entrevistó con el romano, ya que Egipto continuaba siendo un país aliado de Roma. En esta ocasión y por las humillaciones sufridas con anterioridad, la reina impuso una serie de condiciones a Marco Antonio previas a la concesión de la ayuda egipcia. El general romano atendió todas las peticiones de Cleopatra, acordándose las famosas Donaciones de Alejandría del año 37, que consistieron en el reconocimiento de Cesarión como hijo legítimo y heredero de César; la entrega de territorios romanos en Oriente y Africa, que pasaban a ser del reino de Egipto; la cesión de la biblioteca de Pérgamo; la aceptación de la paternidad sobre los gemelos y, en especial, el matrimonio con Cleopatra. Este último no se reconoció en Roma, ya que la esposa era extranjera y se celebró a la manera oriental, y, además, no se había producido el divorcio de Octavia.

Una vez aceptadas tales condiciones, que no se plasmaron en un documento formal, Cleopatra mostró su apoyo a Marco Antonio en la conquista de Oriente. Al igual que en otros casos, estos hechos se interpretaron como resultado de la pasión entre los dos personajes, pero, en el fondo, ambos se necesitaban para continuar con sus proyectos particulares. El hecho novedoso que se produce es que a partir de este momento, Marco Antonio se dedicó exclusivamente a su empresa oriental, considerando que una victoria contra los partos consolidaría de forma paralela su poder en Occidente y el éxito habría sido obra romana. De obtener los frutos deseados, el triunfo iba a compartirlo con Cleopatra y no con Octavia. De este encuentro, nació luego su tercer y último hijo, Ptolomeo Filadelfo.

Desde la misma Antioquía se planeó la campaña contra los partos, que se inició en el 36 y se prolongó hasta el 34. La misma Cleopatra acompañó a Marco Antonio en los comienzos de la expedición. Frente a lo previsto, el general romano fracasó en su lucha oriental, no conquistó ningún territorio y perdió un gran número de soldados; la estrategia militar empleada había resultado inapropiada. A pesar del desastre, en el año 34 se celebró un gran triunfo en Alejandría, que imitaba la ceremonia romana, donde se hacían públicos los acuerdos de las Donaciones de Antioquía y se reforzaba el poder de la reina y su hijos. Cleopatra y Cesarión fueron nombrados reina y rey de reyes, mientras que se procedía al reparto de territorios en Oriente para los restantes vástagos. En tal reorganización de los estados orientales, Marco Antonio aparecía como autocrator y otorgaba su beneplácito a la nueva situación.



**Busto de Cleopatra VII**

Mientras tanto en Roma y en el año 33, Octavio aprovechó todos los errores de su antiguo colega en el Triunvirato para acrecentar su desprestigio. La lectura pública del testamento de Marco Antonio resultó ser la prueba definitiva de su filoorientalismo, que se difundía como prueba de traición a Roma. Como última voluntad, el ahora esposo de Cleopatra reconocía a Cesarión como hijo de César (Octavio era entonces un usurpador) y expresaba su voluntad de ser enterrado en Alejandría. La petición formal del divorcio de Octavio, que se hizo también en este año, provocó la guerra.



# Disolución del Triunvirato y comienzo de la Guerra Civil

Rodeado por Cleopatra y sus hijos, Antonio proclamó que declaraba disuelta su alianza con Octaviano, a la vez que distribuía varios territorios entre sus hijos. Alejandro Helios fue nombrado rey de Armenia y de Partia (aún por conquistar), su melliza Cleopatra Selene obtuvo Cirenaica y Libia, y al joven Ptolomeo Filadelfo se le adjudicó Siria y Cilicia. En cuanto a Cleopatra, fue nombrada Reina de Reyes y Reina de Egipto y Chipre, gobernando junto a Cesarión (Ptolomeo César, hijo de Cleopatra y de César) como corregente y subordinado a su madre, y que fue también nombrado Rey de Reyes y Rey de Egipto, a la vez que se le anunciaba como el hijo y heredero legítimo de César. Estas proclamaciones fueron conocidas como las Donaciones de Alejandría, y fueron la causa de la ruptura definitiva en las relaciones de Antonio con Roma.



Para Octaviano, el hecho de que Antonio distribuyera territorios entre sus propios descendientes (aunque fueran insignificantes o no conquistados aún) no había sido una maniobra que pudiera considerar precisamente como pacífica, pero lo que más le inquietaba era el hecho de que Cesarión hubiera sido anunciado como el hijo legítimo de César y su heredero. El poder de Octaviano descansaba fundamentalmente en el hecho de ser considerado como el heredero de César por adopción, lo cual le garantizaba el necesario apoyo del pueblo romano y la lealtad de las legiones. El hecho de que su ventajosa posición al frente de Roma fuera puesta en peligro por un simple niño engendrado por la mujer más rica del mundo era algo que Octaviano no podía permitir. De esta forma, cuando el triunvirato expiró el último día del año 33 a. C., no fue renovado. Otra guerra civil estaba a punto de producirse. Mientras tanto, en Roma, el triunvirato estaba a punto de llegar a su fin. Lépido fue obligado a renunciar al cargo tras una maniobra política desafortunada, y Octaviano, solo ahora en el poder en Roma, se ocupó de poner a la tradicional aristocracia romana de su parte, contrayendo matrimonio con Livia. Ante la petición de Antonio (recurriendo al tratado de Tarento) para que le suministrara veteranos de las legiones establecidas en la Galia tras las importantes bajas sufridas en la campaña parta, Octaviano vio por fin la oportunidad de dejar a su rival político en una difícil situación: accedió a devolverle la mitad de la flota que había precisado para vencer a los piratas de Sexto Pompeyo (una flota inútil para la campaña parta), y le envió tan sólo 2.000 veteranos, junto con Octavia. Al ver el escaso contingente enviado por Octaviano, Antonio comprendió que sus intenciones pasaban por iniciar un nuevo conflicto civil, por lo que aceptó las escasas tropas recibidas y repudió a su esposa, enviándola de vuelta a Roma.

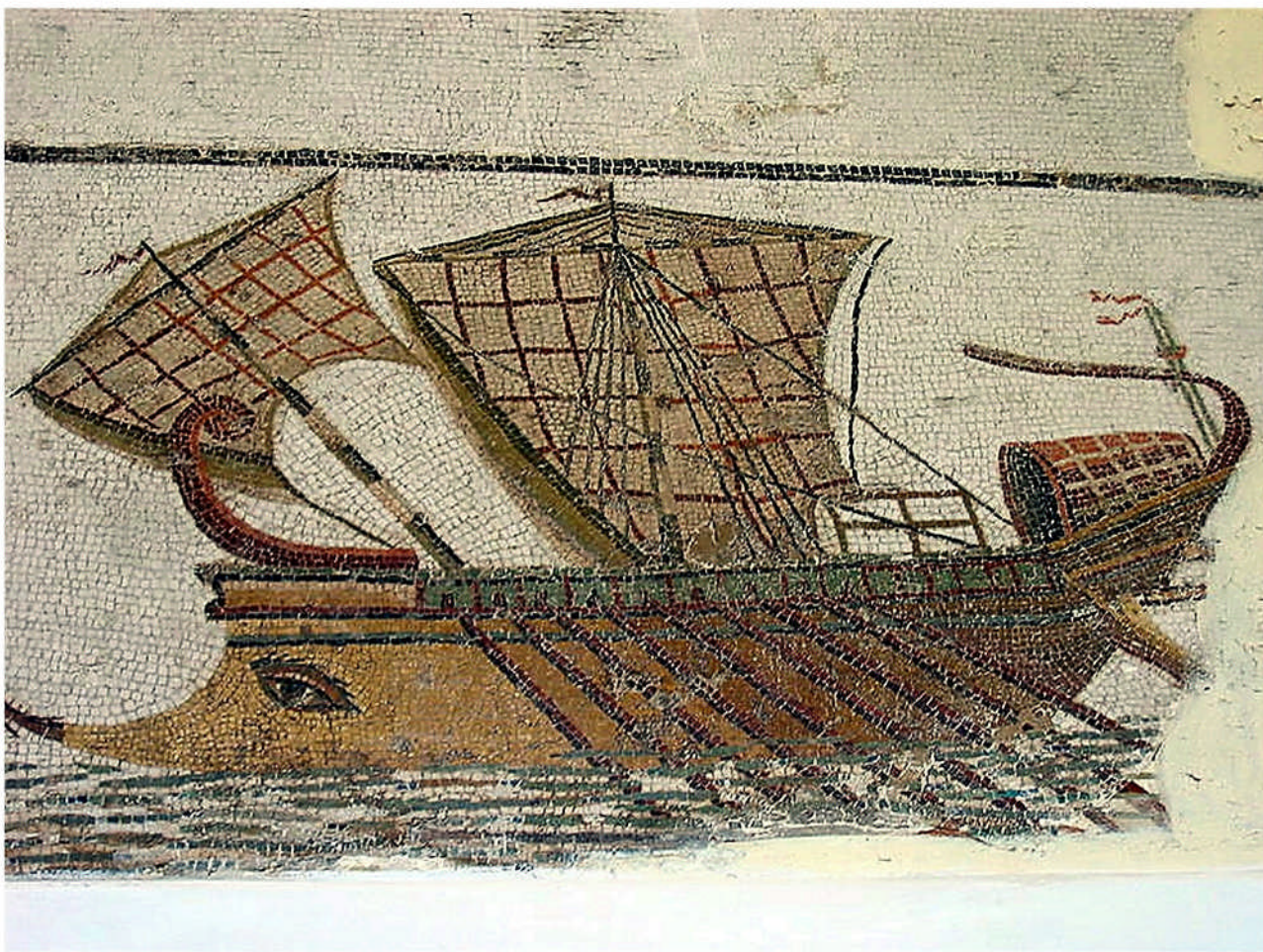
De esta forma, Octaviano obtuvo la excusa que buscaba y que había provocado, y empezó a acusar a Antonio para así alejarlo cada vez más del poder político, argumentando que Antonio era un hombre de moral baja, y que había abandonado a su fiel esposa y a sus hijos para estar con la promiscua reina de Egipto. Entre todas estas acusaciones, quizás la más grave a los ojos del pueblo fuera la de que Antonio se alejaba de las costumbres romanas y se inclinaba hacia los gustos orientales, un grave crimen para el orgulloso pueblo romano. Entre el 33 al 32 a. C. se desató una auténtica guerra propagandística en la arena política de Roma, con acusaciones lanzadas entre ambos bandos. Desde Egipto, Antonio anunció su divorcio de Octavia, acusando a su hermano de advenedizo, de usurpador del poder político y de falsificar los documentos de adopción de Julio César. Octaviano replicó con cargos de traición contra Antonio: controlar ilegalmente provincias que deberían haber sido asignadas a otros cargos como dictaba la tradición romana, e iniciar guerras contra otras naciones (Partia y Armenia) sin el permiso del Senado. Antonio fue también señalado como responsable de la ejecución de Sexto Pompeyo, que había sido capturado el año 35 a. C. en Mileto, en la zona de influencia de Antonio, y ejecutado sin juicio pese a ser ciudadano romano. Finalmente, Octaviano logró hacerse con el testamento de Antonio, guardado por las vestales, en el cual se ratificaban los temores de Octaviano tal como los presentó ante el pueblo, haciendo ver que Antonio quería reinar junto con Cleopatra en los territorios orientales romanos a toda costa, constituyendo una grave amenaza para el estado romano. De esta forma, en el año 32 a. C. el Senado despojó a Antonio de sus poderes y declaró la guerra a Cleopatra.



# LA ARMADA ROMANA

A pesar de jugar un papel decisivo en la expansión romana por el Mediterráneo, la armada nunca tuvo el prestigio de las legiones romanas. A lo largo de su historia los romanos fueron un pueblo esencialmente terrestre, y dejaron los temas náuticos en manos de pueblos más familiarizados con ellos, como los griegos y los egipcios, para construir barcos y mandarlos. Parcialmente debido a esto, la armada nunca fue totalmente abrazada por el Estado Romano, y se consideraba «no romana». En la antigüedad, las armadas y las flotas comerciales no tenían la autonomía logística que en la actualidad. A diferencia de las fuerzas navales modernas, la armada romana, incluso en su apogeo, no existió de forma autónoma, sino que operó como un adjunto del Ejército romano.

En el transcurso de la Primera Guerra Púnica la armada fue expandida masivamente y jugó un papel vital en la victoria romana y en la ascensión de la República romana a la hegemonía en el Mediterráneo. Durante la primera mitad del siglo II a. C. Roma destruyó Cartago y subyugó los Reinos Helenísticos del este del Mediterráneo, logrando el dominio completo de todas las orillas del mar interior, que ellos llamaron Mare Nostrum. Las flotas romanas volvieron a tener un papel preponderante en el siglo I a.C. en las guerras contras los piratas y en las guerras civiles que provocaron la caída de la República, cuyas campañas se extendieron a lo largo del Mediterráneo.

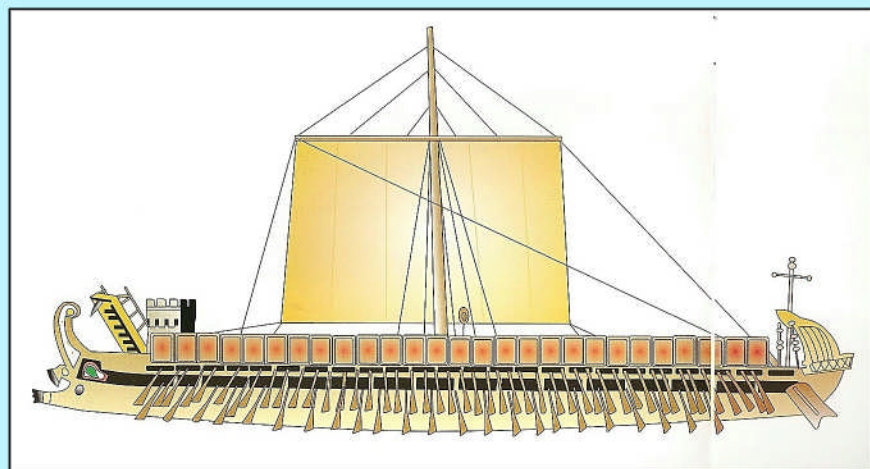


**Trirreme romano representado en un mosaico.**

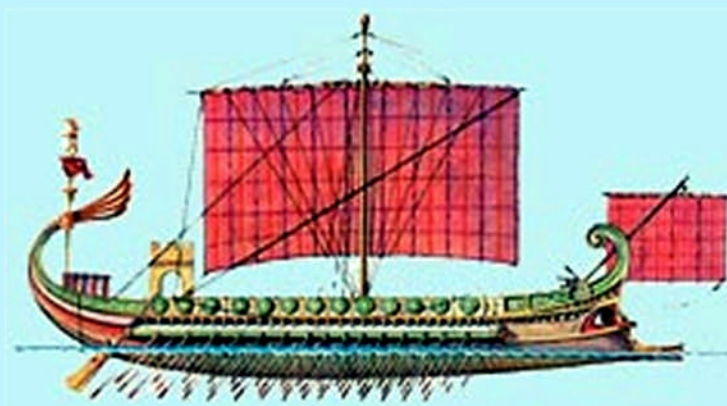
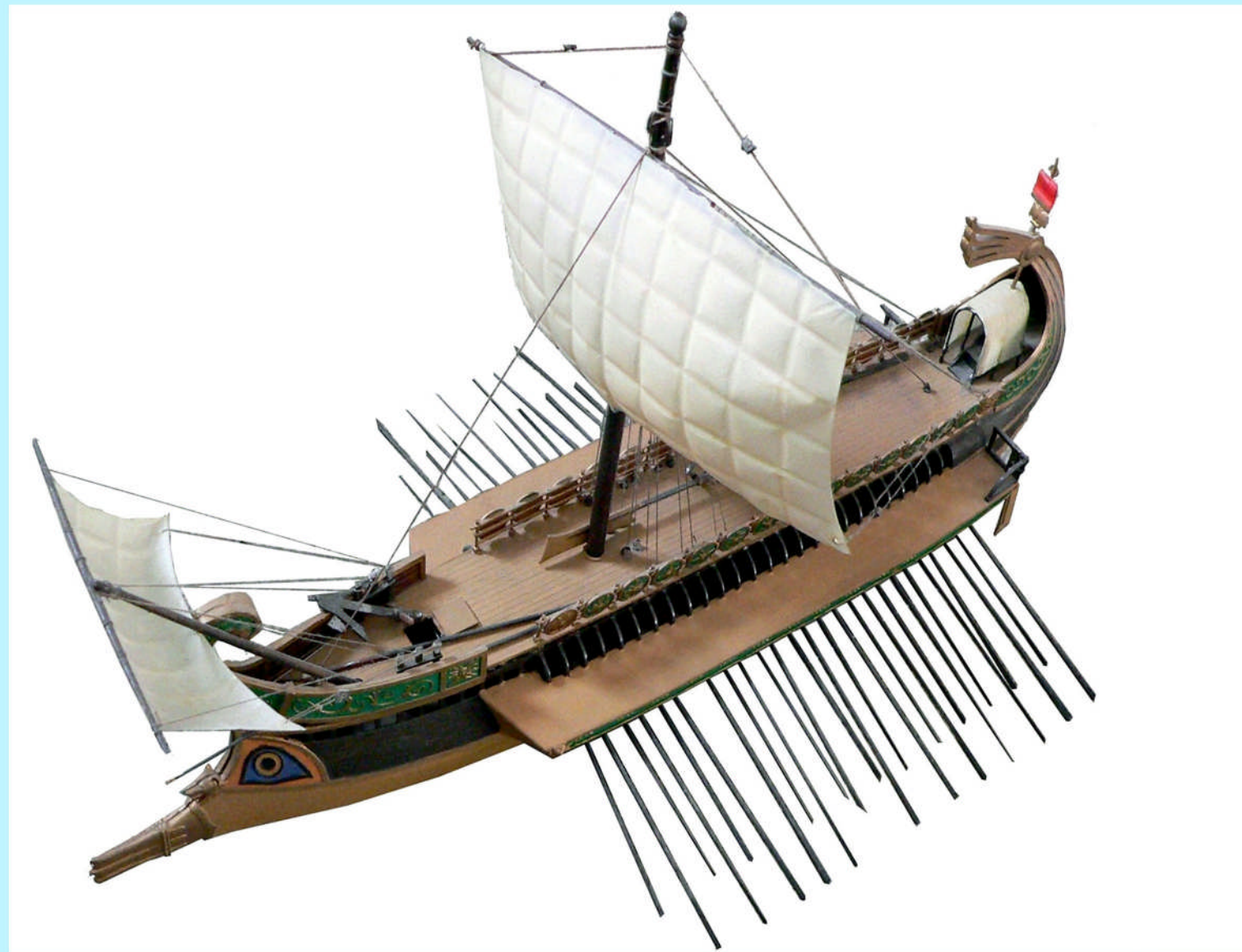


# La trirreme romana

La trirreme romana fue un desarrollo de la cartaginesa, que, a su vez, bebió de las fuentes griegas. Llegó a ser sustancialmente diferente de su antecesora dos siglos después de la batalla de Salamina. Las trirremes romanas posteriores a las guerras Púnicas eran igual de rápidas que las griegas, pero mucho más robustas. La experiencia de años de batallas perfeccionaron la estructura en cuanto a solidez y resistencia. Con los romanos, las cuadernas adquirieron una importancia fundamental. Pasaron a ser colocadas antes de la tablazón, ensambladas con espigas y con listones a tope. Después, se fijaba la tablazón sobre las cuadernas, a la inversa de como lo habían hecho los griegos hasta entonces. El velamen también evolucionó, y casi todas las trirremes llevaban dos o tres palos con velas cuadas o al tercio; aún así, la unidad ligera de un solo palo fue la que predominó, por su rapidez de maniobra y su bajo coste. Más tarde apareció lo que algunos expertos consideran como el primer foque: una vela triangular denominada *supparum*, nombre que se daba a los chales que llevaban las damas romanas y que tenían una forma parecida. La evolución en el tamaño de las velas se relaciona con los conocimientos de los tolomeos egipcios, a quienes los historiadores señalan como los principales impulsores de la evolución de las flotas de guerra. Ellos fueron los que desarrollaron la técnica de las catapultas y de las grandes ballestas; con ellas se disparaban flechas a más de 300 metros de distancia. También fabricaron diversos proyectiles demoledores, como las barras de hierro al rojo vivo y unas cazuelas de arcilla que se llenaban con pez hirviendo.



Si los tolomeos fueron los innovadores de las trirremes, los romanos llevaron a la perfección las técnicas de construcción de las mismas. Existen restos arqueológicos de barcos mercantes romanos, pero muy pocos de guerra; sin embargo, los hallados en el lago Nemi en 1930, dos galeras de la época de Calígula (40 d.C.), de 73 y 71 metros de eslora, revelan el alto grado de calidad de los maestros de ribera que las habían construido. Eran dos naves excepcionales: la tablazón del casco estaba perfectamente ensamblada, estaban calafateadas con estopa, pez y resina, más una capa de minio de hierro, e iban cubiertas con un tejido de lana impregnado en una sustancia impermeable; las terminaciones eran de plomo claveteado con cobre. Los espolones eran de hierro fundido y las proas presentaban la característica forma en U. La cubierta era de planchas de encina fijadas a las cuadernas, con una superficie de casi 1.400 m<sup>2</sup>. Tal estructura era incapaz de navegar por el mar, y se supone que estas galeras servían como villas flotantes dentro de los lagos, ya que en su interior se hallaron restos de sistemas de calefacción. Ambas piezas fueron destruidas por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, antes de que su ejército se retirara de Italia.





Los romanos fueron en su origen una potencia terrestre localizada en la Península Itálica, pero cautelosa en el mar. Durante la Primera Guerra Púnica, los cartagineses, una potencia basada en el comercio marítimo, dominaban el Mediterráneo occidental y explotaban este potencial en sus luchas contra la República Romana. Dado que durante la guerra la mayor parte de los combates tuvieron lugar en ultramar (especialmente en Sicilia), Roma se vio obligada a disponer de una flota que pudiera desarrollar una respuesta militar eficaz. El resultado fue la rápida construcción en el año 260 a. C. de la primera flota romana importante, compuesta por cerca de 150 quinquerremes y triremes, la cual operaba cerca del Estrecho de Messina, entre Sicilia y Calabria. Roma se esforzó por anular la ventaja marítima cartaginesa, equipando a sus naves con el corvus, un nuevo invento que constaba de un gran tablón de madera con un garfio con el que se enganchaban las naves enemigas. Esto permitía a los romanos enviar a los soldados a modo de pasarela al asalto de la nave enemiga, evitando así las tradicionales tácticas de la batalla de abordaje embistiendo los cascos con el rostrum, en las cuales inicialmente eran mucho menos experimentados.



**El uso del corvus contrarrestó la superior experiencia en el combate naval cartaginesa, permitiendo a los romanos establecer su hegemonía naval en el Mediterráneo occidental.**

Aunque la primera acción llevada a cabo en el mar, la batalla de las Islas Lipari en el 260 a. C., terminó en una derrota para Roma, las fuerzas implicadas eran relativamente pequeñas. La neófito marina romana ganó su primera victoria naval importante más adelante ese mismo año en la batalla de Milas. Con el curso de la guerra, Roma continuó ganando batallas en el mar y adquiriendo experiencia naval. Su cadena de éxitos permitió que Roma expandiera su teatro de operaciones en el mar, alcanzando la misma Cartago. A comienzos de la Segunda Guerra Púnica, la hegemonía naval en el Mediterráneo occidental había pasado ya de Cartago a Roma. Esto hizo que Aníbal, el gran general cartaginés, cambiara de estrategia, llevando la guerra a la Península Itálica.



Después de la consiguiente victoria romana sobre Cartago, no existía otra potencia marítima al oeste del Mar Mediterráneo, por lo que la marina romana fue disuelta en gran parte. En ausencia de una presencia naval fuerte, la piratería prosperó a través del Mediterráneo. Roma organizaría periódicamente expediciones para dar cuenta a los piratas. Así, en el año 67 a. C. Pompeyo organizó una fuerza naval que libró eficazmente este mar de ellos durante un tiempo.

Mientras en la República Romana se desataba la guerra civil, los diferentes ejércitos crearon de nuevo sus propias fuerzas navales. Sexto Pompeyo, hermano del anterior, en su guerra con Octavio reunió una importante flota que operaba con un gran radio de acción para amenazar Sicilia, la fuente vital de grano de Roma, lo que produjo el pánico en la ciudad por el aumento de su precio. Octavio, con la ayuda de Marco Agripa, construyó una flota en Forum Iulii (hoy Fréjus) y derrotó a Sexto en la batalla de Nauloco en el 36 a. C., terminando con toda la resistencia pompeyana.



**Reconstrucción de una navis lusoria.**



La táctica empleada en Milazzo por los romanos en su primera batalla naval contra los cartagineses rompió los esquemas imperantes en la época, que hasta entonces se basaban en la embestida frontal con el modelo de espolón desarrollado por los griegos. Los romanos planearon una táctica a la medida de sus posibilidades, tomando en cuenta sus puntos débiles pero también sus ventajas. Eran conscientes de que sus tripulaciones, entrenadas de forma apresurada y compuestas por hombres de distintas disciplinas y procedencias, eran inferiores a las cartaginesas a la hora de maniobrar con habilidad y rapidez; por otro lado, también sabían que su punto fuerte eran, sin duda, sus aguerridos legionarios, soldados duchos en el combate cuerpo a cuerpo, bien entrenados y disciplinados. Decidieron cambiar por completo el concepto griego de atacar cruzando la línea enemiga para virar en redondo y atacar entonces de proa, hincando el espolón lo más perpendicularmente posible en el barco enemigo; los romanos optaron por el abordaje directo, aproximándose lateralmente al enemigo, procurando romper el mayor número posible de remos y lanzando sobre él las *corvus*, unas pasarelas articuladas, de forma que los soldados pudieran invadir la cubierta en pocos minutos. El denominado *corvus* estaba formado por una plancha rectangular, a modo de pasarela, dotada de un enorme gancho puntiagudo que, al dejarse caer, perforaba la cubierta aferrándose así al barco enemigo. La tropa de asalto, armada de espada corta, se lanzaba por la pasarela, entrando en un combate cuerpo a cuerpo. Las guarniciones cartaginesas de cubierta, más marineras que guerreras, se encontraron en Milazzo en clara inferioridad frente a los romanos. Algunos de los *corvi* (plural de *corvus* en latín) llegaron a medir 11 metros de longitud por 1,20 m de anchura; además, estaban diseñados para resistir mucho peso, de modo que pudieran pasar a la vez unos 100 legionarios en un solo abordaje. Eran orientables y algunos podían replegarse durante la navegación.

Las *trirremes* romanas se equiparon también enseguida con armas balísticas copiadas inicialmente de las cartaginesas y tolemaicas. Eran catapultas capaces de arrojar piedras o bolas de plomo de hasta media tonelada. Existen discrepancias entre los especialistas sobre su alcance efectivo, pero parece viable que alcanzaran entre los 500 y los 600 metros. Tras someter a Grecia a mediados del siglo II a.C., los romanos incorporaron los dispositivos denominados "manos de hierro", ideados por Arquímedes en el asedio de Siracusa en 212 a.C.; eran artilugios montados sobre un soporte de hierro, con los que se lanzaba aceite hirviendo al enemigo. Los romanos mejoraron el espolón de las galeras griegas, dotándolo de tres puntas de hierro a modo de tridente, que aferraban la nave enemiga y facilitaban la caída del *corvus* para el asalto. En las guerras Púnicas prevaleció el ataque en paralelo, por resultar más eficaz la lucha cuerpo a cuerpo sobre cubierta.



En la imagen se puede observar un clásico espolón de *trirreme* o *quinquerreme* romanos. Tres puntas de hierro, con la superior algo curvada hacia arriba, servían para aferrar el casco de la nave enemiga una vez embestida y atravesada.

Con Octavio Augusto la construcción naval alcanzó un gran desarrollo y se aumentó el tamaño y el potencial militar de las galeras, mejoras necesarias para transportar las legiones a cualquier lugar del vasto imperio. Mucho se ha escrito sobre las órdenes de remos que se llegaron a disponer en las galeras de la época romana. Aunque muchos textos citan cuatro, cinco y hasta siete órdenes de remos, parece admitido que era difícil que se incorporaran más de tres; en realidad, parece probable que estas cantidades hicieran referencia al número de remos asignados a cada grupo de remos. Así, por ejemplo, una *heptarreme* sería una *trirreme* con siete remeros en cada grupo de tres remos, que podían ser tres *tranitas*, dos *Zygitas* y dos *talamitas*.

Las narraciones más exageradas sobre galeras gigantes las hace Polibio, quien afirmó haber visto una *quinquerreme* con 300 remeros y 200 soldados; Plinio el Viejo menciona otra nave del año 40 a.C. con 400 remeros. En sus descripciones, Calixeno de Rodas describe una galera de 40 órdenes de remos, 130 metros de eslora, 22 de manga y 27 de francobordo; los remos tenían una longitud de más de 10 metros y eran manejados por unos 4.000 remeros, con una tripulación cercana a los 8.000 marinos. Sin embargo, hay que tomar con reservas estas narraciones. Los estudios realizados por expertos a lo largo de la historia más reciente muestran que la construcción de semejantes naves era absolutamente inviable.



Penteconter



Bireme



Trireme



Quadrireme (A)



Quadrireme (B)



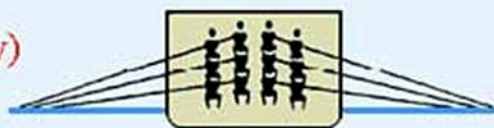
Quadrireme (C)



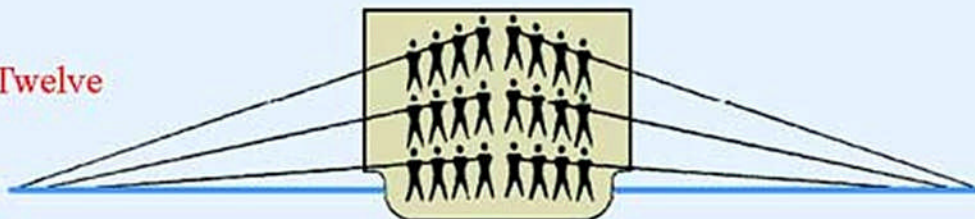
Quinquereme



Six (early)



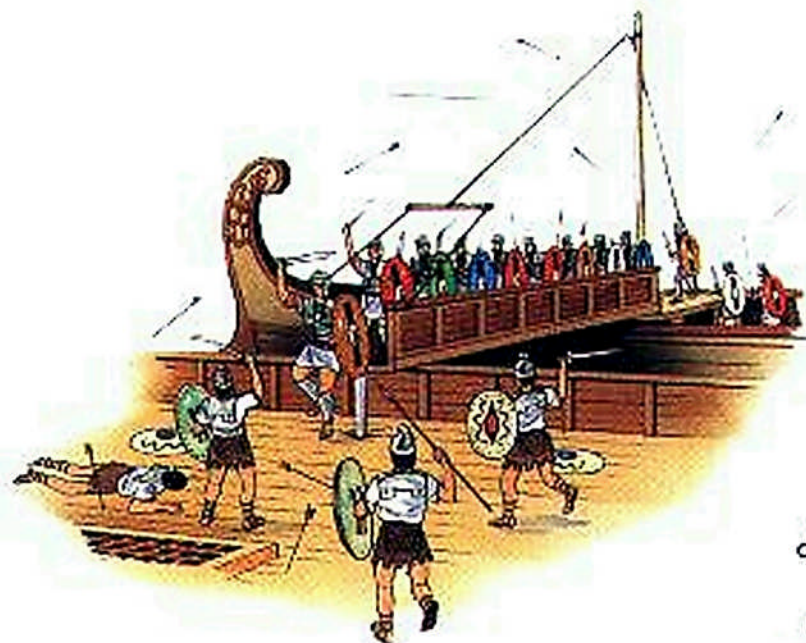
Twelve



Sixteen







#### El corvo

Era una especie de puente levadizo con una longitud de unos 8 metros que, lanzado sobre las naves enemigas, las agarraba con un garfio permitiendo a los romanos entrar al asalto.

#### La tripulación

Se componía de 300 marineros (de los cuales 270 eran remeros) y 120 infantes de marina con cerca de 20 oficiales y suboficiales.

#### Los remeros

Estaban dispuestos en tres órdenes: dos por remo en los dos órdenes superiores y uno por remo en el inferior.



#### La quinquereme

Tenía una longitud de 40 metros y un ancho de 6 a 7 metros. Un total de cinco remeros maniobraba cada serie de tres remos.



La flota del imperio romano tenían dos bases importantes, así como varias de menor categoría. Las dos flotas principales que controlaron el Mare Nostrum fueron:

### Classis Misenensis.

1 esarreme

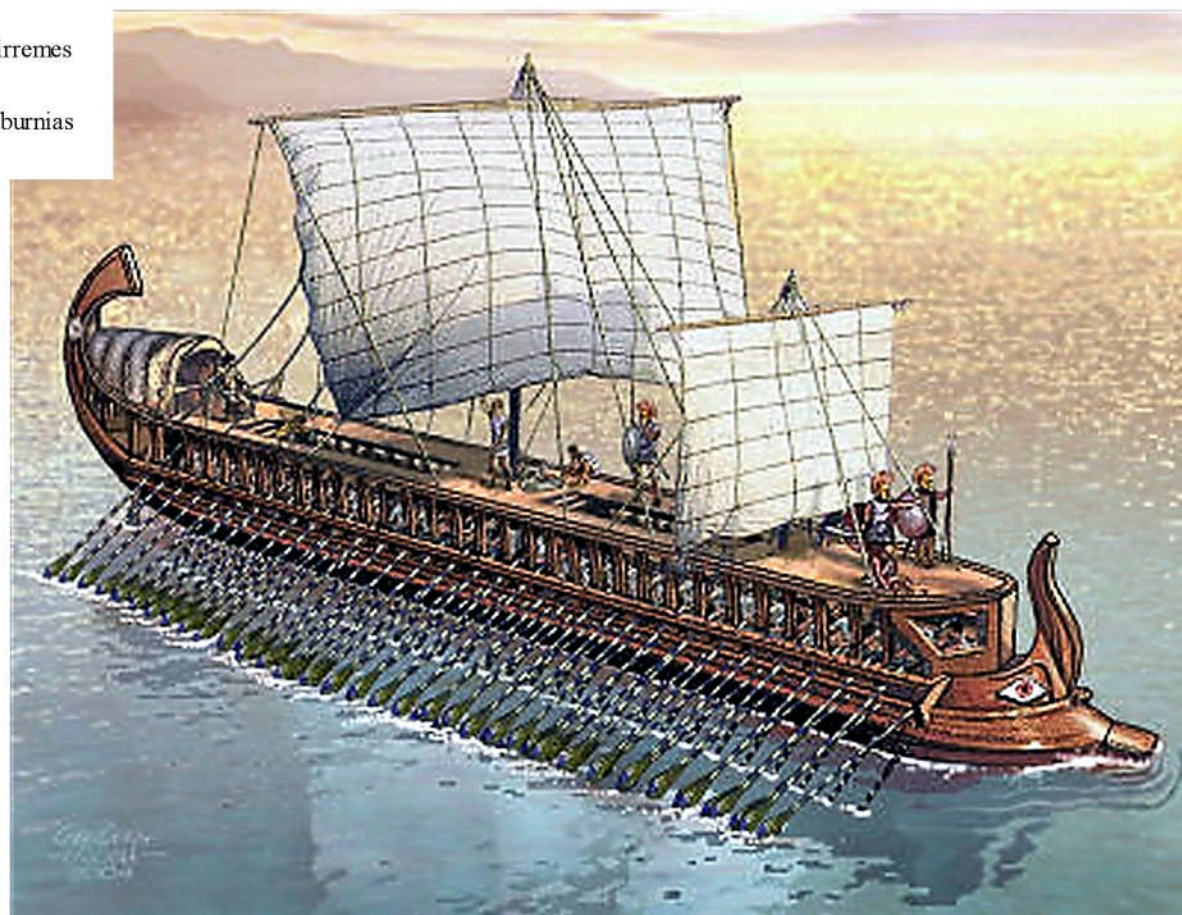
1 quinquerreme

9 quadrirremes

50 trirremes

11 liburnias

Creada en el 27 adC, su base estaba situada en Miseno. La Classis Misenensis, posteriormente llamada Classis Praetoria Misenensis, fue instaurada para controlar la parte oriental del Mar Mediterráneo.



En cuanto a la flotas provinciales se tiene constancia de las siguientes:

**Classis Syriaca.** Establecida en el 63 a. C., y con base desde el año 70 en Seleucia Pieriae (Siria), esta flota controlaba el Mar Mediterráneo oriental y el Mar Egeo.

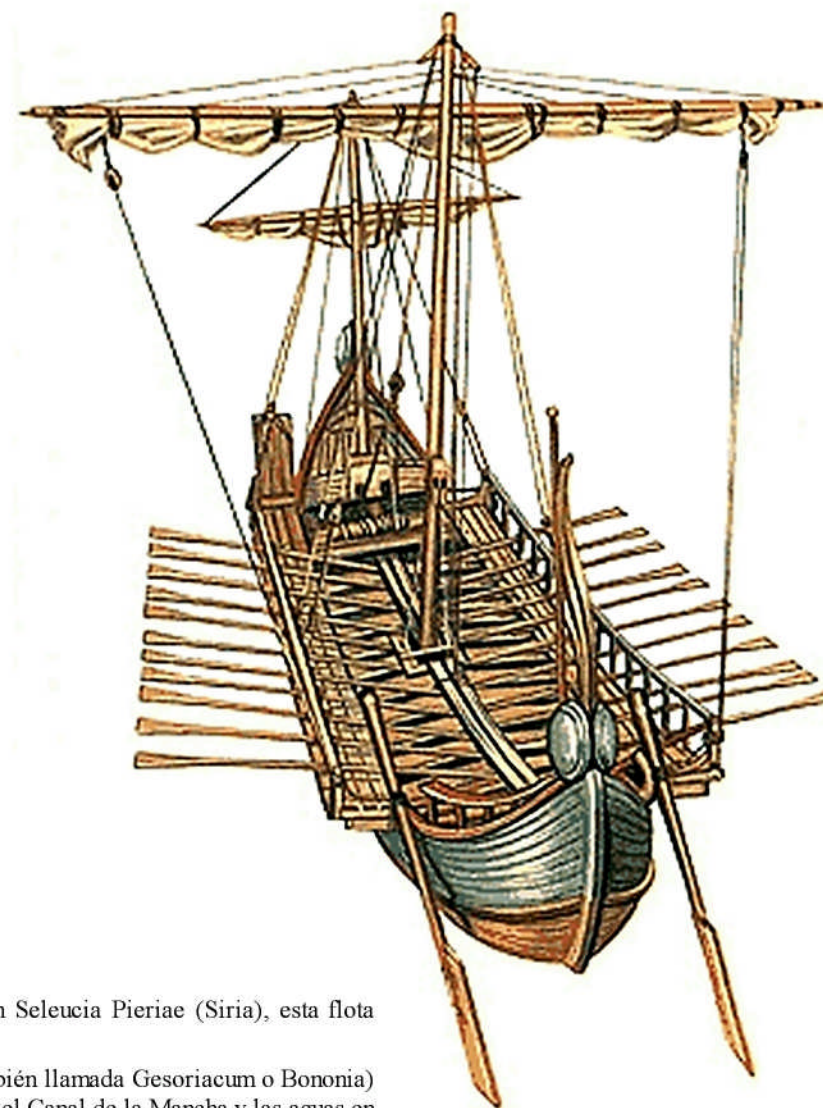
**Classis Britannica.** Situada en Portus Itius (la actual Boulogne-sur-Mer, también llamada Gesoriacum o Bononia) en la Galia, y desde el año 296 en Rutupiae (Richborough) en Britania. Controlaba el Canal de la Mancha y las aguas en torno a las islas. Esta flota desempeñó un papel importante en la invasión de esta provincia romana por Julio César. Bajo el mando de Agrícola circunnavegó Escocia, y en el 83 atacó su costa oriental. Un año más tarde, la flota alcanzó las islas Orcadas.

**Classis Pannonica.** Actuaba a partir del 35 a. C. en Aquincum (Pannonia, la moderna Budapest). Esta flota fluvial controlaba el Danubio desde "Castrum Regina (provincia de Recia, la moderna Ratisbona), hasta Singidunum (Moesia, la actual Belgrado). Fue reorganizada bajo la dinastía Flavia, siendo rebautizada como Classis Flavia Pannonica.

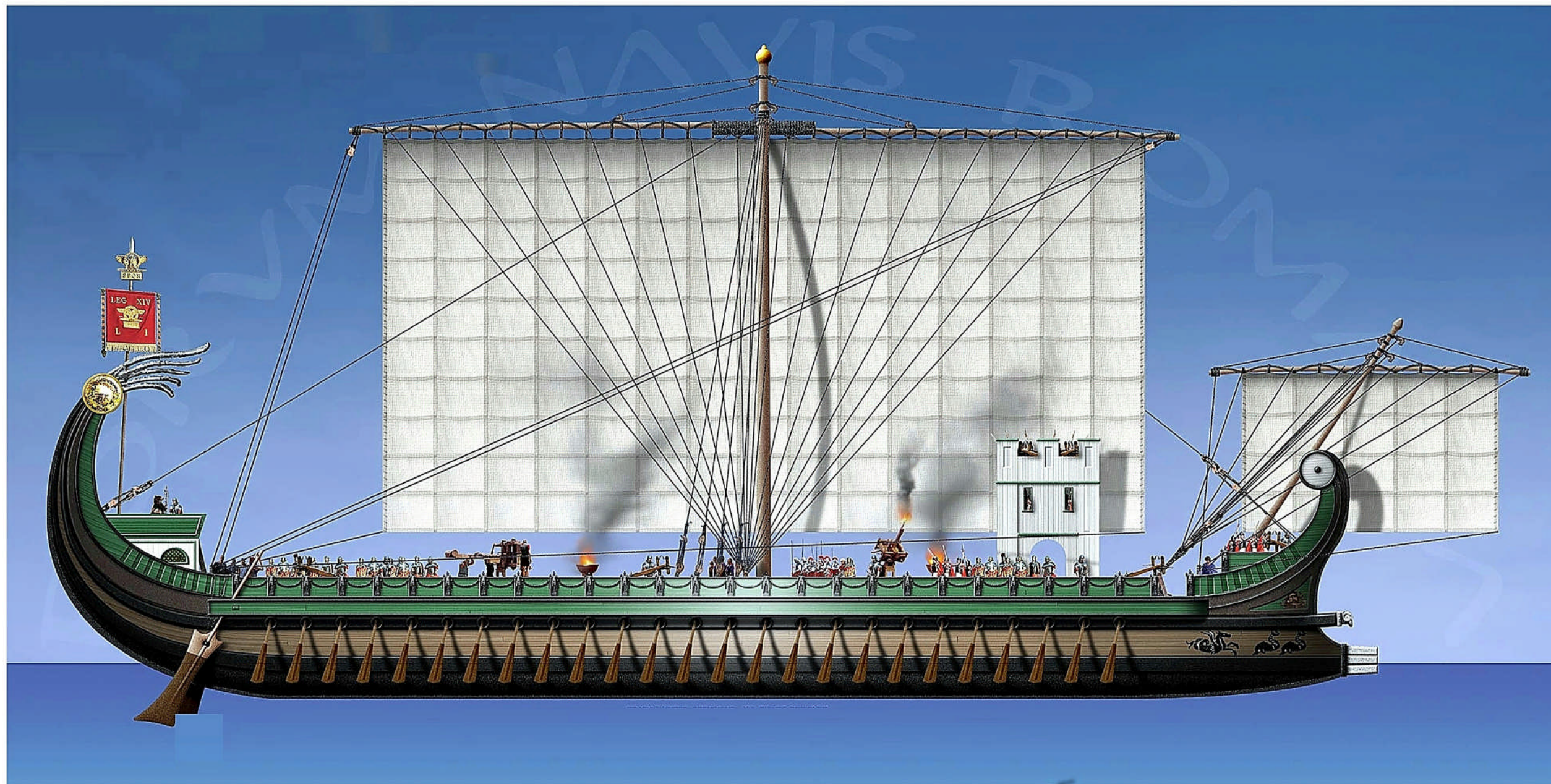
**Classis Alexandrina.** Con base en Alejandría, en la provincia romana de Egipto, controlaba el oeste del Mar Mediterráneo.

### Classis Ravennatis.

Con base en Rávena desde el año 27 adC. Fue utilizada para controlar la parte occidental del Mar Mediterráneo. En el año 330 las naves se trasladaron a Constantinopla.







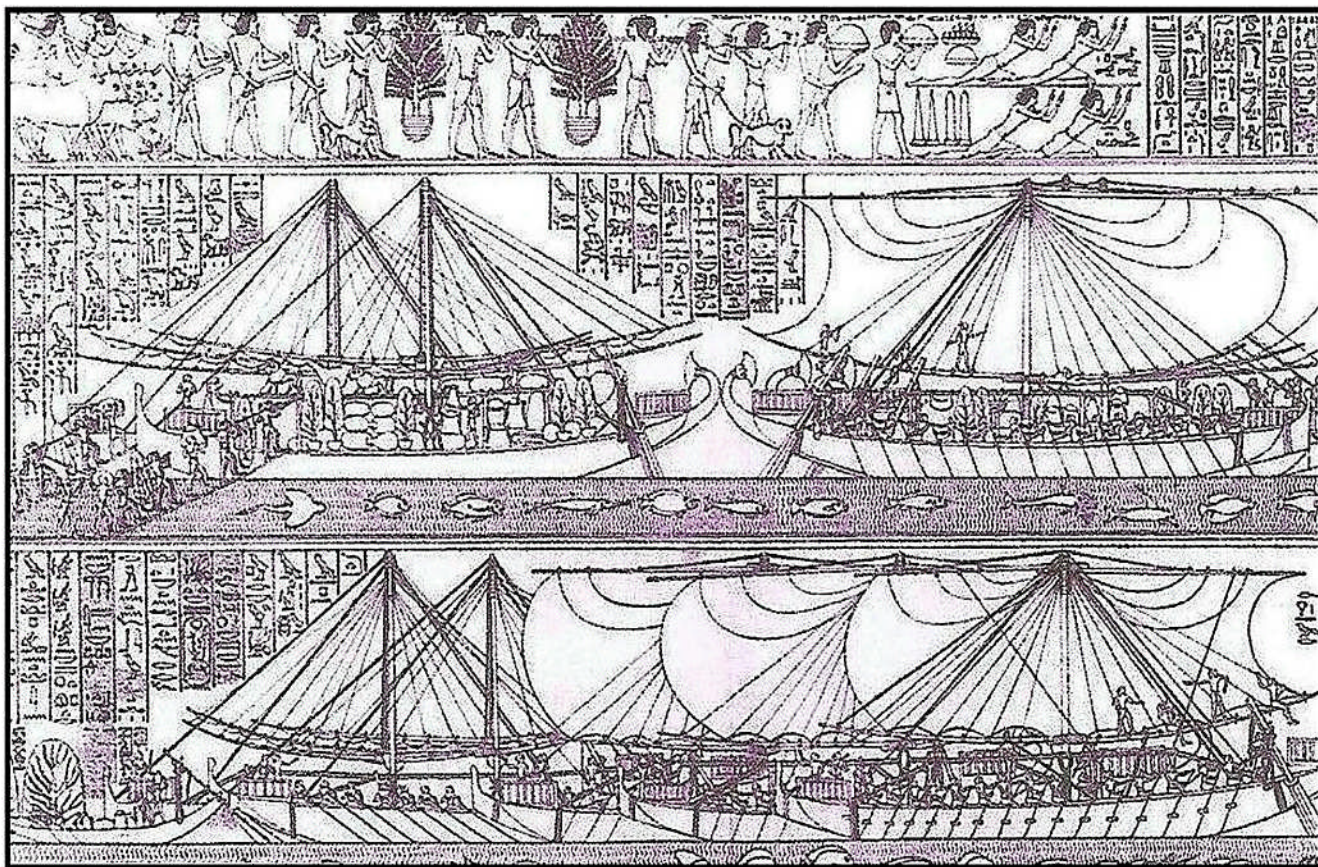
**Classis Misenensis**



# La armada egipcia

El siglo II marca una nueva etapa de progresiva decadencia en la armada de los egipcios. A lo largo de esta centuria las informaciones sobre la flota egipcia faltan completamente, una de las causas puede deberse a que la otrora poderosa armada no parece jugar más que un papel secundario desde el punto de vista de la política internacional y su radio de acción se limita progresivamente a Chipre, la costa siria, Cirene y a las tres bases del Egeo que le restaban a Egipto: Creta, Tera y Metana-Arsinoe. Después de la muerte de Filométor en 145 las tres bases fueron evacuadas. A partir de entonces sirven a los intereses de los diferentes dinastas en la lucha por el trono. Es posible que a lo largo del siglo y medio que media aproximadamente entre la muerte de Tolomeo IV y la llegada de César a Alejandría, la flota egipcia hubiera descendido por debajo de las cien unidades y los grandes barcos fueran ya algo del pasado. De hecho, durante la Guerra de Alejandría, César se enfrentó con una flota egipcia compuesta por setenta y dos naves.

En la corta aventura que protagonizaron Marco Antonio y Cleopatra la flota lágida vivió su último periodo de esplendor. En Accio la flota egipcia de Cleopatra cuenta con doscientas unidades y su buque insignia es un diez por lo que la reina se preocupó en un escaso tiempo por aumentar el número y el tipo de los barcos. Aunque lejos de la armada de los primeros tolomeos, la escuadra de Cleopatra superaba de largo a las flotas egipcias del siglo II y formaba el núcleo de la fuerza naval de Marco Antonio.





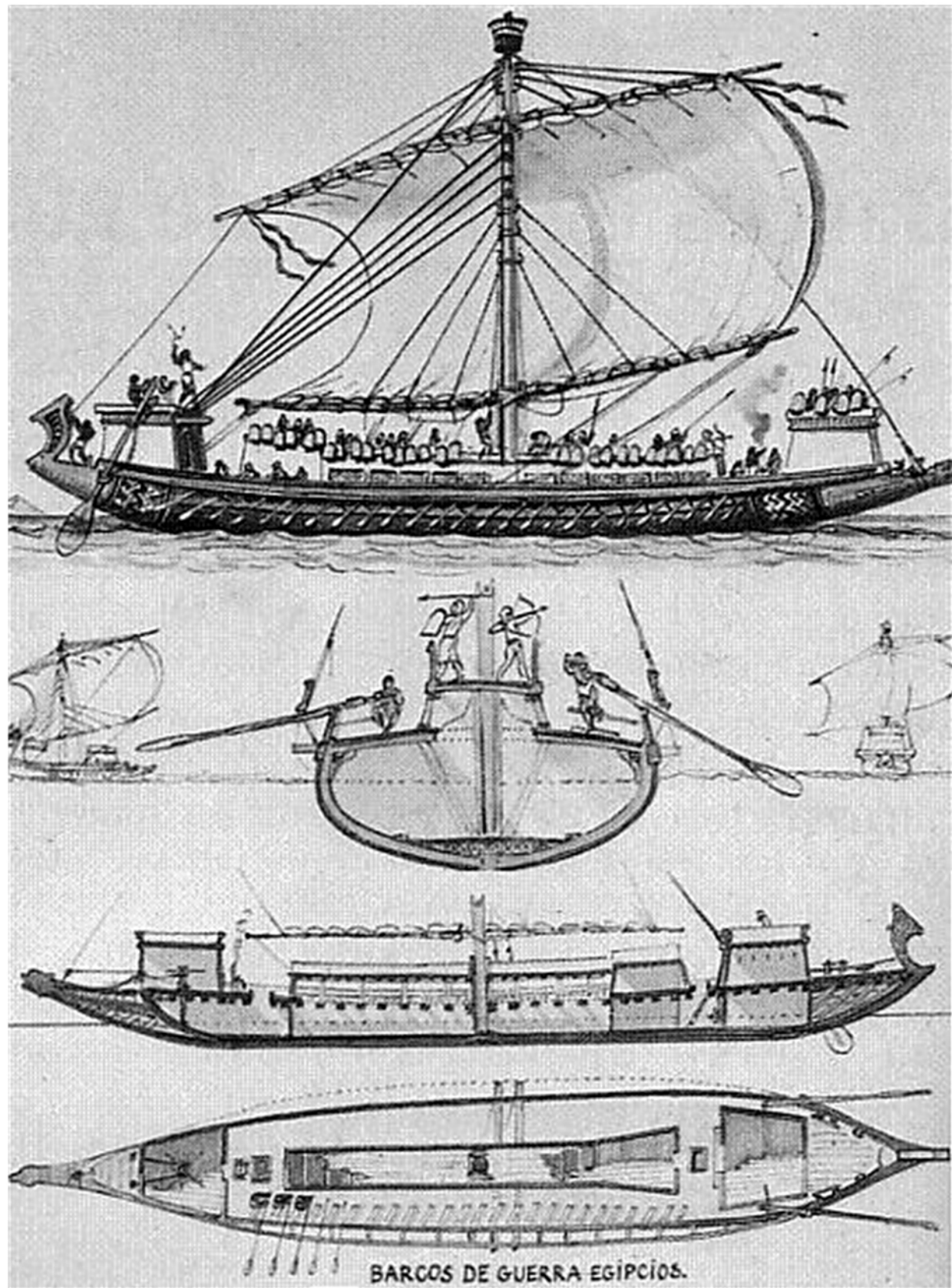


Imagen en la que se puede ver como eran los buques egipcios de guerra.



El trirreme, el barco de guerra que desbancara hacia finales del siglo VI a los pentecónteros y birremes de la época arcaica, dominó el período clásico y es, probablemente el barco de guerra mejor conocido de la Antigüedad. El trirreme era un barco de tres bancos horizontales superpuestos, el superior de los cuales sobresalía unos sesenta centímetros sobre un pescante por la borda del costado de la nave. Poseía una eslora de 36,8 m, una manga de 3,6 m. Si calado era probablemente de noventa centímetros. La relación 1:10 entre manga y eslora era la mejor para obtener la máxima velocidad y la eslora era aproximadamente la máxima que se podía construir en madera para evitar deformaciones o ruptura de la quilla la cual, siempre que era posible, se sacaba a seco y se guardaba en una dársena cubierta. Desplazaba unas cuarenta y cinco toneladas en total de las que los remeros suponían el mayor peso, un tercio aproximadamente.



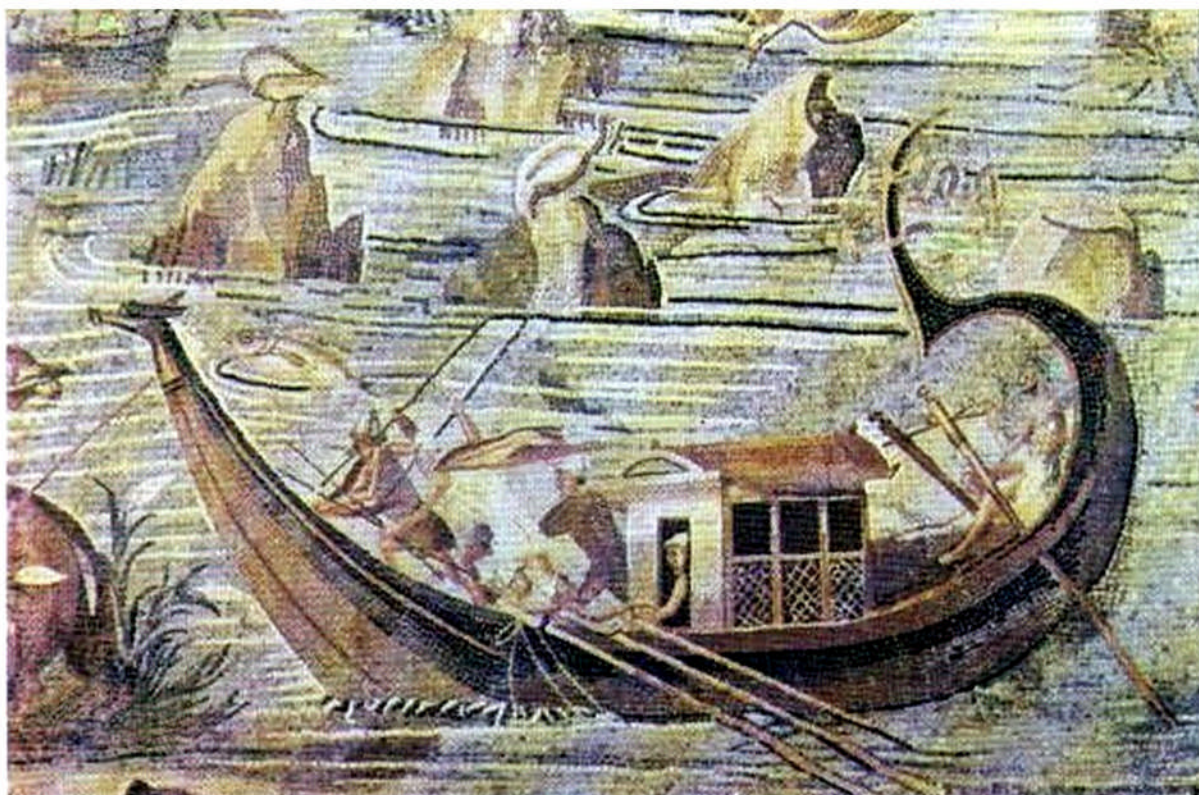
**Trirreme egipcio**

Estaba dotado de un espolón de dos o tres puntas en la proa, un saliente de madera recubierto de bronce, arma, que aparece hacia el 800 a.C. y que cambió completamente el modo de combate naval; se pasó, así, de abordar al navío enemigo al ataque con el espolón. La proa estaba rematada en forma de cuerno en S. Dos grandes ojos a ambos lados de la proa tenían la función de proteger a la nave y de asustar al enemigo cuando se atacaba con el espolón. La popa se remataba invariablemente en forma de penacho de madera, curvada en forma de cola de escorpión. El trirreme disponía de dos mástiles, la mayor y el bauprés, que se conoce con el nombre de artemón, una vela en la proa destinada no tanto a aumentar la velocidad del navío sino a facilitar el timoneo. La nave andaba a vela cuanto le era posible pero en el momento del combate se movía por medio de los remeros. El trirreme contaba con una tripulación de doscientos hombres que comprendía cinco oficiales, catorce soldados, una decena de marineros y ciento setenta remeros dispuestos en hileras superpuestas por cada costado de la nave: cincuenta y cuatro en la parte baja o talamitas (veintisiete por cada lado), cincuenta y cuatro en la parte media (zigitas) y sesenta y dos en la parte superior (tranitas). El mayor número de remeros del banco superior se explica por el mayor esfuerzo que requería la boga en dicho banco.



Sabemos muy poco de la organización y mando de la flota tolemaica. Evidentemente el rey poseía, al menos en teoría, el mando supremo de la flota y, de hecho, Tolomeo I Soter lo ejerció personalmente. Parece que hacia el 280 debemos situar el nacimiento de la navarquía tolemaica, el almirante en jefe único, universal sobre toda la flota (más allá de una batalla naval, una expedición o guerra), permanente y sin límite temporal. Desde mediados del siglo III, la evolución de la navarquía tolemaica es más difícil de establecer. En el siglo II cuando Egipto ha perdido la práctica totalidad de su imperio mediterráneo, es el estratego o gobernador general de Chipre asume también el cargo de navarco y que Chipre era la base fundamental, antes que Alejandría, de la escuadra egipcia del Mediterráneo. De hecho, en 145, los tolomeos evacuaron las últimas bases en el Egeo y retiraron sus barcos a Chipre, esto provocó probablemente una reorganización en el mando naval: a partir del 142 el estratego de Chipre es investido ex officio de la navarquía. Con el retroceso marítimo egipcio la navarquía debió perder algo de su antiguo poder e influencia en la corte.

Por debajo del navarco se situaban los comandantes de varias naves, que nosotros llamaríamos comandantes de escuadras, flotas o flotillas. Éstos pueden ser de variada naturaleza: el comandante de una escuadra sin límite temporal en guerra o paz en un sector del Mediterráneo, un comandante con mando temporal en flota para una campaña o guerra subordinado o no al general que manda la campaña, o un general con poderes especiales que mande también una flota o bien, de una manera más simple, un comandante de escuadrón dentro de una flota mandada por otro comandante o almirante. El ejemplo del cuadrirreme puede servir a los propósitos de acercarnos a la oficialidad, tropa y marinería por debajo del navarco y de los comandantes de escuadras. El personal adscrito a un cuadrirreme puede dividirse en oficialidad, personal no clasificado, personal clasificado, personal de combate y remeros. Los oficiales eran seis: el trierarco al mando de nave, que era en las flotas lágidas un oficial en activo y no una liturgia o impuesto, su segundo era el hipotrierarco y, además, el kybernetes u oficial de navegación; el proireus, oficial de proa, con autoridad inmediata sobre la parte delantera de la nave y que se encargaba de la vigilancia de la mar contra rocas, bancos de arena o enemigos y supervisaba probablemente el varado en la playa, la entrada en puerto o echar el ancla, el casco y los aparejos; el keleustés oficial al cargo de los remeros, su equipamiento, alimentación, entrenamiento y moral y, por último, el pentecontarco, un oficial subordinado encargado de las tareas administrativas.





En su imperio los tolomeos fundaron o más bien en muchos casos refundaron un gran número de ciudades portuarias que tenían la finalidad de servir a las necesidades de la flota y asegurar las comunicaciones costeras, así, en la costa de Cirene, Arsínoe, Berenice y Tolemaida; en Palestina, Accio, renombrada Tolemaida; en el litoral cilicio: Arsínoe y Berenice; en la costa de Panfilia, Arsínoe y Tolemaida; en Licia, Patara, llamada Tolemaida; en Chipre, tres Arsínoes; en Creta dos, en Ceos una y en la costa de la Argólide, Arsínoe-Metana. Itano y Arsínoe-Metana parecen haber sido bases navales de relevancia y los puertos militares debieron ser Tera y Salamina de Chipre. Además, la gran base naval de Egipto estaba lógicamente en Alejandría. Fundada por Alejandro en 331 los puertos de la ciudad habían sido diseñados por Dinócrates, que se inspiró en el puerto de Siracusa. Dinócrates unió la isla de Faro con tierra firme a través de una mole de 1400 m, el Heptastadio, que dejaba dos puertos bien definidos. El puerto occidental, una bahía natural con una angosta entrada, quedó como puerto comercial y mientras en lado oriental se dispusieron los puertos que albergaban a la flota real.

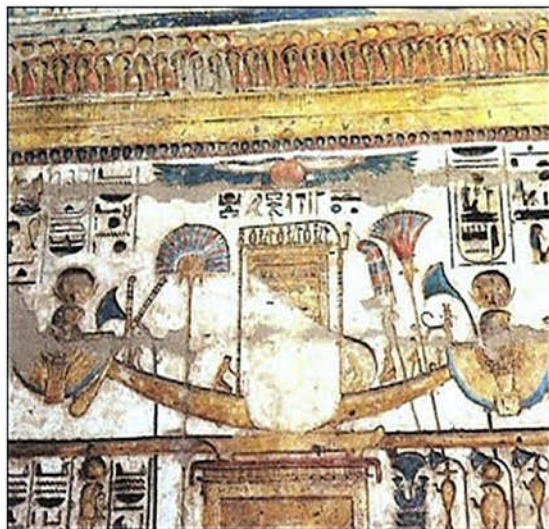
Ante la escasez de información, la composición étnica de la flota tolemaica depende en último término de nuestra propia concepción del Estado tolemaico en uno de sus aspectos decisivos: la participación del elemento indígena. Todavía suele ser lugar común la idea de que los egipcios o bien formaban parte de las clases bajas o bien eran altos sacerdotes, permanecieron al margen del Helenismo y no alcanzaron altos puestos en el estado. Una imagen que ha llevado afirmar que el personal cualificado era mercenario y por tanto no egipcio y el músculo lo ponían los indígenas campesinos obligados a servir en la flota. Debemos pensar tanto en el personal de combate como en los remeros en un reclutamiento mixto de elementos no egipcios (macedonios, griegos, asimilados, cretenses, egeos, fenicios) y egipcios. Con la retirada tolemaica del Egeo el elemento egipcio debió aumentar su importancia y en el siglo I, al menos en la tripulación armada (y posiblemente también en los remeros), tenemos la impresión de un abrumador predominio egipcio.

Semejante flota suponía un esfuerzo prodigioso para el estado tolemaico, una ingente cantidad de dinero líquido, de pagos en dinero y especies, una enorme labor de abastecimiento y una extraordinaria capacidad organizativa. La flota consumía dinero, mercancías y trabajo y su financiación era tan compleja como la misma flota. De hecho, la armada detraía enormes cantidades del tesoro real y, junto con el ejército, debía suponer el mayor gasto de la hacienda tolemaica.

A finales del siglo III estas grandes fortalezas flotantes desaparecieron en favor de buques más pequeños y las flotas que combatieron a partir del siglo II llevaban como buques más grandes quinquerremes y cuadrirremes y poseían un gran número de buques menores como trirremes y trihemiolias.

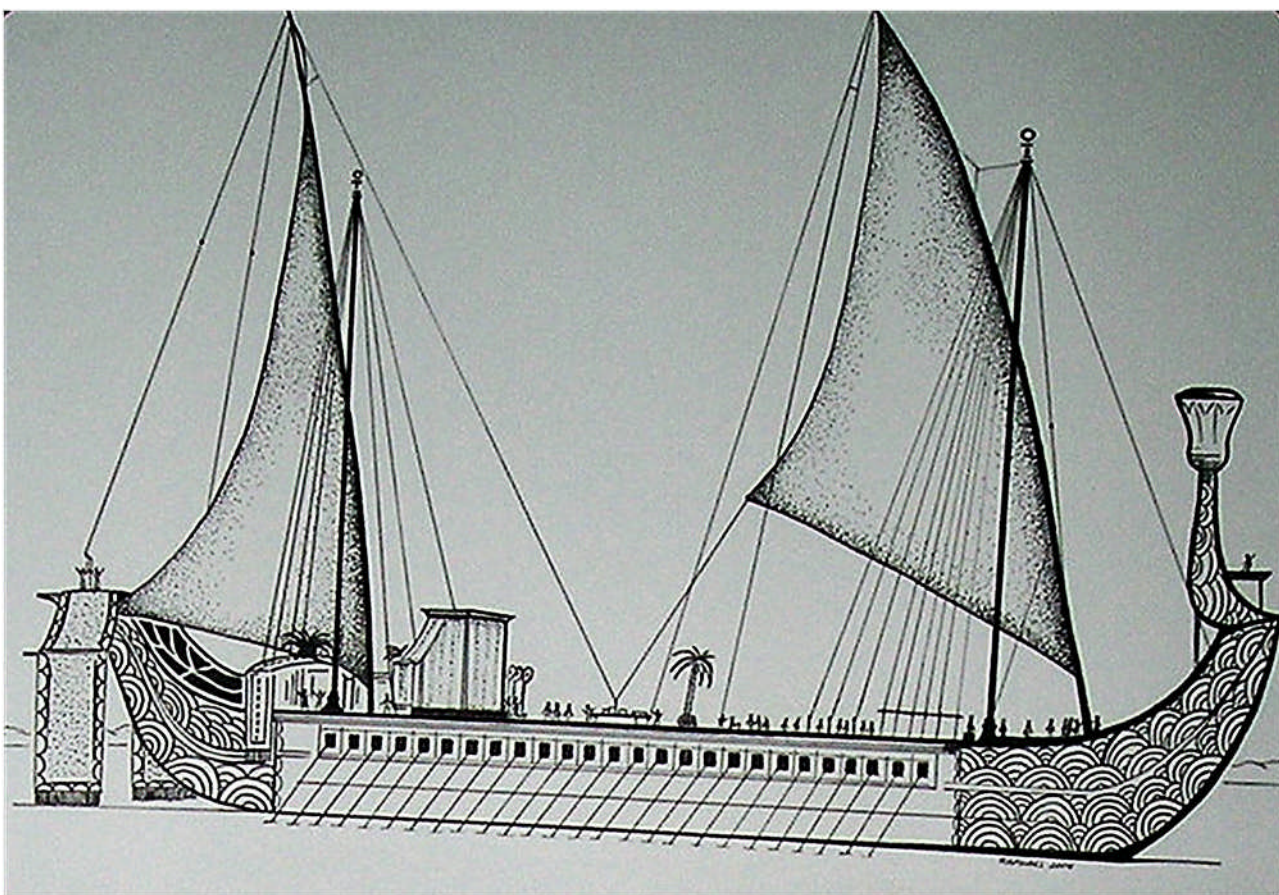
Las razones de esto son variadas y algo mejor conocidas para el Egipto tolemaico: el enorme coste de la flota hizo insostenible tal carrera naval y el mantenimiento del número y capacidad de los tipos más pesados, a lo que hay sumar la crisis del estado egipcio y los enfrentamientos dinásticos que disminuyeron las posibilidades financieras de la flota y la presencia egipcia en el exterior y el hecho de que los otros dos grandes poderes se retiraron también del Mediterráneo: los antigónidas ocupados en Grecia y los Seléucidas preocupados por la desintegración de su imperio. Tras la caída de ingresos y del control de materias primas por la pérdida del imperio mediterráneo, la dureza de la fiscalidad provocó revueltas campesinas y bandidaje endémico e incluso movimientos independentistas. Como resultado de esta crisis la política exterior egipcia se retrae y Egipto apenas interviene en el Egeo. En este contexto, Antíoco III da el primer gran golpe al imperio egipcio, en la Quinta Guerra siria arrebató a Egipto las posesiones egeas y Celesiria.

En el 196 no le quedan a Egipto más que Chipre, Tera, algunas plazas en Grecia oriental y la Cirenaica, una considerable reducción de prestigio, soldados e ingresos, pero la pérdida de la Celesiria resulta fatal: Egipto queda prácticamente indefenso. Finalmente Roma se anexionó la Cirenaica en 96 y Chipre en 58.





En definitiva, en los últimos años del siglo III, tocaban a sus fin dos siglos prodigiosos y apasionantes de inventos y desarrollos técnicos en el terreno de la construcción naval, siglos que no deben ser vistos como de crisis y decadencia sino como el despliegue de Grecia. Entonces a la flota tolemaica aún le quedaban ciento cincuenta años de historia y, tras un período obscuro, la propia vida y muerte de Cleopatra VII no dejan de poner un digno cierre a tres centurias de apasionante historia.



Barco de Cleopatra VII



# Preparativos para la batalla de Accio

Sabedores M. Antonio y Cleopatra de la situación en la que se encontraban, entendían perfectamente que el siguiente paso de Octavio era enfrentarlos militarmente, por lo que deciden también iniciar los preparativos bélicos. Miles de hombres en Atenas y Alejandría se dedican con gran ahínco a construir los barcos que se van a necesitar y también en pertrechar las naves así como equipar al ejército. Mientras pasaban el invierno en Efeso (puerto en la costa occidental de Lidia, frente a la isla de Samos) movilizan sus tropas hacia las costas occidentales de Grecia. Su ejército estaba constituido por 19 legiones con un total de 65,000 hombres, sin incluir los elementos de apoyo que sumaban cerca de 10,000 así como 12,000 jinetes.



Cleopatra estaba muy deseosa de lograr el éxito en esta aventura militar, ya que ella consideraba esta guerra más como propia que de M. Antonio, debido a que el triunfo aseguraba a su hijo Cesarión y a los Ptolomeos, su estirpe, la seguridad, tranquilidad y continuidad en el imperio que heredarían. Decidida a ganar como estaba esta confrontación, no reparó en gastos y proporcionó a M. Antonio 160 transportes y cerca de 100 naves de guerra. También contribuyó con 20,000 talentos para los gastos operativos así como el pago de alimentos y salarios de los elementos del ejército y marina. Es necesario acotar que algunos oficiales romanos deseaban que ella regresara a Egipto, especialmente Canidio Craso, responsable de la caballería, pero ella rehusó terminantemente retirarse, naturalmente que contaba con el apoyo incondicional de M. Antonio. En el mes de septiembre del 32 a.c. el ejército y la flota se encontraban ya en el mar jónico. Las tripulaciones de estas naves sumaban entre 120,000 y 150,000 hombres.

Es importante hacer notar que los barcos de M. Antonio tenían un mayor tonelaje que los de Octavio, lo cual les daba cierta ventaja en un enfrentamiento pensado en el abordaje, pero por el contrario carecían de la movilidad necesaria para rápidos movimientos de defensa y ataque. Por lo demás poseían gran similitud en armamento y accesorios bélicos. En ambas escuadras en los buques de mayor calado se habían levantado torres para la artillería, sus costados estaban protegidos por tiras de madera reforzadas con hierro, también portaban catapultas para lanzar el harpax o harpago, este instrumento consistía en un mástil de madera de más de dos metros de longitud, reforzado con hierro, en uno de sus extremos llevaba un gancho de este metal, y en el otro un anillo en el que pasaban una cuerda. El mástil estaba gobernado por una cabría, de modo que cuando el instrumento, arrojado por una catapulta, había hecho presa en la nave enemiga, podían mantenerse las cuerdas tirantes. Así también portaban el corvus, cuervo o puente del barco, este instrumento estaba dotado de garfios en los extremos y gracias a un mástil fijado ex profeso a proa el puente podía ser alzado verticalmente, maniobrando a derecha e izquierda y al ser abatido sobre la nave enemiga quedaba firmemente sujeto por los ganchos pudiendo pasar entonces la tropa de abordaje.



# MOVIMIENTOS PREVIOS A LA BATALLA DE ACCIO

El ejército de M. Antonio pasa el invierno (32 a.c.) en la línea Coreyra-Methone (Modon un poco al sur de Navarino) y el contingente principal ocupa Accio, ubicado al sur de la estrecha entrada al Golfo de Ambrasia (Arta).

El puesto de mando de M. Antonio quedó establecido en Patrás (Golfo de Patrás). Todo el aprovisionamiento de víveres para sus tropas y para los hombres de su armada debía transportarlo desde Egipto, ya que Grecia no estaba en condiciones de sostener ejércitos tan numerosos.



**Marco Antonio**

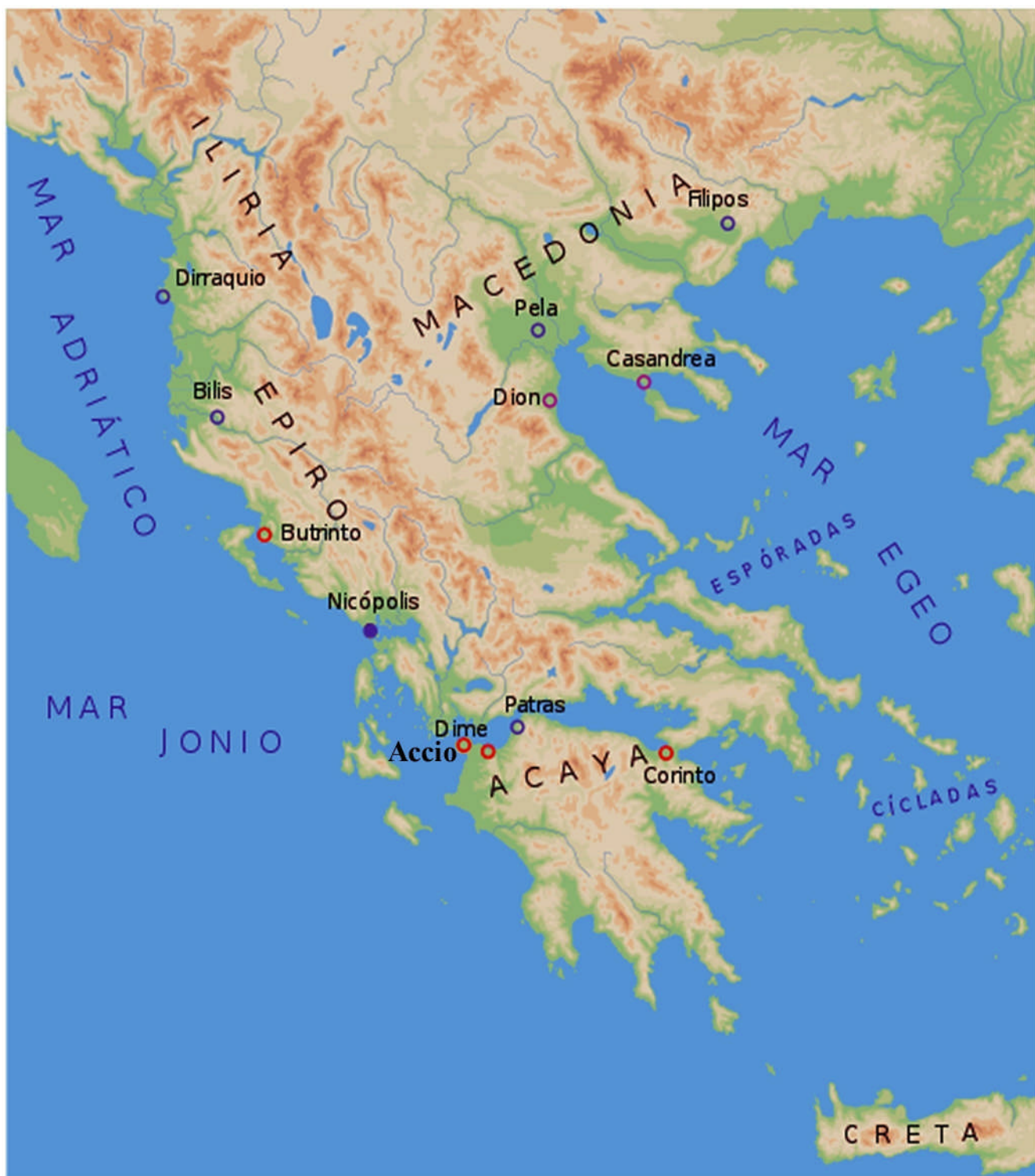


**Octavio**

Octavio mientras tanto afinaba su estrategia. Cuando termina de avituallar sus tropas y flota toma la decisión de buscar a M. Antonio y enfrentarlo. Deja Roma al cuidado de Mecenas, toma el mando del ejército y nombra a Marco Vipsanio Agripa comandante de la flota. El ejército estaba compuesto de 80,000 soldados de infantería y 12,000 jinetes.

Su flota estaba formada de mas de 400 buques. Finalmente moviliza su ejército hasta Tarentum (Tarento) y la armada a Brundisium (Brindisi).





En la costa extraordinariamente abrupta del norte de Grecia, la violencia del mar había abierto en un punto, en los contrafuertes de la montaña, un espacio de 20 kilómetros de anchura por unos 50 de profundidad, cuya entrada, en la que sobresalía el promontorio de Accio, tenía apenas un kilómetro. Era el golfo de Ambracia, modernamente llamado de Arta, de valor inapreciable como refugio contra los vientos o las tempestades, pero muy peligroso en tiempos de guerra para una flota perseguida, ya que es mucho más fácil de aislar que los Dardanelos, cuyo acceso es diez veces más ancho.



A principios del año 31 a.c. y antes de lo que M. Antonio esperaba, la expedición de Octavio se pone en marcha. Agripa zarpa con la mitad de la flota, cruza el mar jónico con la intención de atacar Methone y empezar a cerrar las vías de aprovisionamiento del enemigo. Captura Methone y también muchas naves enemigas que se encontraban en el puerto, y que estaban cargadas de trigo y municiones. Esto preocupa grandemente a M. Antonio ya que la pérdida de este puerto le dificulta el transporte de abastecimientos desde Egipto hasta sus bases navales y de infantería, que se encontraban más al norte. Mientras esto ocurre en el mar, Octavio cruza el canal de Otranto y desembarca cinco cohortes pretorianas y ocho legiones en las costas del Epiro, desembarcando en el puerto de Panomus (Palermo, Albania).



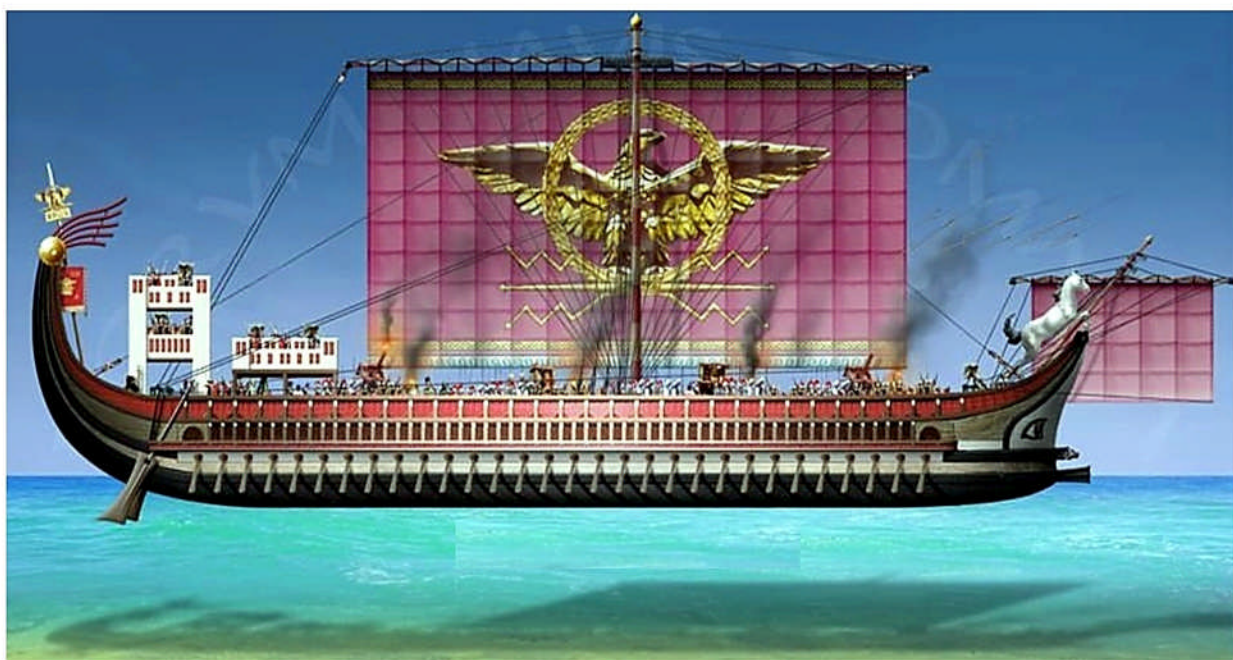
**Localización del canal de Otranto**

Decide lanzar un fuerte y rápido ataque contra Accio, que se encontraba a 160 kilómetros al sur y donde aún estaban estacionadas todas las tropas de M. Antonio. Habiendo casi logrado su objetivo, sorprender a las fuerzas de M. Antonio, es descubierto por una escuadra de reconocimiento, por lo que decide ocupar una posición a ocho kilómetros al norte de Accio, desde donde podía ver una amplia extensión de terreno al norte y hacia la bahía de Ambrasia al sur y este. A kilómetro y medio al este se encontraba la bahía de Comarus que curiosamente las fuerzas de M. Antonio no habían ocupado, por lo que procede a fortificarla, construye dos muros de atrincheramiento (sur y norte) y que se prolongan hasta el mar, quedando de ese modo protegido de cualquier ataque sorpresa.



Como el ejército de M. Antonio aún estaba invernando, esta acción de Octavio los tomó por sorpresa, por lo que opta por fortificarse en Prevesa y también construye un terraplén que lo comunica con el pequeño puerto donde se encontraba una escuadra de su flota. Todos estos sucesos y sorpresas nos asombran, porque no podemos olvidar que la experiencia de M. Antonio en el campo de batalla, adquirida en las campañas de Palestina y Egipto, su lucha en las Galias y la campaña contra Pompeyo, bajo el mando de Julio Cesar, era muy superior a la de Octavio, por ese motivo sus oficiales y tropas querían que la lucha se diera y decidiera en tierra y no en el mar; el hecho de no ser tomada en cuenta esta opinión, fué motivo de gran malestar entre las legiones y es en gran medida la causa de los acontecimientos que se dieron y que veremos adelante.

Mientras estos acontecimientos se daban las naves de Agripa realizan una súbita y arriesgada maniobra atacando y apoderándose de Leudas y de los barcos que ahí se encontraban. Luego captura Patrás y continúa su avance por el Golfo de Corinto, hasta llegar y tomar la ciudad de Corinto y las naves de abastecimiento que allí también estaban ancladas. Estas acciones navales cortan completamente el camino a las provisiones que como ruta alterna, podrían pasar a través del istmo de Corinto hasta las fuerzas de M. Antonio.



Barco de Agripa

Esta maniobra lo deja aislado del Peloponeso y lo que es aún mas grave, cancela sus principales vías de aprovisionamiento desde Egipto ya que como hemos visto anteriormente, una escuadra de Agripa ya había tomado el puerto de Methone. Todas estas capturas de puertos así como el consecuente bloqueo de sus rutas marítimas significan un muy serio revés y le crean un grave problema logístico, por lo que se ve obligado a organizar una ruta emergente para el suministro de víveres y pertrechos desde el Golfo de Ambrasia, pasando a través de las montañas de la Grecia central, hasta el golfo de Malia hasta el mar Egeo una distancia aproximada de 130 km. y por medio de porteadores acarrear los suministros, con la consiguiente distracción de parte de sus fuerzas y también la inseguridad y tardanza del aprovisionamiento. La inactividad le podría acarrear a las fuerzas de Antonio quedar atrapadas entre las tropas de Octavio por el norte y la flota de Agripa por el sur, por lo que decide emprender movimientos estratégicos con el fin de inmovilizar a Octavio en su campamento cerca de Comarus y luego atacarlo por el norte con su caballería.



Es urgente llevar estas acciones a buen término antes de la llegada de la flota de Agripa, por lo que ordena a Canidio el avance de la caballería desde su campamento al este, al norte del estrecho, acampando a tan solo tres kilómetros del campamento de Octavio. Esperando para poder iniciar el ataque, completa su siguiente movimiento, que consiste en transportar sus tropas a través del golfo hasta la desembocadura del río Luro (13 kilómetros), con la intención de aislar a las tropas de Octavio de su principal fuente de abastecimiento de agua que justamente la tomaban de este río. Octavio enterado de estos movimientos y sabiendo el riesgo que corría envía su caballería para atacar a las fuerzas que Antonio había desembarcado. Éste ya estaba preparado para el enfrentamiento y había dispuesto su caballería para atacar pero sucede algo inesperado, parte de la caballería deserta, lo cual debilita de tal modo la posición de sus fuerzas que se desbarata su plan de ataque, por lo que decide retirar su destacamento hacia el sur, quedando de ese modo sitiado en vez de haberlo sido Octavio. Debido a este grave revés o por los problemas de abastecimiento o por el disgusto que sentían hacia la participación de Cleopatra en estas acciones militares o quizás también porque apreciaban que las acciones de Octavio tenían las de ganar, los oficiales de M. Antonio le sugieren que la flota fuera abandonada (ya que muchos barcos estaban sin tripulación, bien sea por desertiones o por enfermedades de los marineros), y retirarse hacia el este, a Macedonia donde lo agreste del terreno le serviría para sacar mas ventaja en la lucha contra Octavio y también estar mas cerca de sus nuevas líneas de aprovisionamiento.



**Quinquereme romano**

**Las noticias de la derrota de Sosio frente a Agripa llevaron a Antonio a regresar a su campamento, donde se desató un debate en torno a la cuestión de si se abandonaba la flota y se dirigían al norte, a Macedonia, donde todavía se encontrarían aliados, o se guarnecía el mayor número posible de barcos de guerra con los mejores soldados y se intentaba otro ataque por mar. Si esta última opción salía bien, Antonio podría poner rumbo a Egipto y, tal vez, reunir otro ejército. Antonio no era un comandante naval experimentado, pero los argumentos a favor de una batalla naval, defendidos sobre todo por Cleopatra, eran sólidos. Aunque consiguiera alejarse con el ejército íntegro, abandonando la flota también se separaba de las legiones que todavía le eran leales en Siria y Cirenaica.**

Estas opiniones no fueron del agrado de Cleopatra quién se opone, convencida como estaba, a que el triunfo en esta guerra se tendría en un enfrentamiento naval. Marco Antonio, aunque le tenía poca confianza a la flota, convino con el punto de vista de la reina de Egipto, así que ordena quemar todos los barcos que estuvieran sin tripulación por enfermedad de sus marineros o por que no pudieran ser tripulados por problemas estructurales.

Todos estos sucesos eran del conocimiento de Octavio gracias a los informes que continuamente le transmitían los desertores, principalmente de Quinto Delio, ex amante de Cleopatra que había también desertado y le proporcionó mucha información sobre los movimientos y tropas del enemigo. Atemorizada Cleopatra por todos estos acontecimientos y temerosa de perder la totalidad de su flota llegó a alarmarse, perdiendo la entereza que pretendía insuflar. Antonio es contagiado por lo mismos temores y ambos deciden trazar un plan de ataque considerando la posibilidad de huir.



Todos estos planes fueron desarrollados en el mas completo secreto, con el fin de que sus aliados no pensaran que huían, sino mas bien dando la impresión que pensaban librar una batalla naval en toda regla. El plan de Marco Antonio estaba bien pensado ya que disponía su flota organizándola para la victoria o preparándola para la derrota y la inmediata huida. No olvidemos que Marco Antonio aún tenía en Egipto, Cirenaica y Siria mas de siete legiones listas para cualquier contingencia, mas las tropas y naves que en un momento dado podía reunir Cleopatra en Egipto y las fuerzas tanto de tierra como de mar, que lograra salvar del combate en Accio; sin lugar a dudas que sería un hueso duro de roer para cualquiera que quisiera desembarcar en sus territorios. Seguramente que debido a los reveses sufridos en tierra y los graves problemas de abastecimiento, Marco Antonio pensara que aún perdiendo el combate en Accio podría defenderse ventajosamente y muy probablemente derrotar a las tropas de Octavio en las costas de África del Norte, de ahí el porque de su estrategia para el combate en Accio frente a las naves de Agripa.



Marco Antonio y Cleopatra. La salida hacia Actium.  
TAPIZ DE BRUSELAS S. XVII C. 1620

En el plan de batalla decidido para el enfrentamiento contra las naves de Agripa, se había tomado en cuenta aprovechar las condiciones climáticas de la zona. En la costa, esa mañana, sopla un viento marero (del mar hacia tierra) durante la estación veraniega, pero a mediodía cambia y viene del noroeste con cierta fuerza. Antonio sabía que al levar anclas se iba a encontrar de frente con la flota enemiga procedente de altamar, por lo que planeaba utilizar el viento del medio día cuando éste cambiara de dirección, para proceder a rodear el ala izquierda enemiga. Obligándolos a dirigirse a sotavento de esta manera aliviaba la presión que tenía sobre su campamento en Accio. En el supuesto de que la flota de agripa quedara dispersa o bien fuera destruida, el movimiento que Marco Antonio tenía pensado era utilizar sus fuerzas de infantería y navales para sitiar el campamento de Octavio en la costa, inmovilizarlo y obligarlo a rendirse por hambre. Y en caso de que les fallara este plan pondrían en práctica el movimiento que ya tenían previsto, de acuerdo a éste en el caso de ser derrotados enfilarian las proas de las naves que quedasen rumbo a Alejandría, y así tendrían la oportunidad de reorganizar sus fuerzas.

Mientras tanto, en el campo contrario, Octavio, que era constantemente informado de los movimientos de Antonio, se entera que éste alistaba sus naves y planeaba zarpar y atacarlo. Octavio sugiere a Agripa aprovechar esta circunstancia y atacarlos por la retaguardia, pero Agripa, que tenía mejores dotes estratégicas que Octavio, no estuvo de acuerdo y se preparó para un enfrentamiento y no una persecución. Dispuso su flota de tal forma que quedaba posicionada frente al enemigo en el estrecho de Prevesa, esperando que éste saliera. La flota de Agripa estaba compuesta por 400 barcos y de 35.000 a 40.000 legionarios.

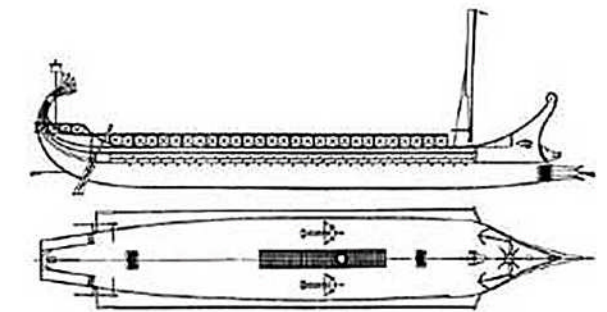


# LA BATALLA DE ACCIO

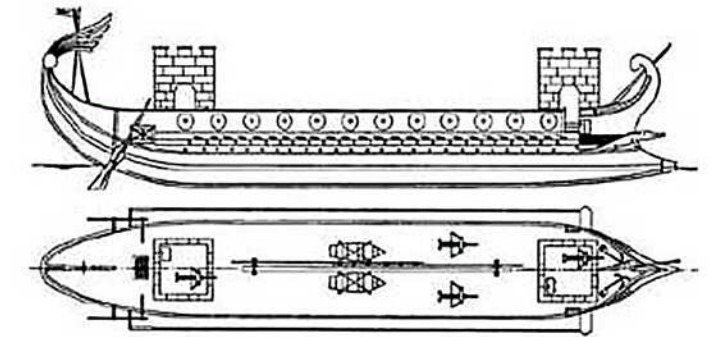
El día 2 de septiembre y tras una temporada de tiempo tormentoso el mar se calmó. La flota de Marco Antonio salió a fuerza de remos, esperando que el tiempo cambiase. Su flota la había dividido en seis escuadrones de línea divididas en ala derecha, centro y ala izquierda. La primera línea, la derecha, se basaba en 170 naves la cuales estaban bajo su mando personal; la segunda línea, la del centro, estaba dirigida por Marco Octavio y la tercera estaba dividida en dos contingentes bajo el mando de S. Sosio. En la retaguardia y con el fin de impedir cualquier deserción la línea derecha y del centro estaban formadas por las naves que eran dirigidas por Cleopatra, las cuales eran conducidas por sus mercenarios de mas confianza. La intención de Marco Antonio era envolver la línea izquierda enemiga, pero debido a que esta maniobra provocaría una abertura en su línea, con el consiguiente debilitamiento de su flanco izquierdo, estaba planeado que cuando avanzara las naves de Cleopatra se situaran a su izquierda, llenando el hueco entre dicha izquierda y el debilitado centro. Agripa había dispuesto su flota de tal manera que él tomaba bajo su dirección personal la izquierda, el centro lo deja al mando de Arruncio y la derecha era dirigida por Octavio. Igual que Marco Antonio también él estaba esperando un viento favorable para proceder a rodear el ala derecha de su enemigo. Como ya lo habían previsto ambos bandos el viento empezó a cambiar cerca del mediodía. De inmediato tanto Marco Antonio como Agripa se ponen en movimiento para tratar de envolver el flanco exterior de su enemigo; de tener éxito esta maniobra le daría al vencedor un mejor posicionamiento estratégico.



La Batalla de Actium, pintada por Lorenzo A. Castro.



Liburnian Bireme



Quinquereme

Como era de esperar ese desplazamiento de naves hace que se debilite el centro el cual debería ser reforzado por la naves de retaguardia. Inicia el combate Marco Antonio con tan mala fortuna que en el primer encuentro pierde entre diez y quince naves y también la suya propia, que fué apresada, probablemente por un harpax o harpago (diferentes historiadores mencionan "que muy al principio del combate fué inmovilizada la embarcación de M. Antonio").

La batalla era tan reñida que indudablemente Marco Antonio había planeado ganarla y tenía grandes deseos de que este triunfo fuera rápido y total (algunos historiadores opinan que Marco Antonio unicamente pensaba en retirarse a Egipto, cosa difícil de creer teniendo en cuenta su carácter y su experiencia como militar). Sea como fuere, sabedor Agripa de que sus naves eran mas ligeras y maniobrables, emplea una táctica que consistía pegar con el espolón y retirarse, su intención era hundir la nave enemiga o romperle la línea de remos al primer intento, en caso de no lograrlo retrocedían y volvían a intentarlo, siempre evitando ser abordados debido a que los barcos de la flota de Antonio tenían mayor cantidad de soldados. Trataban siempre de esquivar los proyectiles de largo alcance así como la lucha cuerpo a cuerpo. En el lado de Marco Antonio las maniobras estaban dirigidas a alcanzar a las naves enemigas con una gran cantidad de piedras y flechas, lanzarles garfios de hierro, sujetarlos y luego abordarlos.



# BATALLA DE ACCIO

2 de septiembre de 31 a. C.

**1** El 2 de septiembre del año 31 a.C., en el Golfo de Ambracia y el promontorio de Actium se lleva adelante el enfrentamiento entre las tropas romanas lideradas por Octavio y Marco Vispanio Agripa y las egipcias, lideradas por Marco Antonio y Cayo Sosio.

1-CLEOPATRA  
2-MARCO ANTONIO  
3-CAYO SOSIO  
4-LUCIO PUBLICOLA

5-MARCO LURIO  
6-MARCO AGRIPA  
7-LUCIO ARRUNCIO  
8-OCTAVIO

MARCO  
ANTONIO

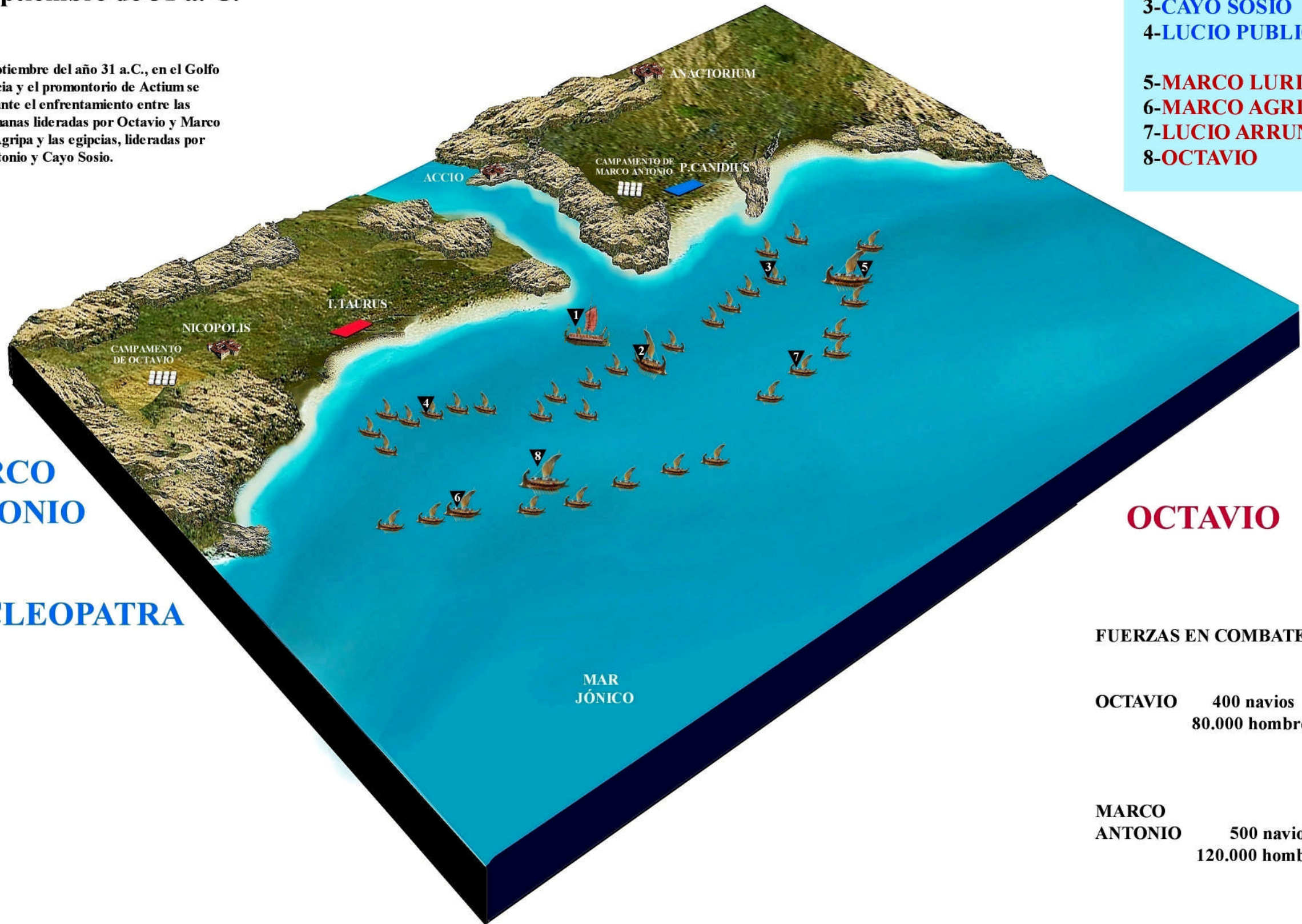
CLEOPATRA

OCTAVIO

FUERZAS EN COMBATE

OCTAVIO 400 navios  
80.000 hombres

MARCO  
ANTONIO 500 navios  
120.000 hombres





# BATALLA DE ACCIO

**1** Marco Antonio dispuso sus tropas cerca de la costa pues ese era el único modo de no ser rodeados por los romanos, pero no contó que esto provocaría un estancamiento. Aprovechando el viento, la flota de Marco comenzó a avanzar mar adentro pues Agripa se estaba acercando demasiado, pero el líder romano previendo esto, envió su ala izquierda para desdoblarle.

1-CLEOPATRA  
2-MARCO ANTONIO  
3-CAYO SOSIO  
4-LUCIO PUBLICOLA

5-MARCO LURIO  
6-MARCO AGRIPA  
7-LUCIO ARRUNCIO  
8-OCTAVIO

MARCO  
ANTONIO

CLEOPATRA

OCTAVIO

MAR  
JÓNICO

**2** Por su parte, Marco Lurio comienza una maniobra envolvente por el ala izquierda de la flota de Antonio, contra su comandante Cayo Sosio, que, adivinando las intenciones de su enemigo, se prepara para la contención.



## Marco Vipsanio Agripa



Agripa nació entre el 64 y el 62 a. C., siendo posible que su fecha de nacimiento estuviese comprendida entre el 23 de octubre y el 23 de noviembre del calendario. Agripa nació en las zonas rurales en las afueras de Roma, en el seno de una rica familia del rango ecuestre. Su padre pudo haberse llamado Lucio Vipsanio Agripa, y tuvo un hermano mayor cuyo nombre fue también Lucio Vipsanio Agripa y una hermana llamada Vipsania Pola. La familia, hasta el momento, no había sido prominente en la vida pública romana. Agripa tenía aproximadamente la misma edad que Octaviano (el futuro emperador Augusto), y los dos fueron educados juntos y llegaron a ser buenos amigos.



Dion Casio relata así la batalla de Accio: "El mar rugía bajo el golpetazo de los remos cuando las pequeñas y estrechas galeras realizaban el asalto, procurando esquivar los proyectiles adversarios. De vez en cuando conseguían atravesar el casco de un navío, y si fracasaban retrocedían a toda prisa antes de que pudiera alcanzarlos; después volvían a atacar al mismo barco o cualquier otro que estuviese en mala situación. Las galeras de Octavio parecían saltar sobre las aguas, unas veces hacia delante, otras hacia atrás, como jinetes que hacen evolucionar sus monturas; las galeras de Antonio, en cambio, intentaban protegerse como si mantuvieran a raya a una pesada infantería".



Naturalmente podemos deducir que los remeros y pilotos de la flota de Agripa, eran los que llevaban todo el peso del combate y soportaban los mayores esfuerzos, agotamientos y sufrimientos. En el otro bando eran los marinos los que aguantaban la mayor carga del enfrentamiento, defendían su posición tratando a como diera lugar de contener al enemigo y también tratando de hundirlo utilizando piedras y máquinas de guerra. Los bajeles ligeros de Octavio y Agripa fueron paulatinamente imponiéndose sobre la flota mas pesada de Marco Antonio. Cuando las naves de la formación de Marco Antonio se encontraban enfrascadas en fuerte duelo, le informan que las formaciones de su centro e izquierda se habían retirado del combate reotrnando al puerto; al observar esta retirada, dos de las escuadras que formaban parte de la propia formación de Marco Antonio como no podían regresar al puerto debido a que la flota de Cleopatra les cerraba el paso, levantan sus remos en señal de rendición.



Cleopatra, quién por su ubicación podía observar todos estos sucesos mejor que Antonio, deduce que la batalla está totalmente perdida y toma una decisión que resulta determinante en el resultado de la contienda: presa de un ataque de pánico decide retirarse de la batalla a toda costa lo más rápidamente posible en dirección a Egipto. No se sabe con certeza el grado de compromiso que habían adquirido tanto Antonio como Cleopatra en la decisión del abandono de la batalla ante una posible adversidad. Posiblemente Cleopatra no esperó lo suficiente y se precipitó en su huida dando anticipadamente la batalla por perdida. Marco Antonio, al ver que el barco de la reina abandona todo y a todos, toma la insensata y sorprendente decisión de seguirla en su huida. Hemos comentado que ambos habían pactado esta estrategia, aunque posiblemente la reina egipcia no esperó lo que debiera para tomar esa decisión durante el transcurso de la batalla, que si bien comenzaba a decantarse favorablemente por el lado de Octavio, todavía el ejército de Antonio se encontraba dispuesto a resistir. Estos soldados esperaban aún que el liderazgo de su general y su reina les llevara a la victoria. Esta idea desapareció de sus mentes a la misma velocidad que los navíos de ambos se retiraban de la batalla.

La reina ordena a su tripulación izar las velas del Antonia y con su nave a todo trapo se abre camino hacia altamar pasando por entre las escuadras en combate. Al ver esto algunas naves de Marco Antonio que aún estaban combatiendo empezaron a izar las velas y a arrojar al mar las torres de artillería y cuanto implemento bélico pesado tuvieran con el fin de aligerar el peso de la nave y poder huir mas rápidamente.



Barco de Marco Antonio



# BATALLA DE ACCIO

**1** Cuando la flota de Marco se percató de ello, procuró maniobrar al norte para esquivarlos pero se alejó del centro. De este modo cayó en el error de hacerse mar adentro como quería Agripa. La flota romana era mucho más ágil que la egipcia y muy pronto les dieron alcance, derrotando las que eran dirigidas por Lucio Publicola.

1-CLEOPATRA  
2-MARCO ANTONIO  
3-CAYO SOSIO  
4-LUCIO PUBLICOLA

5-MARCO LURIO  
6-MARCO AGRIPA  
7-LUCIO ARRUNCIO  
8-OCTAVIO

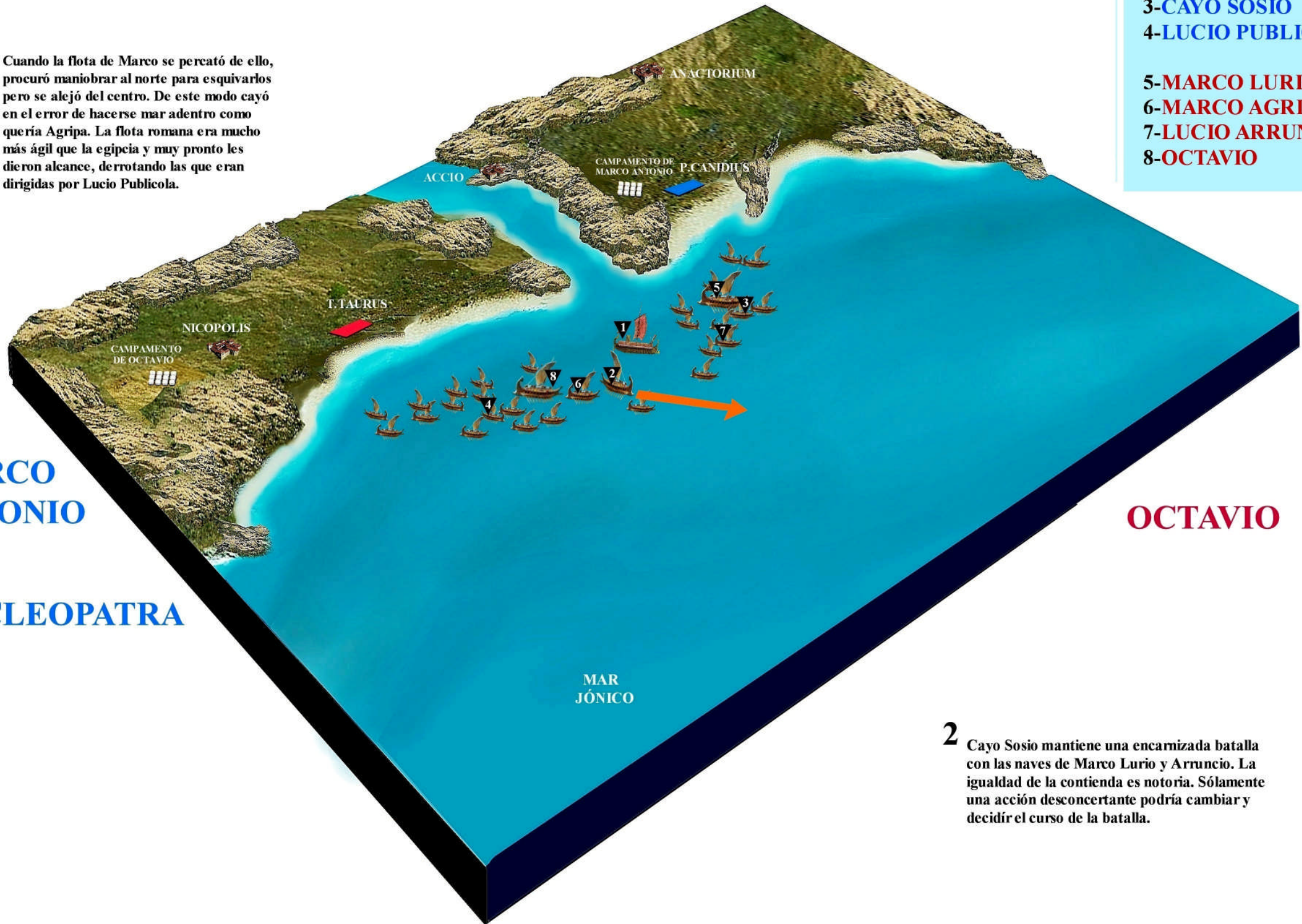
MARCO  
ANTONIO

CLEOPATRA

OCTAVIO

MAR  
JÓNICO

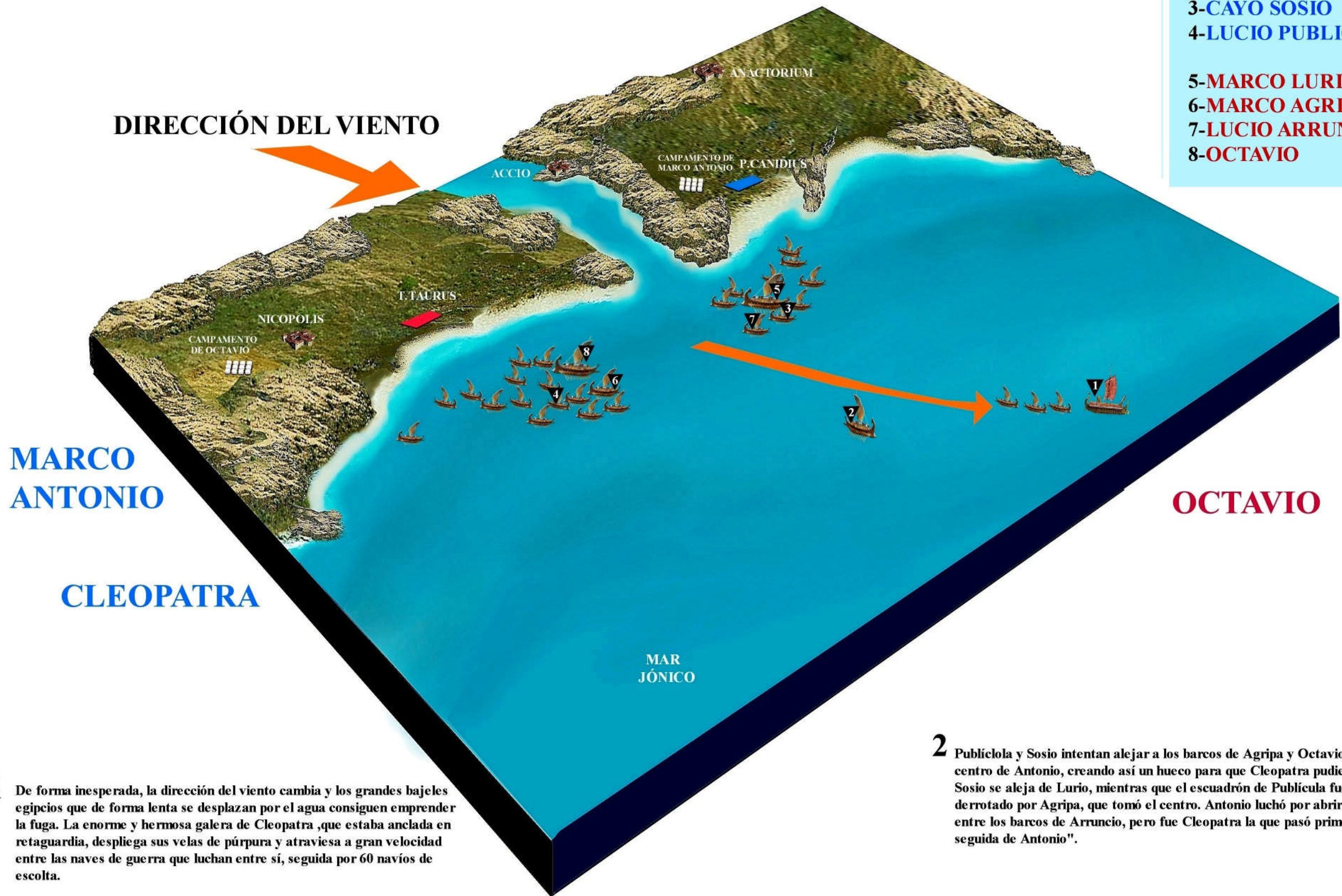
**2** Cayo Sosio mantiene una encarnizada batalla con las naves de Marco Lurio y Arruncio. La igualdad de la contienda es notoria. Sólo una acción desconcertante podría cambiar y decidir el curso de la batalla.





# BATALLA DE ACCIO

- 1-CLEOPATRA
- 2-MARCO ANTONIO
- 3-CAYO SOSIO
- 4-LUCIO PUBLICOLA
- 5-MARCO LURIO
- 6-MARCO AGRIPA
- 7-LUCIO ARRUNCIO
- 8-OCTAVIO



**1** De forma inesperada, la dirección del viento cambia y los grandes bajeles egipcios que de forma lenta se desplazan por el agua consiguen emprender la fuga. La enorme y hermosa galera de Cleopatra ,que estaba anclada en retaguardia, despliega sus velas de púrpura y atraviesa a gran velocidad entre las naves de guerra que luchan entre sí, seguida por 60 navíos de escolta.

**2** Públicola y Sosio intentan alejar a los barcos de Agripa y Octavio del centro de Antonio, creando así un hueco para que Cleopatra pudiese huir. Sosio se aleja de Lurio, mientras que el escuadrón de Públicola fue derrotado por Agripa, que tomó el centro. Antonio luchó por abrirse paso entre los barcos de Arruncio, pero fue Cleopatra la que pasó primera, seguida de Antonio".



Mientras esto sucedía, las naves de Agripa, debido a que muchas de ellas carecían de velas y no podían ir en persecución de las naves fugitivas, deciden atacar con redobladlos bríos a las naves que aún se sostenían en la lucha arremetiendo varias simultaneamente a una sola, atacándola, abordándola por babor y estribor y capturándola. La lucha se volvió muy encarnizada. Las naves de Agripa también trataban de hundir las naves enemigas aplastando remos y timones, pero las fuerzas de Marco Antonio se protegían arrojando gran cantidad de piedras, venablos y flechas. La resistencia de las fuerzas de Marco Antonio era formidable pero les era imposible continuar batallando con fuerzas tan superiores, y sin la experiencia de un comandante experimentado. Fueron presa fácil de las naves de Agripa y a pesar de la tenaz resistencia que ofrecían, a medida que avanzaba el día las bajas aumentaban. Mientras esto sucedía en el mar las tropas en tierra, incrédulas e incapaces de prestarles ayuda, observaban cómo el mar se iba cubriendo de los cadáveres de sus compañeros y de los restos de las naves hundidas. Enterado de que las tropas comandadas por Canidio aún seguían luchando, Marco Antonio envía órdenes a éste para que se retire rápidamente de Macedonia a Asia. Canidio al recibir estas órdenes inicia los preparativos para partir pero las tropas que habían sido testigos de la tremenda derrota que había sufrido la flota, se revelan y se pasan a las fuerzas enemigas.



Canidio, con las fuerzas leales que aún le quedan, se retira rumbo a Egipto. Octavio y Agripa no supieron dimensionar lo trascendente de esta victoria y en vez de perseguir las naves del enemigo prefirieron esperar hasta el amanecer para aceptar la rendición de cerca de 300 naves desertoras e incendiar las que estaban maltrechas y sin tripulación. Horas después de haberse retirado de la batalla, Marco Antonio alcanza la nave de Cleopatra y se traslada a ella. Completamente abrumado por la derrota se sienta en la proa, "guardando silencio y tomándose la cabeza entre las manos".

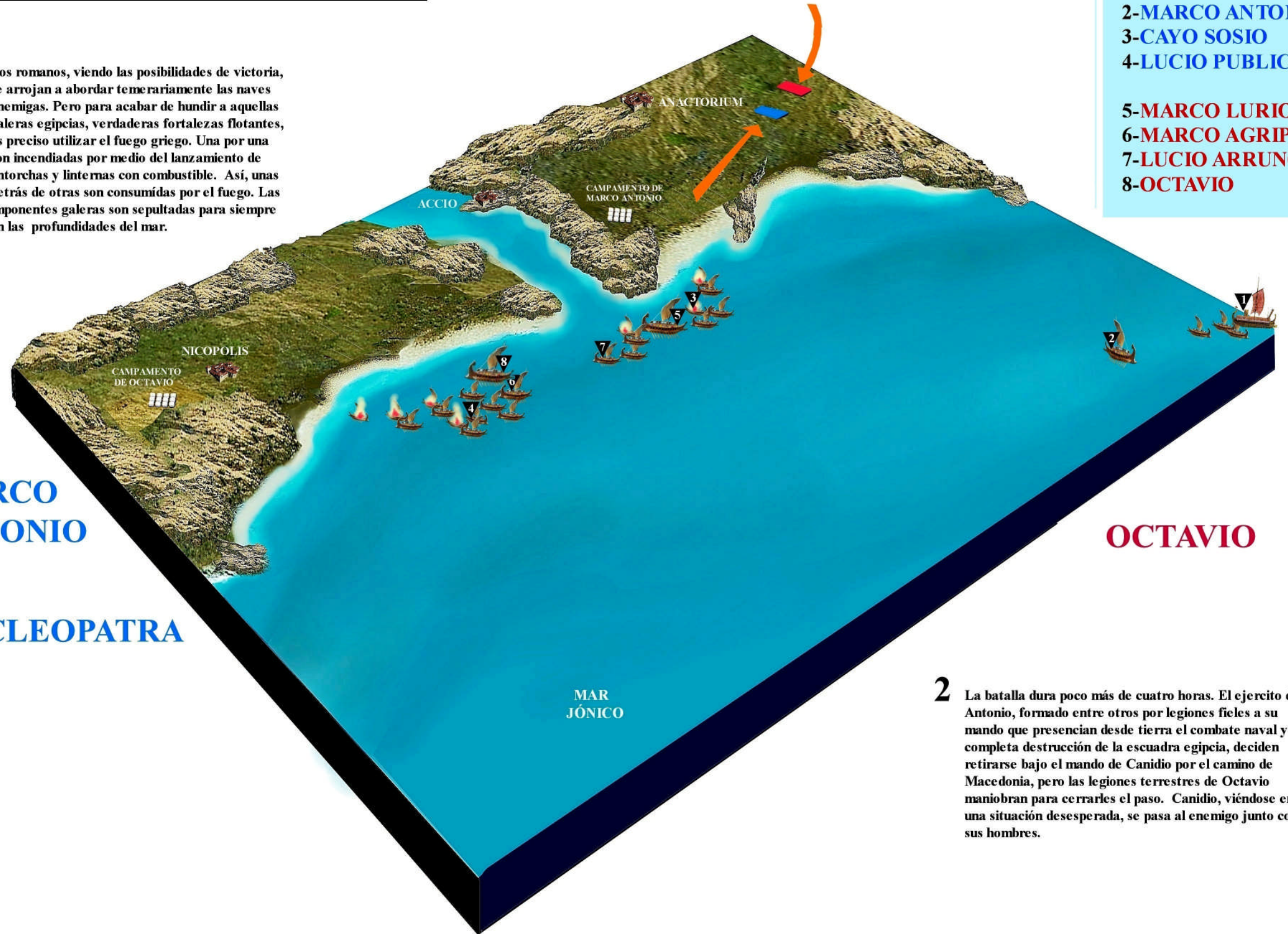


# BATALLA DE ACCIO

**1** Los romanos, viendo las posibilidades de victoria, se arrojan a abordar temerariamente las naves enemigas. Pero para acabar de hundir a aquellas galeras egipcias, verdaderas fortalezas flotantes, es preciso utilizar el fuego griego. Una por una son incendiadas por medio del lanzamiento de antorchas y linternas con combustible. Así, unas detrás de otras son consumidas por el fuego. Las imponentes galeras son sepultadas para siempre en las profundidades del mar.

MARCO  
ANTONIO

CLEOPATRA



1-CLEOPATRA  
2-MARCO ANTONIO  
3-CAYO SOSIO  
4-LUCIO PUBLICOLA

5-MARCO LURIO  
6-MARCO AGRIPA  
7-LUCIO ARRUNCIO  
8-OCTAVIO

OCTAVIO

**2** La batalla dura poco más de cuatro horas. El ejército de Antonio, formado entre otros por legiones fieles a su mando que presencian desde tierra el combate naval y la completa destrucción de la escuadra egipcia, deciden retirarse bajo el mando de Canidio por el camino de Macedonia, pero las legiones terrestres de Octavio maniobran para cerrarles el paso. Canidio, viéndose en una situación desesperada, se pasa al enemigo junto con sus hombres.





El 2 de septiembre del año 31 antes de Cristo una batalla naval decidió el curso de la historia política de Roma. Las naves de Marco Antonio y Cleopatra fueron vencidas por la escuadra de Octaviano, que con la victoria acabaría adaptando el título imperial con el que pasó a la posteridad, Octavio César Augusto. Como era costumbre, se decidió posteriormente la edificación de un monumento conmemorativo recogiendo el triunfo, en el que se fijaron relieves en mármol. Un conjunto de ellos fue dispuesto como friso historiado, a base de placas ricamente esculpidas. De ellas, tres contiguas que superan los tres metros de longitud recogieron un pasaje del enfrentamiento, que se piensa alcanzaría los cinco metros. Con absoluto realismo, nueve embarcaciones muestran la lucha con detalles sorprendentes, como el dinamismo otorgado a cada combatiente, las series de remos o la estructura de cada proa y popa. Todo ello convive con pequeñas concesiones a cierto idealismo, como el empleado para la perspectiva visual. El efecto lejanía fue logrado en un soporte tan complicado con la primaria distinción de dos planos (quebrados sólo en el primero con una nave que se hunde irremediablemente y de la que sólo distinguimos con cierta claridad la proa). Todos los barcos aparecen suspendidos en ondas de piedra que simulan olas. El relieve muestra con detalle la tipología de las naves. Se sabe que las de Octavio eran en su mayoría "liburnias", de poco calado y por lo tanto ligeras y con capacidad de maniobra. En su mayoría contaban con un castillo de popa y catapultas, desde las que podían lanzarse proyectiles incendiarios, la clave de la victoria. Aunque el relieve recoge varias luchas cuerpo a cuerpo, todos los barcos parecen ser de tan útil género, por lo que podemos pensar que se recogió un fragmento de la flota vencedora, con una rica concesión estética. Para cada uno de los puentes se dedicó un diseño distinto. Incluso se dio uno propio al de la que, en la parte central izquierda, aparece sumergiéndose en el mar por efecto del choque con otra de mayor fuerza o tonelaje. El resultado es un despliegue de dominio de las técnicas escultóricas, que proporcionan un interesante estudio de la navegación militar romana.

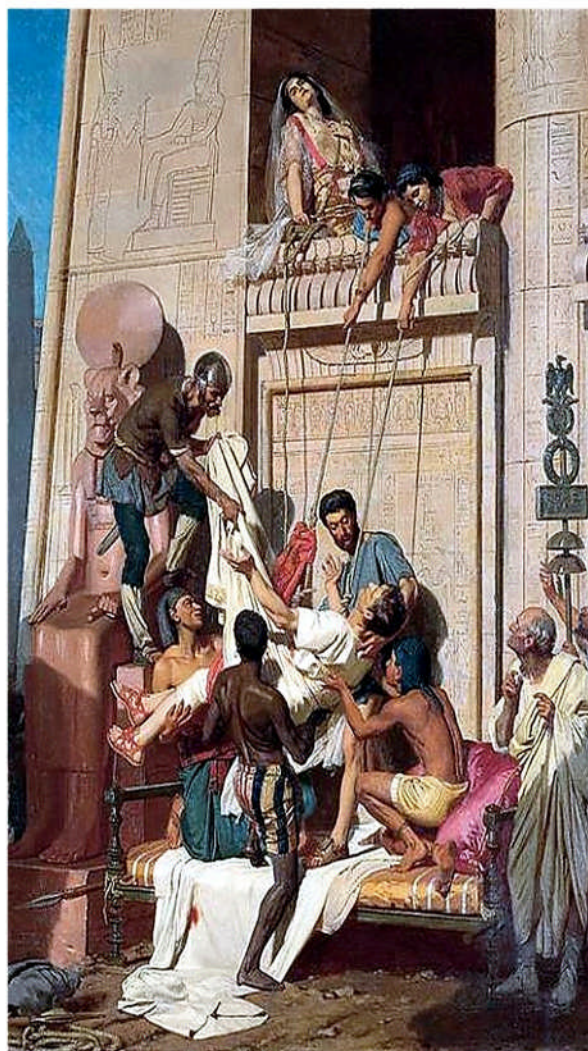


# DESPUÉS DE LA BATALLA

Días después de navegar las naves de Antonio y Cleopatra llegan al puerto de Taenarus, en el cabo de Matapán (costa de África del Norte). Tras ellos empezaron a llegar las naves que habían podido huir y algunas naves enemigas. Mientras tanto Cleopatra ordena arreglar y adornar sus naves, con ellas completamente engalanadas y a bordo del Antonia, la nave imperial, a la cabeza de la formación, entra triunfante al puerto de Alejandría como si hubiera logrado una gran victoria. Ya en tierra Marco Antonio, quién se encontraba completamente abatido por la derrota, ni siquiera es capaz de reunir sus once legiones y prepararse para la confrontación en el siguiente frente, que será sin lugar a dudas en la línea del Nilo, fortaleza casi inexpugnable, y que necesariamente tendrá que darse contra las fuerzas de Octavio. Éste conjetura que el siguiente enfrentamiento será en territorio egipcio, por lo que inicia los preparativos.

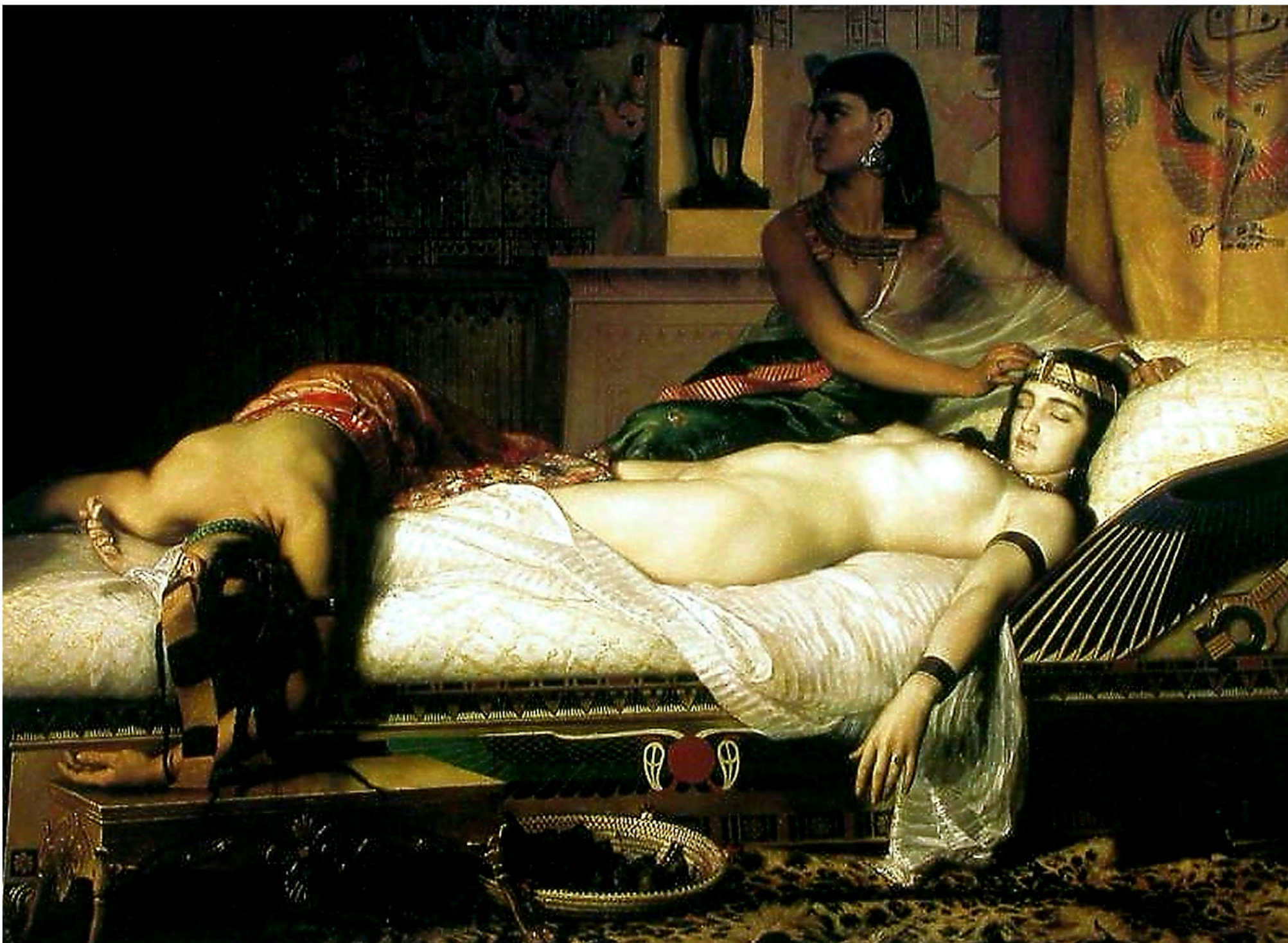
En el mes de julio del año 30 a.c. once meses después del combate de Accio, Antonio desembarca y llega a las afueras de Alejandría. Por unos momentos parece que recobra su antiguo estado de ánimo y vuelve a ser el general valeroso de siempre. Se lanza con sus fuerzas mas leales sobre la vanguardia de Octavio y logra una inicial victoria sobre ellas, aunque al día siguiente, mientras se dispone para un nuevo enfrentamiento, le informan que sus tropas y los navíos que se encontraban en Alejandría se habían rendido al enemigo. Marco Antonio se refugió en una pequeña casa junto con dos criados, situada en el pequeño puerto de Paretorio; quizá pensaba en la posibilidad de una recuperación y de otro posible ataque a Octavio.

La reina Cleopatra se fue a su palacio y se dedicó a planear la estrategia a seguir en el encuentro seguro, pero que se hizo esperar, con Octavio, el ahora único dueño de Roma y del Mediterráneo. Sus intereses se encaminaban a salvaguardar el futuro de sus hijos y la independencia de su reino, para lo que solicitó ayuda a jefes orientales medos y nabateos. Sabía que su vida corría grave peligro y se informó sobre la forma más indolora y fácil de morir. Estas últimas decisiones la revelan como gran madre y reina, como ha señalado, entre otras, S. Pomeroy. Ante las peticiones de Octavio, quien le exigió la entrega de Marco Antonio, ella se negó. No obstante, la reina le preparó una muerte digna, y provocó su suicidio, haciéndole llegar la noticia de que ella se había dado muerte; con ello, Marco Antonio tuvo el valor de clavarse el puñal, tras luchar contra Octavio cuando entró en Egipto. Agonizante, llevaron el cuerpo del antiguo triunviro al mausoleo de Cleopatra, donde se había encerrado con sus tesoros, dispuesta a incendiarlos, si Octavio no atendía sus exigencias relacionadas con Egipto y sus hijos. Tales hechos ocurrían en agosto del año 30.



**Muerte de Marco Antonio**





La reina fue sacada de su mausoleo y Octavio dispuso una extraordinaria vigilancia a su alrededor, ya que deseaba mantenerla con vida para llevarla a Roma, donde la pasearía por las calles en una ceremonia triunfal y luego le daría muerte. Cuando Cleopatra se enteró, intentó poner a salvo la vida de su hijo Cesarión, que envió a Arabia o la India; luego sería asesinado, por traición de su tutor. El resto de sus hijos ya no resultaban tan peligrosos. En tiempos posteriores, sólo se tiene información de lo ocurrido a Cleopatra Selene, que se casó con Juba, el rey de Mauritania. Tras asumir que no podría conservar su vida, Cleopatra consiguió burlar a los guardianes de Octavio, fue a su mausoleo y allí tras vestirse con el atuendo digno de una reina egipcia, combinando símbolos faraónicos y macedonios, se dio muerte. Eligió el veneno de la áspid, ya que la muerte por su mordedura provoca un final rápido y sin apenas sufrimiento. Aunque, probablemente, la elección de esta serpiente se relacionaba con el hecho de que figura grabada en la corona de los faraones para defenderlos de sus enemigos; es decir, era el símbolo del Egipto faraónico. Sus criadas Carnión e Iras la acompañaban y la depositaron en un lecho de oro sobre el sarcófago, disponiendo su cadáver e imagen real; ambas también perecieron después. Fue Olimpo, su médico, quien recopiló todos estos detalles en narraciones legadas para la posteridad y recogidas por Plutarco.

Así moría Cleopatra, como una gran reina oriental y mujer poderosa que había mantenido en jaque al Imperio Romano. Sin duda, había sido una típica gobernante ptolemaica con los vicios, virtudes y defectos propios de su familia. Como muestra de benevolencia, Octavio consintió en respetar la voluntad de que ella y su esposo permaneciesen juntos en la muerte, compartiendo la misma tumba. Curiosamente, la lectura de este deseo expresado por Marco Antonio y plasmado en su testamento había provocado su descrédito e infortunio entre los romanos, desencadenando la última Guerra Civil de la República romana.



# Política de Octaviano

Tras la batalla de Accio y la derrota de Antonio y Cleopatra, Octaviano se hallaba en condiciones de gobernar por sí solo la República íntegra en virtud de un principado no oficial. Sin embargo, para alcanzar este objetivo antes tendría que recurrir a diversas formas de incrementar su poder formal, manipulando al Senado y al pueblo. Debía aparentar que apoyaba y respetaba las tradiciones republicanas de Roma con tal de evidenciar que su objetivo no era aspirar una dictadura o monarquía. Al marchar a Roma, Octaviano y Agripa fueron elegidos cónsules por el Senado. Aún cuando las guerras civiles habían dejado a Roma en un estado próximo a la anarquía, la República no estaba preparada para aceptar el mando de un déspota en la figura de Octaviano. Al mismo tiempo, Octaviano no podía simplemente renunciar a su autoridad sin correr el riesgo, a su vez, de promover más guerras civiles entre los generales romanos y, aunque no pretendiera ostentar autoridad alguna, su posición le exigía mirar hacia el bienestar de la ciudad de Roma y las provincias romanas. A partir de entonces, los objetivos de Octaviano consistieron en devolver a Roma la estabilidad, la legalidad tradicional y el civismo (esto último mediante el levantamiento de la evidente opresión política impuesta a los tribunales de justicia así como la certificación de elecciones libres, por lo menos en concepto).

Aprovechando su prestigio, Octavio transformó el régimen político de la República romana en una especie de monarquía que recibe los nombres de Principado o Imperio; el nuevo régimen consistía en un equilibrio de poder entre el Senado y el pueblo romano, por un lado, y el emperador y su casa, por otro. Inicialmente, se hizo renovar cada año el mandato como cónsul en solitario, al cual fue añadiendo nuevos títulos que reafirmaron su poder: *princeps senatus* (el primero de los senadores) en el 28 a. C.; *augustus* (título religioso que reflejaba su misión divina) e *imperator proconsulare* de Galia, Hispania y Siria (lo que le otorgaba el mando militar) en el 27; tribuno vitalicio (con poder de veto sobre las decisiones de los magistrados) en el 23; cónsul vitalicio y prefecto de las costumbres en el 19; gran pontífice (jefe religioso del Imperio) en el 12; y «padre de la patria» en el año 2 a. C.



**Augusto como magistrado; la cabeza de mármol de la estatua fue esculpida c. 30–20 a. C., y el cuerpo en el siglo II d. C. (Museo del Louvre, París).**



Si bien rechazó su divinización en vida, Octavio Augusto aprovechó en su favor el culto de los genios, fomentando un culto al emperador que se convirtió en un vínculo adicional entre los habitantes del Imperio. Paralelamente, reformó las instituciones romanas, adaptándolas a la necesidad de gestionar un Imperio tan extenso: creó el Consejo del Príncipe, órgano de gobierno integrado por hombres de su confianza (Agripa, Mecenas.); dividió las provincias en senatoriales (confiadas a un gobernador sin mando militar nombrado por el Senado) e imperiales (gobernadas por un legado del emperador); reorganizó la fiscalidad, sometiéndola a su gestión directa y haciéndola menos gravosa; protegió el culto; favoreció al orden ecuestre frente a la aristocracia senatorial; aseguró los límites del Imperio frente a los partos y a los germanos; y continuó la expansión en la zona del Danubio y el mar Negro. Entre las debilidades de su poder destaca el no tener sucesor (no tuvo hijos varones de sus tres matrimonios); acabó por adoptar a su yerno Tiberio, al cual asoció en el poder desde el 13 d. C., y que le sucedería sin dificultad después de su muerte.

“Personas inteligentes le alabaron o criticaron de diversos modos. Una opinión era la siguiente. El deber filial y la emergencia nacional, en la que no había lugar a una conducta respetuosa con la ley, le llevaron a una guerra civil - y esto no puede ser promovido ni mantenido por métodos decentes. Hizo concesiones a Antonio y a Lépido con la finalidad de obtener la venganza sobre los asesinos de su padre. Cuando Lépido se volvió viejo y perezoso y Antonio se entregó a la auto-indulgencia, la única posible cura para un país distraído era el gobierno por un solo hombre. Sin embargo, Augusto puso en orden el país no mediante su alzamiento como rey o dictador, sino creando el principado. Las fronteras del Imperio Romano estaban en el océano o en ríos distantes. Los ejércitos, provincias, flotas, el sistema entero estaba interrelacionado. Los ciudadanos romanos estaban protegidos por la ley. Los provincianos eran tratados decentemente. La propia Roma había sido embellecida profusamente. La fuerza se había usado con moderación, simplemente para preservar la paz de la mayoría”.

Tácito

## El legado de Augusto

El reinado de Augusto sirvió para cimentar el Imperio Romano, un régimen que duraría cientos de años hasta su decadencia y caída. Tanto su nombre adoptivo, César, como su título, Augusto, se convirtieron en títulos ostentados por quienes gobernaron el Imperio Romano durante cuatro siglos, tanto en Occidente como en Oriente, y aún en el siglo XV se usaban en Constantinopla. En muchos idiomas César se convirtió en sinónimo de emperador. Los títulos zar y káiser son derivados del nombre o título César y continuaron en uso hasta el siglo XX. Poco tiempo después de morir Augusto, el 19 de septiembre del 14, fue deificado y adorado como un divus. El culto al Divino Augusto continuó hasta que la religión oficial del Imperio Romano fue cambiada a la cristiandad por Teodosio I en el siglo IV.

Testamento de su legado es el gran número de estatuas y bustos erigidos en su honor, así como también el mausoleo que originalmente contenía las columnas de bronce con las obras de la vida de Augusto llamada *Res Gestae Divi Augusti*. Muchas copias de ese texto se inscribieron a lo largo del Imperio Romano tras su muerte, con traducciones al griego en muchos lugares y en edificios públicos como, por ejemplo, el templo de Ankara.



Retrato de Augusto portando un gorgoneion (14–20 d. C.)





“La naumaquia” del pintor español Ulpiano Chaca (1860-1916). Las naumaquias eran representaciones de batallas navales históricas. En ocasiones se construyeron lagos sólo con este propósito, como el construido durante el gobierno de Octavio Augusto en el año 2 a.C. junto al río Tiber en el que a través de un acueducto erigido para la ocasión se llevaba el agua desde el río hasta el lago donde se iba a celebrar la batalla. En estas batallas no solían haber supervivientes y eran todo una muestra de como Roma derrochaba sus recursos para mantener a la población entretenida. Todo con tal de evitar revueltas políticas.



# EL CAMPO DE BATALLA, HOY

## Nicópolis

Nicopolis en Epiro, Actia Nicopolis o Nicopolis ad Actium, fue una ciudad griega fundada por Augusto para conmemorar su victoria naval en Accio contra Marco Antonio el 2 de septiembre del 31 a. C., en la embocadura del golfo de Ambracia. La ciudad se estableció en el istmo de la península que separa el golfo de Ambracia del mar Jónico, en el lado opuesto del promontorio de Actium, y a unos 6 km al norte de la moderna ciudad de Préveza.



**Nicópolis en 2002**

Aunque la batalla de Actium propiamente dicha haya sido más bien confusa, y no se convirtió en una victoria de Augusto hasta la huida prematura de Antonio y Cleopatra, ello permitió a Octaviano volverse en único dueño del mundo romano. Fue por esta razón que celebró su victoria con unos particulares fastos a su regreso a Roma, y emprendió la perpetuación del recuerdo de la batalla en el sitio con una serie de trofeos y de monumentos levantados en el lugar de la batalla, o más bien, puesto que se trató de una batalla naval, en el emplazamiento de campos fortificados que albergaban las fuerzas terrestres de los beligerantes.





El sitio arqueológico de Nicópolis, uno de los lugares con más encanto de la Grecia occidental, ocupa una extensión de 13.500 hectáreas e incluye la ciudad, con edificios públicos y privados, espacios abiertos y vías.

En el lugar de su propio cuartel general, una colina al norte de la ciudad actual de Smyrtoula, hizo construir un santuario a Apolo, considerado como su dios tutelar, y ofreció trofeos a otros dos dioses, Neptuno y Marte, por su contribución a su victoria.

Al sur del santuario, se estableció una nueva ciudad, bautizada Nicópolis, «ciudad de la victoria», retomando así una tradición que se remontaba a Alejandro Magno, más recientemente ilustrada por Pompeyo, fundador de una Nicópolis en la Pequeña Armenia (60 a. C.). Más allá del simbolismo político, la fundación respondía a una serie de objetivos claros: asegurar la dominación romana en la región, y simultáneamente reorganizarla y revitalizarla, ya que no se había recuperado de la destrucción de la ciudad por Lucio Emilio Paulo, resultante de la Tercera Guerra Macedónica (171-167 a. C.). Se estableció un importante centro comercial y portuario en esta posición estratégicamente situada en las rutas marítimas mediterráneas; también querían crear una capital religiosa, y que constituyera unos de los principales lugares del nuevo orden imperial y de culto a Augusto divinizado.

### Odeón

El odeón de Nicópolis se construyó en la parte final del siglo I d.C. y se utilizó hasta el final del siglo III d.C. En su momento había un techo cubriendo esta estructura. En el siglo I a.C., Herodes el Grande le dio a Augusto una gran suma de dinero para la construcción inicial de Nicópolis, incluyendo un templo y otros edificios públicos.



El Servicio Arqueológico Griego ha excavado el terreno de Nicópolis (la villa moderna de Smyrtoula) desde 1913. Los principales restos arqueológicos incluyen el estadio, un teatro, un odeón, un ninfeo, baños, un gimnasio, basílicas, el acueducto y las murallas de la ciudad.



# CRONOLOGÍA

- 44-30 a.e.c. Guerra civil.
- 43 a.e.c. Segundo Triunvirato: Octavio, Marco Antonio y Lépido.
- 43 a.e.c. Nacimiento del poeta Ovidio.
- 42 a.e.c. Batalla de Filipos; Octavio y Marco Antonio derrotan a Casio y Bruto.
- 31 a.e.c. Batalla de Accio: Octavio derrota a Marco Antonio y Cleopatra. Conquista Egipto (30).
- 27 a.e.c.-14 Octavio es nombrado Emperador. Conquista el norte de Hispania. Campañas en el Rin, Danubio y Asia.
- 17 a.e.c. Juegos seculares.
- 15 a.e.c. Nacimiento del Fabulista romano Fredo.
- 13 a.e.c. En Roma se declara la *Pax Augusta* al año siguiente Augusto es nombrado *pontifex maximus* máxima autoridad religiosa. Construcción del Ara Pacis.